Sílvia Soler

El verano que empieza





Planeta



El verano que empieza

Sílvia Soler



Título original: L'estiu que comença

Fotografía de la cubierta: Corbis Images

Fotografía de la autora: David Cendrós

Diseño de la cubierta: Antònia Arrom (dandèlia).

Sílvia Soler, 2013

Traducción, Alejandro Palomas, 2013

Editorial Planeta, S. A., 2013

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2013

ISBN: 978-84-08-11 725-4 (epub).

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

Los Reig y los Balart son dos familias llevan más de cincuenta años celebrando juntas la noche de San Juan. A ellas pertenecen Júlia y Andreu. Sus vidas avanzarán en paralelo, conociendo, cada uno por su lado, la felicidad y el desconsuelo, el amor y el desamor, la alegría y la decepción. Y acudiendo cada año, pase lo que pase, a la cita de San Juan.

A Blanca Soler Guasch y a Blanca Duran Soler,
que entre dos suman cinco:
hermana, madre, amiga, sobrina, hija.

Los vientres deben de parecer dunas

«No hay ningún otro mar tan azul como éste», dice Elvira. Las dos chicas están tumbadas en la arena a esa hora en que la playa parece fundirse. Los contornos se difuminan, las diminutas velas tiemblan, las nubes de la tarde se desplazan lentamente.

—¿Te refieres al Mediterráneo?

Roser se incorpora un poco y, apoyándose en los codos, mira a un lado y a otro. Prácticamente no queda nadie, sólo una mujer mayor con un bañador azul marino que lee sentada en la franja de arena más oscura, junto al agua, y un grupo de adolescentes que juegan a la pelota entre pequeños chillidos. Risas que flotan.

—No, no. —Elvira no se mueve. Sigue sentada, protegiéndose los ojos con la mano a modo de visera—. No me refiero al Mediterráneo. ¡Me refiero a este mar, al nuestro! —Se tumba de espaldas y cierra los ojos, los brazos bajo la nuca.

Su trozo de mar, esta cala pequeña y redonda como una luna, la playa que sus ojos han visto desde que empezaron a mirar. Roser asiente y de pronto deja escapar una risilla.

—¿Te imaginas lo que debemos de parecer, si alguien nos mira de lado, tumbado como nosotras? Los vientres deben de parecer dunas…

Están embarazadas. Vientres como dunas doradas, redondas, sobre las toallas de colores vivos. Elvira abre los ojos, se incorpora y se queda sentada con las piernas abiertas y las manos en las rodillas. Se desata la cola de caballo y una melena oscura le cae sobre los hombros. Con un gesto rápido —el mismo que ha hecho decenas de veces a diario durante muchos años— vuelve a recogerse el pelo con un elástico. Lo pasa primero una vez, luego otra y por último una tercera, sujetándoselo en un recogido deslavazado.

—¿Un último baño? —pregunta, y ya se ha puesto en pie a duras penas, levantando la pesada carga, y le ofrece una mano a su amiga.

Roser la acepta, deja que tire de ella, Elvira se tambalea y pierde el equilibrio, chillan las dos y logran evitar la caída. Se ríen, se sacuden la arena del trasero, caminan hacia el agua. Los vientres asoman, inmensos, como la proa de un barco, dos perfiles con una curva enorme. El agua las acoge y los vientres desaparecen momentáneamente. Las dos chicas saltan, retozonas; se salpican; se sumergen. La mujer mayor del bañador azul marino ha parado de leer. Deja el libro sobre su regazo y las contempla con una gran sonrisa.

—¿Hacemos el muerto?

El mar está liso, sólo avanzan de vez en cuando unas olas pequeñas y dulces que se deshacen tímidamente sobre la arena. Los vientres flotan como dos boyas. Roser y Elvira se dejan mecer durante un rato. En el agua las criaturas no pesan. Se sienten ingrávidas en su propia gravidez. Cuando regresan a la arena, el sol ya no calienta tanto y las chicas se estremecen un poco. Roser se envuelve con la toalla amarilla y Elvira se seca la piel, con suavidad cuando se pasa la toalla por el vientre. Se sientan y miran al mar.

—Es un azul muy azul, tienes razón.

Los rostros relajados, las sonrisas levemente dibujadas, la mirada perdida hasta donde alcanza. Nada perturba la visión.

—Ya falta muy poco —dice Elvira con las dos manos reposando sobre su vientre.

—A mí un par de semanas más —apunta Roser con una sonrisa.

—Irán juntos a la guardería, y al colegio, y también al instituto. ¿Te imaginas?

—Si son niñas serán muy amigas…

—Y si son niños también. ¡Jugarán en el mismo equipo!

—¿Y si son niño y niña?

Roser suelta la toalla y se pone una camisola blanca. Se frota los brazos, tiene la piel de gallina. Elvira empieza a recoger cosas y las mete en la bolsa: la crema bronceadora, una botella de agua vacía, el peine.

—Si son niño y niña se enamorarán, ¿no?

Se ríen y se levantan, preparadas para irse. Sin embargo, antes de marcharse vuelven a mirar una vez más al mar, liso y extendido

como una sábana recién puesta. Las dos jóvenes sonríen sin querer, porque la visión del agua y del cielo es plácida y relajante. Ni una sola nube estorba el azul y las olas llegan a la orilla como si lo hicieran porque sí, sin ímpetu ni deseo alguno. Ni Roser ni Elvira recuerdan en ese momento haber visto ese mismo mar en días de tormenta. Saben, aunque ahora no lo recuerdan, que la calma puede hacerse añicos en cuestión de minutos y que allí donde había silencio y quietud puede nacer el revuelo. Que las olas pueden levantarse, amenazadoras, y desplomarse con una fuerza inclemente, y que el horizonte —ahora inalterable— puede desdibujarse, cubierto por el temporal, hasta desaparecer. Un día u otro llegará la tempestad, y rayos y truenos y nubarrones llenos de oscuridad. Lo saben, pero no quieren saberlo, porque hoy son jóvenes y están llenas de esperanza, y sus vientres redondean todos los perfiles y el mar es liso y azul, y reposa.

Elvira rompió aguas en clase de solfeo, para gran turbación de su jovencísimo alumno, que vio chorrear líquido desde la banqueta del piano, formando un pequeño charco en el suelo. Era el día 1 de junio y todavía le faltaban diez días para salir de cuentas. Fue un parto largo y doloroso que la dejó exhausta. Su hijo nació con la piel enrojecida por el sufrimiento y una pelusa de pelo negro como el carbón. No era un bebé bonito. Ella misma lo dijo cuando se lo pusieron sobre el pecho. Dijo: «Ya se volverá guapo», y sonrió a su marido, que todavía conservaba la mirada aterrada. Era el primer día de un junio muy cálido, el del año 1961.

Roser fue a visitarla a la mañana siguiente. Empujó con suavidad la puerta de la habitación de la clínica y miró discretamente dentro, sin llegar a entrar del todo. La recibió una gran carcajada:

—¡Sólo te veo ojos y barriga!

Las dos amigas se abrazaron sobre el prominente vientre de Roser. El abrazo de Elvira era abierto, decidido, generoso. Era un abrazo que hablaba y decía: todo saldrá bien, no tengas miedo, dolerá, pero no es para tanto. Después las dos contemplaron el bebé que dormía plácidamente en la cuna. Siguieron con atención su respiración acompasada, se miraron y volvieron a mirar al niño.

—Dentro de unos días tendrás uno tuyo —dijo Elvira—. ¿Te das

cuenta?

Roser negó enérgicamente con la cabeza. ¿Cómo podía ser consciente de que estaba a punto de producirse un milagro?

El milagro llegó la noche de San Juan. Fue una niña. Cuando Elvira la vio, rosada, redonda, sin pelo, le dijo a su hijo, que mamaba con desasosiego de su pecho, que la criatura que acababa de nacer y que olía a polvos de talco sería con toda probabilidad la niña que encarnaría a la princesa cuando él encarnara al caballero, la adolescente que le distraería de los estudios, la chica que lo miraría con deseo, la mujer que lo completaría. Antes de que sus maridos les aguaran la fiesta, las dos madres primerizas se les adelantaron: «De acuerdo, hay muchas probabilidades de que nuestros planes se tuerzan. De hecho, hay una probabilidad entre mil de que todo salga como nos gustaría. De acuerdo. Pero ahora, en este momento, todo es posible». El niño, saciado y dormido, soltó un suspiro. La niña, en cambio, acababa de despertarse y refunfuñaba.

Dentro de un sueño

Amenazó lluvia durante todo el día, pero al atardecer el cielo se fue despejando. Era un mes de junio extrañamente inestable, más frío que los años anteriores. Y sin embargo todo el mundo tenía muchas ganas de verbena. Sería la primera de la nueva época, la que había dado comienzo hacía unos meses, la noche del 20 de noviembre, con la muerte del dictador.

Esa noche la temperatura era agradable y sobre sus cabezas y sobre las nubes flotaba un presentimiento poco definido aunque audaz, como si a punto estuvieran de estallar las alegrías contenidas desde entonces.

Se estaba a gusto en el jardín de la casa de los Balart. El jardín quedaba protegido del ábrego y desde las ramas más altas de las magnolias impregnaba el aire un olor intenso y ligeramente dulce que corroboraba la llegada del verano. Había una mesa puesta con mantel de hilo blanco y copas azules y verdes. Mientras Roser acababa de poner los cubiertos, Elvira salía de casa con un jarrón de cristal bajo y de boca ancha en el que flotaban dos hortensias, grandes y redondas como madejas de lana, de un azul violáceo.

—No he visto en ninguna otra parte estas hortensias tan azules —dijo Roser con admiración.

Elvira sonrió. Un poco más tarde, después de cenar, le contaría a su amiga el secreto de las hortensias azules, que conseguía enterrando pequeños trozos de hierro cerca de la planta. Pero de momento quería mantener un poco más el misterio y se encogió de hombros, como si el azul de las flores fuera un don natural del jardín de los Balart. La mesa estaba espléndida: el azul de las hortensias, la vajilla de porcelana blanca. Elvira se disculpó porque no todas las copas pertenecían a la misma cristalería —unas eran de cristal incoloro y con el pie azul, y las otras, más esbeltas, de cristal

verde—, pero Roser la convenció de que así la mesa era más original e incluso quedaba bien.

—Ahora falta una flor de magnolia que nos dé buen olor.

El hijo de Elvira fue a buscar la escalera de madera y la apoyó contra la magnolia. Entre las hojas de color verde oscuro —lustrosas como si acabaran de pasarles un trapo— estallaban las flores blancas. Cogió una y se la ofreció a su madre. Elvira la añadió a las hortensias azules.

—¡Qué blanco y qué azul! —murmuró Roser con admiración.

—Colores marineros —dijo Elvira con una sonrisa.

Poco después llegaron los hombres y los niños, que habían ido a comprar las cocas y los petardos. Durante la cena, como no podía ser de otra manera, hablaron de política. Valentí había ido la noche anterior a un acto político en el Palau Blaugrana. Un mitin, lo llamaban. Todos querían saber lo que había pasado, qué sensaciones había tenido.

—Eres consciente de que asististe a un acontecimiento histórico, ¿no? —Roser, su mujer, no disimulaba cierta admiración. Al fin y al cabo, y por lo que sabían, Valentí era el único de todo el pueblo de Sorrals que se había atrevido a ir.

—Bah, tampoco es para tanto… —respondió Valentí, modesto—. Aunque sí, ¡siempre podré decir que fui al primer mitin autorizado y multitudinario de la democracia! —terminó por reconocer, ufano. Y de repente, presa de un arrebato, alzó su copa—: ¡Vamos, brindemos! ¡Por la democracia!

Roser, Elvira y Joan chocaron sus copas y repitieron:

—¡Por la democracia!

—¡Y por los quince años de Júlia! —dijo Valentí mirando a su hija mayor y guiñándole un ojo.

—¡Por Júlia! —repitieron todos.

Y entonces Andreu —el hijo de los Balart— cogió una copa, se sirvió un dedo de champán y la levantó:

—¡Y por el verano que empieza!

—¡Por el verano que empieza! —repitieron todos.

Júlia lo observaba todo con expresión apática. Qué pesadez, las cenas de San Juan. Y no había modo alguno de evitarlas, porque era el día de su cumpleaños. Empezaba a impacientarse: sus amigas la esperaban, era la primera vez que sus padres la dejaban salir de

noche, su primera verbena de San Juan. Pero, al parecer, nadie tenía prisa. Ni su padre, que, aunque fingía no darse importancia, se la daba por haber ido a un acto político, ni su madre, siempre más pendiente de su amiga Elvira que... ni tampoco Andreu Balart, que se las daba de hombrecito tomando champán, ni sus estúpidos hermanos menores:

—¿Te puedes estar quieta un momento, por favor? ¡Me has pisado!

Ruth e Ignasi se peleaban por un trozo de coca. Los dos querían el único que no tenía fruta confitada. Parecían dispuestos a llegar a las manos.

—Mamá, ¿puedo irme ya? He quedado.

—¿Ahora? ¡Pero si todavía no has apagado las velas, hija!

Roser fue a buscar la tarta y desde el interior de la casa pidió ayuda: «Júlia, ¿puedes venir a buscar más champán?». Se cruzaron en el porche: su madre salía con la tarta —las velas todavía apagadas— y ella entraba en la cocina de los Balart. Cogió una botella de la nevera y, antes de volver a salir, se asomó durante un instante a la gran sala de estar de la casa. Era la habitación que más le gustaba, amplia y cuadrada, con los ventanales coronados y con vidrieras modernistas que dibujaban una guirnalda de flores, la gran mesa oval de madera noble, las sillas tapizadas con aquel terciopelo tan suave… Y, en el centro del techo, la suntuosa araña de cristal, por la que Júlia sentía auténtica debilidad. Desde pequeña se quedaba allí embobada cuando la luz que entraba a la sala hacía titilar las lágrimas de cristal. Esa noche de San Juan, a pesar de que la cena se celebraba en el jardín, la gran araña estaba encendida y resplandecía.

—Te gusta, ¿eh?

Se volvió con un pequeño sobresalto. Había reconocido la voz de Andreu y le daba un poco de rabia que la hubiera pillado contemplando el centelleo de la araña, como cuando era niña.

—Me encanta.

No podía ocultarlo. El hijo de los Balart estaba al corriente de su secreto. Le dio la botella de champán, extendiendo el brazo delgado y bronceado. Él la cogió con cuidado, como si fuera un bebé y se dispusiera a acunarla. Júlia pensó que, sin proponérselo, Andreu siempre mostraba una actitud tierna. «Será un buen padre»: la idea

la irritó como uno de esos mosquitos que te pasan junto al oído durante la noche.

Su madre volvía a llamarla desde el jardín. Júlia y Andreu salieron y ella apagó las velas. Las voces se elevaban sobre el constante estallido de los petardos. De vez en cuando, el cielo se llenaba de palmeras doradas.

—No me hace ni pizca de gracia que salgas ahora, tan tarde… —Roser lo dijo mientras se acordaba de la misma noche, quince años atrás, y de ese fugaz presentimiento de angustia del que había sido presa cuando le habían puesto a la niña sobre el pecho.

La voz de Elvira llegó como un claro cuando amenaza tormenta:

—No te preocupes, Roser. Andreu dice que también quiere salir, así que puede acompañarla, ¿a que sí, hijo?

—La verdad es que yo también he quedado con mis amigos y…

Pero Elvira no era de las que se rinden fácilmente. Y con una sonrisa impertérrita insistió:

—Eso no será ningún problema… Además, seguro que los dos vais al mismo sitio, ¿no, Júlia? Vais al casino, ¿verdad?

Júlia asintió. Andreu se encogió de hombros.

—Venga, id y volved juntos. Y antes de la una en casa, ¿de acuerdo? Y... portaos bien.

Los dos adolescentes decidieron que la mejor opción era no llevar la contraria. Lo que querían era salir de casa. Júlia cogió una rebeca blanca porque llevaba un vestido de tirantes y empezaba a refrescar. Andreu se apartaba el pelo de la frente con un movimiento nervioso mientras la esperaba.

—¿Vamos? —preguntó con un leve deje de impaciencia.

La chica le miró de arriba abajo y se acercó parsimoniosamente a sus padres para darles un beso. Llevaba un vestido estampado en tonos violáceos —rosa pálido, malva y azullila— que le iluminaba la piel bronceada. La melena le caía sobre los hombros, abundante y ondulada. Andreu —casi un palmo más alto, con un cuello largo en el que bailaba la nuez, arriba y abajo— resoplaba disimuladamente, intentando controlar su impaciencia. Se puso al lado de Júlia, muy cerca, apremiándola para que la chica emprendiera de una vez el camino hacia la salida.

—Pero qué guapísimos estáis los dos —dijo Elvira después de tomar un sorbo de champán.

—Muy guapos, sí. —Roser le guiñó el ojo a su amiga—. Hacen buena pareja.

Júlia, que estaba todavía inclinada besando a su padre en la mejilla, se incorporó bruscamente.

—No empecéis, ¿vale?

Se fueron y el jardín quedó en silencio durante unos instantes. En seguida los dos pequeños reclamaron a los hombres para que los acompañaran a tirar petardos delante de la casa.

—¡Con cuidado! ¡No vayáis a haceros daño!

—Vigilad.

Las dos mujeres se quedaron sentadas a la mesa, fumando y bebiendo un champán que ya no estaba muy frío. La conversación empezó por cualquier parte y circuló sin detenerse, ahora un giro y luego otro, ahora una recta, como un coche recién estrenado y de fácil conducción, virando con suavidad mientras las ventanillas bajadas dejan que el aire nocturno acaricie los rostros.

Los Balart y los Reig pasaban juntos la noche de San Juan desde el año del nacimiento de Júlia, en que habían brindado en la misma habitación del hospital. Al año siguiente, Elvira los invitó a cenar en el jardín de su casa para celebrar el cumpleaños de la niña y el santo de Joan. Y así un año tras otro. Las mujeres eran amigas de infancia y los hombres, que se conocían del pueblo pero que nunca habían intimado, congeniaron lo suficiente como para consolidar la buena armonía que existía entre las dos familias. La amistad se tornó íntima, y los dos matrimonios solían salir a cenar a menudo y una vez al año se iban juntos de viaje. Naturalmente, en Sorrals, había opiniones para todo: a algunos les parecía que los Reig actuaban por interés, para poder disfrutar de los veranos en casa de los Balart y de su espléndido jardín; otros opinaban que eran los Balart quienes buscaban la amistad de los Reig, mucho más alegres y sociables que ellos, porque se morían de aburrimiento en esa casa enorme pero triste. La mayoría pronosticaba que la buena armonía existente entre ambas familias no duraría, con esa extraña aunque tan habitual tendencia que tiene la gente a augurar —¿o a desear?— que las cosas que van bien terminen torciéndose. En Sorrals, como ocurre en todos los pueblos pequeños, todos se conocían y todos tenían su propia opinión —y la expresaban— sobre los demás.

Y lo cierto era que, como suele ser habitual, había una parte de razón —aunque minúscula— en las habladurías que circulaban por el pueblo. Aunque los protagonistas no lo habían buscado, era innegable que los veranos de los Reig, con tres hijos y una casa de noventa metros cuadrados, transcurrían con más comodidad gracias a las frecuentes visitas a la casa de los Balart. Los almuerzos en el jardín y la siesta, las cenas al fresco o los juegos al aire libre en aquel jardín que todo el pueblo de Sorrals envidiaba desde el otro lado de las verjas.

Y también, todo sea dicho, había algo de cierto en el comentario malévolo que apuntaba al carácter apagado del matrimonio Balart. En Sorrals todos estaban al corriente: Joan Balart era un hombre extremadamente reservado que pasaba períodos de verdadera melancolía. Su mujer, Elvira Saus, era artista, con todo lo que eso comporta. Su prioridad absoluta era la música, y hasta su marido, su hijo y la casa Balart quedaban en segundo término. Todo el mundo sabía que después de comer Elvira se sentaba al piano y pasaba dos horas —a veces tres— tocando. No era raro en Sorrals que alguna tarde de verano se concentraran algunas personas en el paseo de los Plátanos, delante del muro de la finca, a escuchar las interpretaciones de Elvira. Las melodías se colaban entre los postigos de los ventanales abiertos y alzaban el vuelo, planeando sobre las cabezas de los devotos admiradores. La mitad de los niños del pueblo habían aprendido solfeo y cuatro nociones de piano con Elvira Saus, y esos niños crecían sabiendo que en esa casa de la playa vivía un talento extraordinario. Y cuando los niños ya eran adultos, intuían fácilmente que aquel talento se veía, quizá no siempre, aunque sí en ocasiones, desperdiciado entre sus clases particulares y los recitales de Navidad en el casino, justo antes de que diera comienzo la representación de *Els pastorets*.

Aun así, en Sorrals nadie había puesto nunca en duda el amor entre Elvira Saus y Joan Balart, porque, como decía Emilia, la del estanco, las miradas no engañan. Ella miraba a Joan con una chispa que encendía los ojos afligidos de aquel hombre joven que siempre había parecido mayor. Y él miraba a Elvira con auténtica devoción, de modo que no había lugar a dudas: los Balart se querían.

De ese amor había salido claramente favorecida la casa Balart, que hasta entonces había sido señorial, aunque triste, y que ahora,

gracias a la mano de Elvira, poseía una hermosura que enamoraba. El imponente caserón modernista había sido durante un par de generaciones la residencia de verano de la familia Balart, que llegaba de Barcelona a principios de junio y se quedaba en Sorrals hasta mediados de septiembre. Cuando murió el viejo señor Balart, su viuda renunció a sus veranos junto al mar, porque no se veía con ánimos, decía, de recordar escenas vividas en esa casa con su amado Joan Enrique. Joan, el hijo mayor, decidió instalarse allí y abrir en Sorrals su consulta de pediatría. A pesar de su carácter reservado, el médico novel se granjeó en seguida la confianza de la gente del pueblo. Un año más tarde se casaba con la joven Elvira Saus, la hija del cartero. Y Elvira entró en la casa Balart como una ventolera y abrió las ventanas que habían estado siempre cerradas, encendió luces, vació estancias para hacerlas más espaciosas, llenó los rincones con flores recién cortadas, preparó arroz y bullabesa, haciendo circular por la casa deliciosos aromas, e invitó a amigos cuyas voces resonaban por todo el jardín.

Quizá por esa razón, decían en el pueblo, Elvira invitaba tan a menudo a los Reig a su casa: en San Juan, en Navidad, para el cumpleaños de uno o el santo del otro. Cualquier excusa era buena para pasar un rato con Roser y su esposo, que eran divertidos y amables, y que tenían tres hijos que llenaban la casa con su infantil griterío.

Ese año del final de la dictadura celebraron los quince años de Júlia, y el santo de Joan Balart, y la llegada de nuevos tiempos, y su larga y consolidada amistad. Para pasar el tiempo hasta la una, la hora límite de regreso acordada con los dos adolescentes, los dos matrimonios tradujeron en palabras las esperanzas que se abrían en el país y los temores que reptaban por debajo. Volvieron a levantar sus copas y brindaron por el futuro, el de ellos y el de sus hijos, y una de las dos mujeres —no importa cuál— recuperó fugazmente la visión optimista y plácida de la playa de aquel mes de junio, quince años antes.

Todavía se oían los estallidos de los petardos y el crepitar de alguna traca lejana, pero el ruido iba espaciándose cada vez más y la noche recuperaba espacios de silencio.

Cuando Júlia y Andreu llegaron, los hijos menores de los Reig se habían quedado dormidos, hechos un ovillo en las tumbonas de

lona. Los dos hombres los llevaron en brazos a la cama. Cruzaron las calles Santa Cecilia y Almirante Renom y llegaron a la plaza del Sol, a casa de los Reig, sin que los pequeños se hubieran despertado. Era poco más de la una y media. Joan Balart regresó a su casa pensativo, pisando retazos de serpentinas sucias, vasos de plástico aplastados, trozos de cartón diseminados por el estallido de algún cohete. Se detuvo delante de la verja del jardín de su casa. En la puerta de hierro forjado había una B rodeada por un óvalo. La acarició distraídamente y notó el relieve en las yemas de los dedos. Miró dentro para comprobar que su mujer le había hecho caso y había dejado para el día siguiente todo el trabajo de recoger. Se quedó sorprendido: contrariamente a su costumbre, Elvira se había acostado dejando la mesa a medio retirar. El mantel de hilo blanco había perdido su aspecto impecable y había resbalado a un lado. Colgaba hasta rozar el suelo. Encima quedaban cuatro copas de champán, las servilletas arrugadas y el cenicero todavía humeante. Decidió no entrar y siguió caminando despacio en dirección a la playa. Cuando llegó, el olor del salitre le hizo inspirar hondo y se alegró de haber tomado la decisión. Muchas noches, cuando no podía dormir, sentía la tentación de vestirse y salir a caminar por la playa, pero nunca lo hacía, aunque la tuviera tan cerca. Le habían bastado cuatro pasos para plantarse delante del mar. Más que verlo, lo sentía, porque el alumbrado público de Sorrals era claramente insuficiente y sólo tres farolas interrumpían la oscuridad con una luz exigua y apagada. Desde donde estaba intuía el dibujo de la costa, con las tres calas que pertenecían al término municipal.

Allí mismo, delante de sus pies plantados en mitad del paseo, estaba Cala Pequeña. Era la preferida de Elvira, porque quedaba protegida del viento de levante. Él, en cambio, no la visitaba a menudo debido a la incomodidad de las piedras. Joan tenía la piel de las plantas de los pies muy fina, como la de un bebé, y muy sensible —herencia de la familia materna—. Para él era un suplicio andar sobre las piedras de Cala Pequeña, aunque lo hiciera, naturalmente, con las sandalias puestas. Prefería la cala que quedaba más al norte, aunque fuera la más alejada de su casa. La llamaban Cala Mediana y era de arena, como debe ser. La tercera cala, que quedaba entre la Pequeña y la Mediana, era la mayor de las tres, y en el pueblo la llamaban, simplemente, «la Playa», porque

era la más frecuentada.

Miró a un lado y a otro y sintió que en la nuca le nacía un escalofrío, que le bajaba después por la columna. Aunque la temperatura había bajado, no estaba seguro de que el escalofrío hubiera sido provocado por el frío. Quizá fuera la oscuridad, o el rumor de las olas, o aquella pequeña luz vacilante en el negro del mar, o simplemente la soledad.

Inconscientemente, dio cuatro pasos para acercarse a la farola. Aunque proyectaba una luz pálida, rompía un poco la noche y le hacía compañía. Mientras se acercaba, pensó que en su vida también había una iluminación deficiente, como en Sorrals. En su interior vencían las tinieblas y sólo Elvira lograba desgarrarlas y ganarles un poco de claridad. Suficiente para que él pudiera ver los motivos que podían encender las demás farolas: su hijo Andreu, la comodidad de la casa de la playa, las veladas con los Reig. Si su mujer no proyectara un rayo de luz blanca sobre él, Joan sería incapaz de ver. En cualquier caso, a veces la claridad de Elvira no era lo suficientemente intensa y Joan se mantenía sumido en la oscuridad, ajeno a todo: la casa, los amigos, el niño. A menudo llegaban períodos de ésos con el buen tiempo, y a veces también en otoño. Todos los años tenía la sensación de que la melancolía había llegado para quedarse, pero Elvira le tomaba de la mano y, con tenacidad, lograba arrastrarlo fuera, allí donde había luz y calor.

Una salpicadura de agua salada le espabiló de pronto. Se secó la cara, inspiró hondo y echó a andar de regreso a casa.

Al día siguiente, en casa de los Reig, madre e hija desayunaban en la cocina, dejándose arrullar por el sol de primera hora. Júlia untaba una tostada de mantequilla como si el gesto le supusiera un gran esfuerzo.

—Tienes ojos de sueño. —La madre le apartó el pelo de la frente y ella rechazó a medias el gesto, abriendo los ojos como si fuera una sorpresa y un hecho inexplicable, inexcusable, que su madre le peinara el flequillo de rizos oscuros en una muestra de afecto.

Mientras la hija ocultaba la mirada tras una taza enorme de colores vivos, Roser hizo lo que hacen las madres el día después de una verbena de San Juan.

—¿Y qué tal? ¿Anoche os divertisteis?

Júlia recordó entonces el aspecto salvaje de la plaza del pueblo, iluminada por una gran hoguera a cuyo alrededor saltaban y gritaban los niños, y el jardín del casino, con cordeles llenos de bombillas amarillas colgando entre los árboles, y los músicos repeinados tocando viejas canciones del Dúo Dinámico.

—¿Te lo puedes creer? Como si Franco no se hubiera muerto y todavía estuviéramos igual, *Quince años tiene mi amor* y todo lo demás, y todo el mundo protestando y pidiéndoles si podían tocar algo de Abba o de Boney M. Pero no se sabían ninguna, y al final, entre silbidos, dijeron que estaban ensayando dos éxitos del momento, aunque todavía no los tocaban muy bien, y que eran dos lentas…

—¿Cuáles? —preguntó la madre. Y la hija la miró con condescendencia: «¿Para qué lo querrá saber si seguro que no las conoce?».

—Year of The Cat*, de Al Stewart, y* If You Leave Me Now*, de Chicago.*

—¿Las bailaste?

Júlia se rascó el cuello. Luego tomó un sorbo de zumo de naranja.

—¡Ay, mamá! —protestó, aunque asintió. Y aclaró—: Sí, bailé las dos, pero, antes de que me lo preguntes, ninguna con Andreu.

Su madre intentó una vez más acariciarle el pelo, pero se detuvo a medio camino.

—Es broma, Júlia. Tampoco es para que te pongas así.

La chica levantó la mirada, esos ojos almendrados y oscuros que su madre buscaba a diario para reconciliarse con el mundo, y dijo con sequedad:

—Pues es una broma que empieza a cansarme.

—De acuerdo, la olvidaremos… ¿Bajas conmigo a la playa?

Madre e hija dejaron durmiendo al resto de la familia, cogieron unas toallas y salieron, procurando no hacer ruido. Se les escapaba la risa, como si estuvieran haciendo alguna travesura. La playa todavía estaba vacía —la mañana de San Juan, todo el mundo dormía— y aún quedaban restos de petardos desperdigados por la arena. El agua era azul, lisa y fresca. Charlaron de todo y de nada, de cualquier cosa, y, sin saber cómo, Júlia terminó hablando de Andreu y de aquella broma eterna que ya no le hacía gracia.

—Andreu me cae bien, somos amigos, salimos en el mismo grupo… pero no me ha gustado nunca.

Su madre sonrió y la tranquilizó:

—Ya lo sé, mujer. ¡Elvira y yo sólo bromeábamos! Empezamos a hacerlo un día aquí, en la playa, cuando estábamos embarazadas, pero nunca me he planteado en serio si te gusta o no Andreu, de verdad…

—Es simpático, ya te lo he dicho, pero no me gusta. Solo… ¿sabes?, una vez, cuando éramos pequeños, soñé que me gustaba. Pero cuando me desperté ya no me gustaba, ¿me explico?

Roser asintió y sintió un cosquilleo en el estómago, aunque fingió que no pasaba nada.

—Se lo conté. Sólo teníamos ocho o nueve años, y esa mañana, a la hora del patio, me lo llevé a un rincón y le conté que había soñado con él. Siempre me he arrepentido.

—¿Por qué? ¿Qué fue lo que te dijo?

—Ese día no dijo nada. ¡En serio! ¡Ni una palabra! Yo le dije: «Esta noche he soñado contigo», y él hizo un gesto con la boca, como de «y a mí qué me importa», y ya está. Pero, al cabo de unos días, me preguntó si había vuelto a soñar con él. Y me pidió que lo intentara, porque él procuraría soñar conmigo y quizá nos encontráramos dentro de un sueño. «Es un experimento», dijo, dándoselas de sabelotodo. Y a partir de entonces se puso muy pesado y todos los días me preguntaba: «¿Has soñado conmigo? ¿Has soñado conmigo?».

Júlia se rascó el brazo izquierdo, donde la sal había quedado depositada y se veía un polvo blanco que dibujaba unas islas.

—¿Y lo conseguisteis? ¿Os encontrasteis dentro de un sueño? —preguntó Roser.

—¡¿Pero qué dices?! ¡Eso es imposible! ¡No podemos forzar los sueños! No, no volví a soñar con él y al final se le pasó la manía de preguntármelo, aunque siempre creo que un día se hará el chulo delante de todos y dirá que yo, cuando era pequeña, soñaba con él.

No muy lejos de allí, en el jardín de la casa de la playa, Andreu ayudaba a su madre a recoger los restos de la noche anterior. Se había subido a una silla para descolgar las guirnaldas de papel que dibujaban arcos invertidos entre la magnolia y el farol y entre la

baranda de la terraza y el níspero.

Elvira recogió el mantel y las servilletas y, hecho un amasijo, se lo llevó todo en brazos al interior de la casa. Cuando volvió a salir, no pudo evitar dejar escapar un «ten cuidado» al ver a su hijo con los brazos levantados encima de la inestable silla de tijera. Andreu la miró y sonrió, y ella dijo:

—Seguro que os lo pasasteis bien en el casino.

El chico bajó de la silla cargado de un mar de colores. Su madre lo contemplaba encantada, deteniéndose en sus ojos azules y risueños, en el pelo desordenado y en la nuez del cuello que ya amenazaba con borrar de sus facciones cualquier rastro de puerilidad.

—¿Qué?

Andreu pasó cerca de Elvira para descargar las guirnaldas y los farolillos en una bolsa de basura que habían puesto en el centro del jardín. Se volvió y vio que su madre todavía le miraba.

—¿Qué pasa? —volvió a preguntar.

—Nada. Te miro. Esta mañana estás muy guapo.

Un amago de sonrisa involuntaria del chico contradijo su gesto arisco. Plegaba las sillas con un ruido seco, una tras otra. Su madre le regañó:

—Chissst. No hagas ruido. Tu padre duerme.

Andreu dejó las sillas apoyadas contra la pared. Todavía de espaldas a su madre, refunfuñó:

—Qué raro.

Elvira le hizo callar pronunciando con suavidad su nombre: «Andréééés», alargando un poco la e. El chico recogió botellas y vasos y entró en casa mientras ella soltaba despacio el aire. Después le dijo que no necesitaba que siguiera ayudándola, que por qué no llamaba a un amigo y se iban a la playa, que almorzarían tarde, hacia las dos y media.

En casa trajinó en silencio, mientras recordaba la sombra de su marido entrando a la habitación de madrugada. Volvió a verlo desnudándose con gestos parsimoniosos, casi apáticos. Recordó su espalda encogida, como si un peso abrumador le impidiera ponerse recto. Le vio tumbarse en su lado de la cama, respirando agitadamente, mientras ella se preguntaba: «Qué estará pensando, qué estará pensando», sabiendo como sabía que no pensaba nada

bueno y que las angustias de Joan planeaban sobre la cama, trepando hasta el techo, pegándose a las paredes, goteando al suelo. Por fin Joan se durmió y Elvira siguió un buen rato despierta. Le habría gustado levantarse, subirse a la escalera con un trapo de quitar el polvo y ahuyentar los miedos adheridos como telarañas a todos los rincones. Pero se quedó inmóvil al lado de su marido y volvió a repasar los argumentos que al día siguiente tenía que desplegar ante él con la resignación de quien actúa por convicción, aunque sin demasiada esperanza. Joan sólo saldría del pozo cuando le llegara su momento, pero no porque escuchara o aceptara sus razones. «Está enfermo», se repetía Elvira mientras secaba los vasos que acababa de lavar. La depresión es una enfermedad. Lo sabía. Lo sabían. Pero, entonces, ¿por qué nunca hablaban de ello? ¿Por qué Joan no había pronunciado nunca la palabra «depresión» delante de su hijo? Y como él no lo hacía, Elvira tampoco. Andreu no sabía que su padre estaba enfermo, ni que iba al médico ni que se medicaba. Era probable, por tanto, que el chico creyera que su padre era un lunático que de vez en cuando decidía aislarse de todo, incluidos ellos dos, y cuando se le pasaba el mal humor volvía como si nada. Por eso, cuando ella le había dicho que Joan todavía dormía, Andreu había utilizado ese tono de desprecio: «qué raro», y ella había sentido una punzada en el pecho que no la había abandonado durante un buen rato.

El teléfono la sobresaltó y se apresuró a cogerlo antes de que despertara a Joan. Era Roser. Que volvía ya de la playa, que hacía un día precioso y que el agua estaba fresca pero buenísima. Que había ido con Júlia y que lo sabía todo sobre la verbena de los chicos. Que cuando se vieran le contaría algo que le haría mucha gracia. Algo sobre los sueños de Júlia cuando era niña… La voz de Roser fue como si una corriente de aire entrara con fuerza y lo dejara todo limpio de polvo. Elvira sonrió y, en cuanto colgó, se puso a cocinar mientras tarareaba una melodía que la rondaba desde hacía días. Por la tarde, si tenía un rato, se sentaría al piano para retenerla. Que no huyera.

Júlia y Andreu se encontraron en la playa. Ella se había quedado allí cuando su madre había vuelto a casa. Él había bajado a la playa para alejarse de casa, del sueño autista de su padre, de la mirada

preocupada de su madre. Se saludaron prácticamente sin mirarse a los ojos. Él se quedó allí plantado, con la toalla colgando del hombro, sin saber muy bien qué hacer. Júlia, que salía en ese momento del mar —resplandecía entera porque el sol hacía centellear las gotas de agua depositadas sobre su piel—, caminó hacia su toalla y se sentó con cierta precipitación. Andreu dudó si sentarse a su lado o buscar una zona alejada. Finalmente, dejó la toalla al lado de la chica, la miró, esbozó una pequeña sonrisa y dijo:

—¿Esta noche has soñado conmigo?

Júlia cogió un puñado de arena y, sin pensarlo dos veces, se lo arrojó a la cara. Él protestó, frotándose los ojos. Al cabo de un momento, Júlia cogió la botella que llevaba en la bolsa y le echó agua sobre el ojo derecho mientras el chico gemía y decía: «De ésta, te acuerdas». Ella también sonreía.

Los hijos de la tragedia

Esa primavera, el tenista sueco Björn Borg había ganado Roland Garros y todo parecía indicar que también se proclamaría vencedor del torneo de Wimbledon, que empezaba al día siguiente de San Juan. Andreu no hacía más que hablar del tema mientras colgaba los farolillos de colores de las ramas más altas de los árboles. Ignasi Reig, que todavía no había cumplido catorce años, le escuchaba con una admiración poco disimulada y procuraba imitarle en todo. Júlia y Ruth incluso habían observado que su hermano había empezado a decir muy a menudo «¿de qué vas?» o a saludar con un guiño, como lo hacía Andreu.

—¿Queréis hacer el favor de olvidaros un poco del tenis y ayudarnos a poner la mesa? —pidió enérgicamente Júlia—. ¡No creo que tarden más de una hora en llegar!

Los matrimonios Reig y Balart habían pasado una semana en el País Vasco y volvían para celebrar con los chicos la verbena de San Juan. Todos los años se escapaban una semana: el año pasado habían ido a Carcasona, y el anterior a Madrid. El viaje a Carcasona había ayudado a Joan Balart a salir de uno de sus «pozos». La bonanza había durado todo el año, de modo que Elvira confiaba en que volviera a repetirse el milagro.

Los tres hijos de los Reig se habían quedado al cuidado de su abuela materna, una mujer risueña pero que imponía sus normas sin que le temblara la voz. Andreu, que el año anterior se había visto obligado a pasar unos días con sus primos de Barcelona, había conseguido en esta ocasión que sus padres le dejaran quedarse solo en la casa de Sorrals. ¡Ya tenía dieciocho años! Esa tarde, su madre le había llamado para darle todas las indicaciones necesarias para que pudiera preparar la cena en el jardín. El chico había descubierto el galimatías de armarios y cómodas que guardaban

vajillas, manteles, copas y cubiertos. Pero, con la ayuda de las chicas, había logrado salir airoso del trance y la mesa estaba casi a punto, estratégicamente situada entre la magnolia —a su madre le gustaba que el aroma llegara hasta los comensales— y el olivo.

—Tengo ganas de que estén aquí —dijo Ruth mientras recolocaba los cubiertos a ambos lados de cada plato para que quedaran perfectamente alineados.

Su hermano, que pasaba un trapo por las sillas de hierro de color verde agua, dejó escapar una risilla.

—¿De qué te ríes?

—De que de lo que tienes ganas es de ver el regalo que te han traído.

Ruth se hizo la ofendida con una mueca de desprecio, aunque de todos modos reconoció:

—Eso también. Pero tengo ganas de ver a papá y a mamá. Los he echado de menos…

Júlia, seria, doblaba las servilletas de hilo de color crudo y las metía en las copas para que quedaran tiesas como una llama.

—¿Y tú, Júlia? ¿No tienes ganas de ver a mamá?

La aludida siguió metiendo las servilletas en las copas en silencio, pero dedicó a su hermana una mirada de reojo cargada de odio. Qué mala idea. Qué perversa era Ruth. Seguro que la tarde anterior, cuando los padres de ambas habían llamado por teléfono a casa, había oído a Júlia pelear con su madre. Seguro que se había quedado detrás de la puerta escuchando la conversación, que había ido subiendo gradualmente de tono.

No, no había echado de menos a sus padres. Se había sentido la mar de bien esos días, como si el aire estuviera más limpio y pudiera respirar mejor. La abuela le controlaba la hora de llegar a casa y la obligaba a colgar el teléfono cuando la conversación con las amigas se alargaba demasiado. Pero, aparte de eso, Júlia hacía lo que quería y había llegado a tocar con las yemas de los dedos una forma de vida muy parecida a la libertad. Y, en cambio, la víspera por la noche, la llamada de su madre la había devuelto a la realidad, a su vida de adolescente, a los permisos denegados, a las prohibiciones, a la obligación de consultar cada una de sus decisiones. Al final tuvo que recordarle que, a partir de esa noche, y según la Constitución española, aprobada el mes de diciembre

anterior, ya sería mayor de edad. Roser recibió esa afirmación como una amenaza y reaccionó agresivamente: «Me trae sin cuidado lo que diga la Constitución. Como si lo dice el rey de España en persona. ¡Mientras vivas en nuestra casa harás lo que nosotros digamos!». Muy bien, muy democrático. No, no tenía ganas de que volvieran sus padres. Tenía ganas de ir a una verbena que se celebraba en una casa espectacular con piscina, la mejor fiesta de ese San Juan. Irían todos. Y qué más daba que fuera en Santa Coloma de Farners. Sus amigos ya conducían. De pronto se dio cuenta de que desde un principio había tenido la solución delante de sus ojos y no se había dado cuenta.

—Andreu, ¿irás a la verbena de Santa Coloma?

El chico la miró desde lo alto de una silla, que se tambaleó ligeramente a causa del gesto.

—No, prefiero quedarme. Como papá y mamá llegan esta noche…

Júlia puso la última servilleta con rabia mal contenida. Andreu, el aburrido. Siempre tan juicioso, tan buen chico. Siempre haciendo lo que sus padres esperaban de él. Mientras ella lo despreciaba en silencio, el chico se acercó a la mesa. Cuando Júlia oyó su voz tan cerca, hizo un movimiento involuntario con los hombros.

—Mira, ¿la quieres? —Andreu se fijó en el movimiento de sus hombros—. Vaya, lo siento. Te he asustado…

Júlia se dio la vuelta. Andreu le ofrecía una flor de magnolia, blanca y perfumada, realmente espléndida. Como si el chico hubiera hundido las manos en el mar y las hubiera sacado llenas de espuma. Júlia la aceptó sin responder ni esbozar una sonrisa y entró en la casa. Un instante más tarde volvió al jardín con un jarrón de porcelana blanca en el que había depositado la flor. Lo puso encima de la mesa, y le pareció que la vajilla brillaba más y las servilletas que había colocado en las copas se encendían como velas.

Todo estaba a punto. Andreu se sentó en la hierba y se tumbó, con los brazos bajo la nuca a modo de almohada. Miró al cielo con actitud relajada.

Ignasi y Ruth corrieron a sentarse a su lado. La luz empezaba a diluirse, pero todavía quedaban retazos de sol que manchaban algunas zonas del jardín de la casa de los Balart. Durante todo el día había hecho bochorno y justo empezaba a entrar el ábrego, lo que

hacía presentir una noche con temperaturas muy agradables. Andreu e Ignasi volvían a hablar de Wimbledon. Júlia, sentada en una de las incómodas sillas de hierro, sacudía migas imaginarias del mantel que cubría la mesa. Cuando llegaran sus padres les informaría de que tenía intención de ir a la fiesta de Santa Coloma. No podían impedírselo. O sí, pero no pensaba dar su brazo a torcer fácilmente. Debía conseguir que entendieran que ya tenía dieciocho años.

Oía las voces de los demás, alguna risa. Poco a poco, su espalda fue perdiendo rigidez; terminó por levantarse de la silla de hierro y se acercó al grupo que descansaba sobre la hierba. El sauce filtraba la luz y sus ramas caían, indolentes, hasta tocar el suelo. Se relajó, contagiada de su laxitud, y se sentó al lado de su hermana, dándole un suave empujón. Ruth se quejó: «¡Oye!». Justo en ese momento, cuando el brazo de Júlia rozaba la rodilla de Ruth y ésta decía: «¡Oye!», sonó el teléfono en la casa. Andreu se levantó de un salto y echó a andar hacia el porche. A medio camino se volvió brevemente para observarlos. Los tres hermanos Reig empezaban a darse golpes y empujones y rodaban por la hierba entre risas. La luz había menguado y todo el jardín parecía estar cubierto de un velo que sólo había de levantarse cuando llegara la oscuridad y tiñera el cielo de azul marino. Subió los tres escalones y, cuando entraba en casa, oyó a lo lejos el eco de las voces retozando. Cogió el teléfono con un suspiro: creía que no llegaba a tiempo.

Andreu Balart recordaría durante el resto de su vida el aspecto que tenía el jardín de su casa aquella tarde, cuando volvió a salir al porche. La luz amarillenta, la brisa suave, las risas amortiguadas de los hermanos Reig bajo el sauce. Se acercó poco a poco, como centrando toda su atención en sus pasos. Habría caminado con la misma actitud si hubiera cruzado un campo lleno de minas o pisara las baldosas de la cocina después de que un vaso de cristal se hubiera hecho añicos. Al llegar al rincón donde estaban los demás, se quedó quieto, allí plantado, junto a ellos, sin pronunciar palabra. Los tres alzaron la vista y guardaron silencio. Se oyó pasar el tren, un susurro de hojas, el campanario de San Gabriel, las nueve. Justo cuando se apagaba el tañido de la última campanada, Júlia se echó a llorar. Sus hermanos la miraron entre la sorpresa y el horror,

mientras Andreu se agachaba despacio y ponía una mano en el hombro de la chica. No era una caricia. Simplemente dejó el peso de la mano sobre la espalda, que se movía, sacudida por los sollozos de Júlia.

—¿Qué te pasa? —preguntó Ignasi. Y entonces miró a Andreu y volvió a preguntar—. ¿Qué le pasa?

Ruth, que también se había vuelto a mirar a Andreu y había reparado en su extraña palidez, se incorporó con el pánico en la mirada. Anochecía por momentos. En la calle, al otro lado del gran portalón de hierro de la casa, se oían chillidos de niños. En el jardín todo era silencio. En definitiva, habían transcurrido un par de minutos, una tarde, un verano, toda una vida.

Sin retirar la mano del hombro de Júlia, Andreu les dijo que había llamado tío Martín, el hermano de su madre. Que había ocurrido un accidente. Que había heridos y que los llevaban al hospital de Girona. Con cada información, la mano sobre el hombro se movía arriba y abajo. Finalmente, fue Ignasi quien obligó a Júlia a quitarse las manos de la cara, la cogió por los sobacos y la obligó a levantarse. Era como un peso muerto.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó Ruth con un hilo de voz.

—Mi tío nos manda un taxi. Debe de estar a punto de llegar. Vamos a esperarlo a la entrada.

Esperaron en silencio, los cuatro apoyados en las paredes de la casa. Cuatro cuerpos jóvenes, larguiruchos, de piernas y brazos bronceados. La pared de piedra había acumulado calor durante todo el día y ahora notaban su tibieza en la espalda.

Cuando vio llegar el taxi, Andreu cerró el portalón. Nunca le había parecido tan pesado. Antes de ajustarlo del todo, tuvo todavía tiempo de ver de soslayo la mesa bien puesta y los banderines de colores que se mecían suavemente.

Viajaron desde Sorrals hasta Girona sin pronunciar palabra. Andreu iba sentado delante, junto al conductor, un hombre de gesto severo que mordisqueaba un palillo mientras conducía. Los tres hermanos compartían el asiento trasero, como lo habían hecho tantas otras veces en el coche de sus padres, pero ésa era la primera vez en toda su vida en común que lo hacían guardando un profundo silencio. Júlia, sentada a la izquierda, apoyaba la cabeza en el cristal de la ventanilla y miraba fuera, a la noche. Pensaba que

podría preguntar si tío Martín había dado alguna información más concreta sobre las consecuencias del accidente. Quién estaba herido y quién no. Quién lo estaba de más gravedad. Y si… Ésa era la razón por la que no había preguntado nada. Porque podía ser que Andreu tuviera una respuesta, y no quería oírla. Concentró todas sus fuerzas en el deseo de que sus padres estuvieran bien. ¡Y los de Andreu!, añadió, asustada ante su descuido. Sin embargo, esa idea la angustió aún más: Andreu había dicho que había algún herido. Entonces, si ella deseaba que no fueran sus padres, ¿estaba deseando acaso que fueran los de Andreu? Y una cosa más: era lógico pensar que Andreu estaba deseando lo mismo que ella, que sus padres estuvieran bien. Por tanto, sus deseos entraban en contradicción. ¡El deseo de uno anulaba el del otro! Esa incómoda idea la obligó a cambiar de postura, y al moverse reparó en la presencia de sus hermanos. Sus hermanos menores. Ella era la mayor y todavía no había tenido un solo gesto de consuelo con Ruth ni con Ignasi. Tímidamente, puso la mano sobre la pierna de su hermano. El niño se la cogió para apretársela y, acto seguido, puso su mano derecha sobre la pierna de Ruth. Ruth se la cogió. «Así está mejor», pensó Júlia.

Siguió mirando por la ventanilla. La oscuridad estaba salpicada de luces que pertenecían a masías perdidas en la montaña o a casas más próximas a la carretera. De pronto Júlia recordó los viajes en coche que habían hecho hacía años, cuando ella era pequeña y Ruth apenas era un bebé que dormía plácidamente en su cuna. A menudo iban a pasar la noche de Navidad a Banyoles, a casa de los abuelos Reig. Júlia se pasaba el viaje mirando por la ventanilla y, como en ese momento, fuera todo estaba oscuro. Su madre le sugería que contara los árboles de Navidad adornados con lucecillas. ¡Uno! ¡Dos! ¡Siete! ¡Trece! Había más entonces que ahora. Algunos estaban sobriamente iluminados con bombillas blancas. Otros, con luces de todos los colores, y eran ésos los que más le gustaban. Recordó con claridad esos viajes: ella, el bebé y sus padres en el coche. Su madre hablaba con aquella voz joven y risueña. Su padre conducía, concentrado. Ella imaginaba el frío que debía de hacer fuera. A veces llovía, y en alguna ocasión hasta habían caído algunos copos de nieve. Los coches pasaban en dirección contraria, deslumbrándola durante unos instantes, y después volvía la

oscuridad. En la radio sonaba un villancico. Júlia pensaba que dentro del coche se estaba a gusto. La música, el calor, la voz de su madre. Se sentía protegida del frío y de la lluvia, de los coches que pasaban tan de prisa, de la oscuridad, de todo. Jamás había vuelto a sentirse así. Y menos aún en el interior de ese taxi que los llevaba rumbo a la incertidumbre. El exterior daba miedo.

El tío de Andreu los esperaba en la puerta del hospital de Girona. Su sobrino se dio cuenta en seguida de que tenía una expresión desencajada y temió que los aguardaran noticias trágicas. En realidad, lo tenía claro desde que habían hablado por teléfono. Temblorosa, a punto de apagarse, la voz de tío Martín no parecía la voz de tío Martín. La voz poderosa de aquel hombre alto y fornido, que debía de pesar casi cien kilos, de carácter afable, se había apagado y sonaba esmirriada. En la puerta del hospital, tío y sobrino se abrazaron brevemente y el hombre tuvo también un gesto afectuoso con cada uno de los hermanos Reig. Los llevó al interior del edificio hasta una salita desierta. Los niños empezaron a intranquilizarse visiblemente. ¿Y sus padres? ¿Era posible que estuvieran todos heridos de gravedad o…?

Los hicieron sentarse y una enfermera les preguntó si querían tomar algo. Después de la unánime negativa se marchó, dejándolos a solas con el tío de Andreu. El hombre se frotaba las manos sin parar y, con esa voz temblorosa que no era la suya, dijo:

—Quedaos aquí. En seguida vendrá vuestro padre.

Júlia y Andreu cruzaron una mirada como un rayo y ella se adelantó y preguntó:

—¿Nuestro padre? ¿El de quién?

Tío Martín dejó reposar la mirada en su sobrino e hizo un gesto con el que pareció querer tranquilizarlo:

—El vuestro. Valentí.

Ruth y Júlia se tomaron de la mano sin mirarse, aunque las dos esbozaron una sonrisa involuntaria. Ignasi hizo un inequívoco gesto de alivio.

Tío Martín se acercó a Andreu, que estaba apoyado contra la pared, con la cabeza gacha y el pie sobre el zócalo. Cuando bajó la pierna, Júlia vio que había dejado una huella en la pintura verde. Los dos salieron de la sala, el hombre con el brazo sobre los

hombros del chico. Andreu no se volvió a mirarla, pero Júlia mantuvo los ojos fijos en su nuca hasta que le perdió de vista. Pobre Andreu. Era evidente que le esperaban malas noticias. Júlia no sabía si sentirse aliviada, triste, feliz o asustada, o todo a la vez.

Pero, apenas unos minutos más tarde, cualquier posible rastro de alivio había desaparecido de su corazón. Sólo estaba asustada. Su padre acababa de entrar a la salita y, al verle, Ruth se había echado a llorar. Estaba desbaratado, como si su cuerpo se hubiera separado en distintas piezas que no encajaban y que se sostenían unas sobre otras por pura casualidad y en un equilibrio muy precario. Parecía que todo pudiera derrumbarse como un castillo que se desmorona en cualquier momento. Entonces se sentó en un sillón, apoyó los codos sobre las rodillas y durante un instante hundió el rostro entre las manos. Después los miró con una ternura inconmensurable y que ninguno de ellos volvería a ver en ojos de nadie, y les contó que, desgraciadamente, su madre había muerto pocos minutos después del accidente, cuando la ambulancia la trasladaba al hospital. Y Júlia supo en ese mismo instante dos cosas: que estaba equivocada, pues tener dieciocho años no hacía de ella una adulta, porque nunca se había sentido tan pequeña y desvalida como entonces, y que jamás podría volver a celebrar con alegría su cumpleaños.

Después, Valentí logró mantener unidos los pequeños pedazos de su cuerpo y se acercó a sus hijos para abrazarlos un rato a cada uno. Júlia sintió que las manos anchas de su padre le acariciaban una y otra vez el cabello y parecía como si se calmara un poco el lacerante dolor de esa herida que justo entonces se abría en su interior. Las manos de Valentí se multiplicaban y llegaban a la cintura de Ruth, a los hombros de Ignasi, al rostro de Júlia. Caricias y calor.

Mientras tanto, en la salita contigua, Andreu estaba sentado y hundido en una butaca de piel marrón. Joan, su padre, también estaba sentado en una butaca gemela a su lado. Guardaban silencio. Miraban al suelo. No se movían. Tío Martín, que los observaba desde el pasillo, supo en ese instante que padre e hijo lo tendrían muy difícil para recuperarse de la pérdida de Elvira y que, por triste que resultara simplemente imaginarlo, sus dolores serían islas en un océano o planetas flotando en el universo, que ninguno de los dos

recibiría el consuelo del otro y que la distancia y la frialdad reinante en la sala se mantendrían probablemente para siempre entre ambos.

Elvira Saus todavía respiraba cuando llegó al hospital. Los médicos la habían mantenido con vida durante casi tres cuartos de hora, pero había perdido mucha sangre y le falló el corazón. Joan Balart, su marido, recibió la noticia sin pronunciar palabra. Tampoco hubo un quejido ni una lágrima. Su rostro perdió color hasta parecer de mármol, pero su expresión no se alteró ni un ápice. Cuando su hijo entró a la salita donde estaba sentado, prácticamente no se movió. Andreu se acercó y le dio un beso indeciso en la mejilla. Su tío le había dado la terrible noticia mientras avanzaban por el pasillo, consciente de que era del todo improbable que Joan Balart reuniera las fuerzas suficientes para hacerlo. Andreu se sentó en la butaca junto a su padre y le observó. El brazo vendado, las heridas en la frente, esos ojos hundidos y la piel marmórea. Y el silencio.

Dos días más tarde se celebró el funeral conjunto en la parroquia de San Gabriel. Como no se cabía —estaba el pueblo al completo y había gente de toda la comarca—, la plaza de la iglesia estaba llena de gente. Las mujeres se abanicaban y los hombres procuraban buscar la sombra para protegerse del calor infernal de finales de junio. Los dos féretros de madera clara estaban literalmente cubiertos de flores. La gente murmuraba sin parar: «¡Menuda desgracia, dos familias destrozadas! Fíjate, toda la vida juntas, Elvira y Roser, quién les iba a decir que también hoy lo estarían aquí, en la iglesia, dentro de la caja… Valentí es un hombre valiente, pero dicen que Joan Balart está hundido, no sé si levantará cabeza. Al parecer el conductor del otro coche iba bebido y prácticamente no le ha pasado nada, que Dios le perdone. Todavía recuerdo cuando las dos se quedaron embarazadas a la vez. ¿Verdad que Júlia nació el día de San Juan? Fíjate tú, el día de su cumpleaños, pobre niña…».

Los Reig —las dos niñas sollozaban desconsoladamente mientras el niño, blanco como el mármol, dejaba que las lágrimas le bañaran la cara sin enjugárselas y su expresión atemorizaba a todo aquel que le miraba— se sentaron a la derecha, con los padres de Roser, que

habían envejecido de golpe, y otros familiares. Todos llevaban en las manos la esquela que Valentí había mandado imprimir y que incluía unos versos de Salvat-Papasseit y una fotografía de una Roser risueña y feliz.

A la izquierda de la iglesia, en el primer banco, estaba sentado Joan Balart, que había entrado con la mirada perdida, junto a su hijo. Caminaba tan encogido que parecía que Andreu hubiera crecido un palmo. El chico estaba triste, pero sereno. Saludaba a derecha e izquierda con una leve inclinación de cabeza y, al pasar junto al féretro de su madre, deslizó con suavidad la mano sobre la madera.

Cuando la misa tocó a su fin, el padre Pedro comunicó a los asistentes que las familias de Roser Corbera y Elvira Saus querían decir unas palabras de agradecimiento y que así se daría por finalizado el acto. Todos esperaban que Valentí Reig se incorporara, pero el viudo se limitó a mirar hacia el banco de los Balart e hizo un gesto con la cabeza, esbozando una ligera sonrisa. Y fue el joven Andreu quien se dirigió a la gente que llenaba la iglesia.

—Mi madre —empezó— a menudo decía que Roser era su hermana gemela. No decía «mi alma gemela», sino «mi hermana gemela». Porque así era como la sentía, así de cercana y así de íntimamente ligada a su vida. Crecieron en casas vecinas, compartieron juegos en la calle y en el patio de la escuela. Pasearon del brazo por el paseo del Mar, arriba y abajo, compartiendo confidencias e intentando encontrarse con Valentí o con Joan… Compartieron también los secretos del enamoramiento y la angustia de los momentos difíciles. Se hicieron compañía. Seguramente, en alguna ocasión tuvieron celos la una de la otra. Se quedaron embarazadas y sus vientres crecieron prácticamente al mismo ritmo. Decidieron que sus familias fueran amigas. Pasaron juntas todas y cada una de las noches de San Juan. Hasta esta última. Y ahora están aquí —señaló los ataúdes paralelos tendiendo un poco el brazo—, juntas, gemelas. Las echaremos mucho de menos. Y sabemos que vosotros también.

La iglesia estaba llena de sonidos guturales. Lágrimas tragadas, sollozos contenidos, pañuelos desplegándose, carrasperas angustiadas.

Los habitantes de Sorrals comentaron durante semanas el discurso que el joven Balart había pronunciado el día del funeral de su madre. Recordaron durante meses a Elvira y a Roser y el trágico accidente que se las había llevado cuando aún eran tan jóvenes. Y, a partir de entonces, empezaron a pedirle a Andreu que escribiera unas palabras de recuerdo para los muertos del pueblo. De hecho, con los años, terminó considerándolo prácticamente un segundo oficio, a pesar de que lo hacía sin cobrar. Los vecinos a menudo se lo agradecían en especie: una tarta de manzana recién salida del horno, una cesta llena de tomates de ensalada, una bufanda tejida en dos días o el ofrecimiento de un servicio gratuito de por vida si el agradecido era el mecánico, el practicante o la modista.

Júlia Reig tampoco pudo olvidar las palabras de Andreu, pero nunca se lo dijo. El día del funeral, sentada cerca de los dos féretros, tomó una decisión de corazón, sin que su cabeza interviniera para nada en ella. Mientras oía la voz de Andreu hablando de la amistad entre Roser y Elvira, decidió que ya no quería seguir vinculada a esa historia. Ese mismo día intuyó —y con acierto— que la trágica muerte de las dos jóvenes mujeres provocaría una conmoción en el pueblo que se prolongaría en el tiempo. Incluso pensó —y también en eso estuvo acertada— que la amistad de Elvira y Roser, sus embarazos simultáneos, su muerte compartida y prematura serían el episodio estelar del imaginario colectivo de Sorrals, la historia que en el pueblo se contaría a los forasteros. Todos en Sorrals recordarían lo que hacían en el momento en que se supo que Elvira Saus y Roser Corbera habían muerto en un accidente de tráfico. Y ella, Júlia, sería para siempre la hija de la pobre Roser, que murió tan joven, en aquel trágico accidente. Andreu y ella, los hijos de la tragedia. Vio proyectarse el futuro delante de ella como una película, y no le gustó. Y decidió, sin saberlo, o quizá sin quererlo, desligarse en ese mismo instante de todo lo que identificaba con el drama de esa doble muerte. El modo más sencillo y directo de conseguirlo era cortando drásticamente la relación con los Balart, sobre todo con Andreu, su compañero de juegos, de colegio, de aventuras, de adolescencia, su compañero de viaje hasta entonces. Ya no quería volver oír hablar de Júlia y Andreu, de los hijos mayores de Elvira y Roser, de los hijos de los Balart y de los Reig. Que habían nacido con unos días

de diferencia en el mes de junio del mismo año. Que habían pasado juntos todas las noches de San Juan, un año tras otro. Que sus madres habían soñado que se enamorarían. Basta. Ella era Júlia Reig, mayor de edad, una mujer libre.

Brillaban como escamas

El tren corría paralelo al mar desde Barcelona hasta Sorrals. Júlia se sentaba siempre que podía junto a la ventanilla para ir contando las playas y las calas que faltaban para llegar. Apoyaba la cabeza en el respaldo y dejaba reposar la mirada, enmarcada por la ventanilla del tren.

Pasaban las palmeras, el tendido eléctrico, las estaciones, mujeres, gatos, chicos, más palmeras. Una playa alargada como una rebanada de pan de hogaza, una cala pequeña y guarecida, un descampado cubierto de suciedad. De Barcelona a Sorrals. De Sorrals a Barcelona. Le habría gustado haber contado los viajes que había hecho durante los cinco años de carrera.

Esa vez no había encontrado asiento en el lado que daba al mar y estaba sentada al otro, contemplando amodorrada un paisaje lleno de vida y de movimiento que, sin embargo, la aburría más que el azul que llenaba el de los más afortunados, los que iban sentados a la derecha. El tren cruzaba pueblos demasiado parecidos. Casas de una sola planta, semáforos, plazas medio escondidas, rieras, tiendas de ultramarinos, viejos sentados en los bancos. Campanas de purpurina, velas amarillas, más campanas. Ahora abetos que se encendían y se apagaban, y ángeles azules. Guirnaldas de acebo con bombillas minúsculas de color rojo.

A Júlia le parecía que la iluminación navideña era lo único que diferenciaba un pueblo del siguiente. De pronto había empezado a oscurecer, precipitadamente, como ocurre en el mes de diciembre. El tren cruzó un pueblo justo en el momento en que se encendía el alumbrado. El paseo del Mar se llenó de colores: sobre la gente flotaban los delfines, las estrellas de mar, timones y anclas. Júlia lo contemplaba todo boquiabierta, como una niña pequeña. Era como si la vía del tren se hubiera licuado hasta desaparecer y así los

habitantes del mar hubieran podido cruzar al otro lado. Se subían a las paredes y a las farolas, se tomaban de las manos y quedaban suspendidos en el cielo de la calle, convertidos en luces de Navidad.

—¡Júlia! —Una voz conocida la sacó de la escena onírica en la que estaba sumida.

Su amiga Mònica llegaba acompañada de dos chicos.

—¡Buf! ¡En el vagón de al lado hay un tipo que no para de tocar el acordeón…!

Uno de los chicos es Andreu Balart. Saluda a Júlia con una inclinación de cabeza mientras ella aparta las piernas para dejar que se siente enfrente. El otro chico saluda con la mano mientras se presenta:

—Ricard.

—Júlia.

Los tres. —Júlia, Ricard y Mònica— inician una conversación animada y salpicada de risas, mientras Andreu se acurruca contra la ventanilla, se pone los auriculares del *walkman* y se aísla del resto del mundo.

—He pedido un *walkman* como éste para Reyes, aunque seguro que es muy caro —cuenta Mònica, pero Andreu no la oye—. Es un Sony.

Júlia mira durante unos segundos a Andreu, que ahora incluso ha cerrado los ojos.

—Se hace el interesante —dice, irritada.

Andreu la irrita, no puede evitarlo.

—Pero ¿no erais amigos? —pregunta inocentemente Mònica.

—Nuestras madres eran amigas —puntualiza Júlia—. Eso no nos obliga a serlo.

La amiga niega con la cabeza.

—No, ¡claro que no!

Andreu la irrita porque parece que lleve escrito en la frente: «Soy huérfano de madre». Y qué. Ella también lo es, y no va buscando la compasión de todos. Vale que en casa de Júlia su padre impidió que la tristeza se instalara para siempre, empapando las cortinas, adherida a las baldosas de la cocina, escondida en los cajones de la ropa interior… allí donde la encontraban los primeros días tras la muerte de Roser. Su padre enseñó a Júlia y a sus hermanos a hablar de la madre con frecuencia, aunque fuera con

pena, y al cabo de poco tiempo habían conseguido hablar de ello sin angustia. Júlia intuye que Joan Balart, el padre de Andreu, hizo justo lo contrario. Ya era un hombre triste incluso antes de la tragedia. El simple hecho de imaginar al padre y al hijo, solos y afligidos, en aquella casa tan grande… Aunque eso no lo disculpa, nada de todo eso resta un ápice de la irritación que Andreu le provoca. Apoya la espalda contra el respaldo mientras siente un pellizco en la boca del estómago. Le ocurre desde hace unos meses. Cuando algo la altera, el estómago se le contrae y le sube un regusto agrio garganta arriba. Su padre la acompañó al médico: «Los nervios se te van al estómago», le dijo. Sí, claro, eso también podría haberlo dicho ella. En este momento siente el pellizco y piensa que la culpa la tiene Andreu Balart y su estudiada indolencia. Se olvida de él y se une a la animada conversación de los otros dos, que ahora discuten acaloradamente sobre si la mejor escudella del mundo es la que prepara la madre de uno o la de la otra.

—Mmmmm… No veo la hora de que llegue el día de Navidad para probarla —dice Mònica—. Me parece que le pediré a mi madre que me sirva un poco en cuanto llegue.

—¿Ya la habrá preparado? —pregunta Ricard—. Mi madre no empieza a prepararla hasta la tarde del 24. La casa entera huele a Navidad, ¡y el olor ya no se va hasta que terminan las fiestas!

Júlia los escucha con una sonrisa postiza en los labios. Y de pronto, sin que Mònica esté a tiempo de impedirlo, Ricard le pregunta:

—¿Y a tu madre qué tal le sale la escudella? ¿También es la mejor del mundo?

Júlia borra su sonrisa y mueve la cabeza mientras intenta articular algunas palabras que no alcanza a pronunciar. Mònica riñe a su amigo con suavidad.

—¡Ricard! La madre de Júlia murió hace unos años, ¿no te acuerdas?

El chico se sonroja hasta la raíz del pelo.

—¡Vaya! ¡Lo siento! Sí, claro, en aquel accidente, la noche de San Juan, ¿verdad? Perdona, chica…

Júlia mueve la cabeza en un gesto con el que quiere restar importancia a las palabras del chico, pero el daño ya está hecho.

Los tres jóvenes siguieron el viaje en un silencio incómodo. Se acercaban a Sorrals. Júlia alargó el cuello para mirar hacia el otro lado y consiguió ver Cala Pequeña, vacía, con la arena llena de pequeñas ramas, conchas y algas secas; la Playa, con algunas barcas de pescadores reposando cerca del agua, y, finalmente, Cala Mediana. En su fuero interno se había desatado una batalla que no deseaba que nadie pudiera intuir. Por mucho que intentara ponerle freno —sin éxito—, un pensamiento avanzaba desde el subconsciente e iba abriéndose paso, saltando barreras y abriendo compuertas: «¡Cómo me gustaría llegar a casa y encontrar allí a mamá. Qué abrazo más dulce. Qué Navidad más distinta!». El tren empezaba a detenerse. Júlia se levantó, cogió la bolsa y se acercó a la puerta, preparada para bajar.

Cuando estaba ya en el andén, se volvió para despedirse de sus amigos. Andreu acababa de bajar del vagón y durante un segundo clavó en ella la mirada. Tenía los ojos del azul más triste que Júlia había visto jamás, pero esta vez la conocida irritación no llegó. Intuía que la punzada de añoranza que había sentido hacía unos instantes también se ocultaba tras esos ojos. «Quizá haya pensado lo mismo, exactamente lo mismo: "ojalá estuviera mi madre"».

Andreu se cargó la bolsa a la espalda y pasó cerca de Júlia, adelantándola por la izquierda. La chica se había parado un instante entre la gente, golpeada por ese pensamiento de añoranza compartida.

—Feliz Navidad, Júlia —dijo Andreu al pasar.

La voz de Júlia se le deshizo a medio camino en la garganta y el chico no oyó que ella le devolvía el deseo. Lo vio caminando, balanceándose suavemente de derecha a izquierda, arrastrando un poco los pies.

La casa de la playa estaba iluminada, pero no había ningún adorno que hiciera pensar que había llegado la Navidad. Andreu encontró a su padre sentado junto a la chimenea, con un libro en el regazo. La voz de Maria Callas —*«O mio babbino caro»*— y la chimenea encendida eran los únicos elementos cálidos en una sala de estar sumida en la penumbra. Andreu se detuvo en el umbral y paseó la mirada por esa habitación que recordaba… El hombre sentado junto a la chimenea esbozó un amago de sonrisa al ver a su hijo y el chico

se acercó para besarle fugazmente en la mejilla. El padre le hizo un par de preguntas de cortesía sobre la carrera y en seguida le comunicó que esa noche cenarían en un restaurante con Marta. Marta era la hermana del farmacéutico Rubió, amigo de juventud de Joan Balart, soltera y extremadamente tímida. Lo que la novedad provocó en el chico fue sobre todo una extrañeza enorme, porque no imaginaba cómo su padre —un hombre esquivo y melancólico— y Marta, tan reservada y apocada, habían podido llegar a intimar. ¿Cuál de los dos debía de haber dado el primer paso? ¿Qué clase de conversaciones debían de mantener si quedaban a tomar un café en el casino o a dar una vuelta por el paseo marítimo al atardecer?

Andreu deshizo su bolsa, puso a lavar la ropa y se metió en la ducha. El chorro de agua caliente le goteaba por la espalda y notó que toda la musculatura se le relajaba.

Sus pensamientos iban y venían de Marta Rubió a Júlia Reig. Había coincidido con ella en el tren. Hacía tiempo que no se veían. Júlia tenía el pelo más largo. ¿Terminarían casándose Marta y su padre? La verdad es que le parecía bien. Simplemente le costaba imaginar a una mujer en casa. Se había acostumbrado a la quietud que reinaba en ella desde la muerte de su madre. Al principio había sido una calma tétrica, como la de un cementerio, pero poco a poco había conseguido familiarizarse con ella. Era una paz sólo turbada por las arias de ópera y el crepitar de la chimenea. A veces, también por una brusca sacudida, cuando un postigo mal ajustado golpeaba contra la ventana.

Hacía ya tiempo que no se le encogía el corazón cuando llegaba a Sorrals desde Barcelona y volvía andando a casa, temiendo el momento de encontrarse a su padre hundido en su dolor como quien se apoltrona en una butaca que le resulta cómoda. Con el paso de los años, despacio y siempre sin palabras, había advertido que el dolor seco de ese hombre sólo iba ablandándose, transformándose más bien en una tristeza mullida, inocua, casi acogedora. Desde que se había jubilado, su padre vivía refugiado en ese rincón del mundo hecho a su medida. No le parecía un hombre desesperado. Lo veía más bien como un hombre que vivía felizmente instalado en la melancolía.

Elvira había muerto sin haber hablado abiertamente con su hijo adolescente del carácter depresivo de Joan Balart. Pero el chico era

sensible —como ella— y maduró de prisa… sin ella. Ambas cosas favorecieron una actitud comprensiva y discreta hacia la enfermedad de su padre. Respetuosa, sin reproches. Y quizá, cómo saberlo, Joan Balart se sintió finalmente libre en su propia tristeza.

Padre e hijo no hablaban nunca de Elvira, cierto. Ni siquiera la nombraban. Pero hay ausencias, todo el mundo lo sabe, más poderosas que cualquier presencia, y su recuerdo flotaba de una habitación a otra de la casa, se ocultaba en cualquier rincón del jardín y reposaba en la escalera del porche. Como si Elvira estuviera sentada al piano —como lo había hecho a menudo— y las notas se dejaran oír por todas partes.

Duchado y vestido para salir a cenar, Andreu Balart salió a fumar un cigarrillo al porche de su casa. Las facciones se le habían endurecido y tenía el cuerpo reforzado, pero la mirada era todavía inocente, más azul si cabe, en ese rostro oscurecido por la sombra de la barba. Apoyado en la barandilla, se abandonó durante unos segundos a la nostalgia e imaginó que realmente las notas que surgían de los dedos de su madre flotaban deslizándose a escasa distancia del techo de las habitaciones hasta llegar donde él estaba. Sólo un instante. Sintió un temblor muy leve en el pecho. Pensó entonces que, si era cierto que los hombres tienen alma, la suya acababa de vibrar. Recobró la calma dando una calada honda al cigarrillo y se concentró luego en la imagen de la chica con la que se había encontrado en el tren. Tan familiar y tan desconocida. La misma Júlia que le pellizcaba cuando se peleaban y algún adulto acudía para reñirles. La niña de rizos oscuros que mantenía las uñas clavadas en su piel para que Andreu aceptara sus disculpas sin protestar.

—Ha sido él. Me estaba tirando del pelo —decía Júlia.

Y el adulto le regañaba y le decía que dejara de molestar a la niña, que no abusara de su fuerza, barbaridades como ésas. Al día siguiente, Andreu se frotaba el moratón que los dedos de Júlia le habían dejado en el brazo.

Exhaló el humo, que trazó un pequeño remolino ante sus ojos y desapareció. La misma Júlia y el mismo jardín. Esa noche de San Juan, cuando había corrido a la casa para contestar al teléfono y, al volverse, había visto a los hermanos Reig jugando como cachorros debajo del sauce. El día siguiente al accidente, cuando subió los tres

escalones del porche y pensó: «Ayer, cuando los pisé, uno, dos, tres… todavía era feliz». Y desde entonces, todos los días, cada vez que subía los escalones, lo pensaba. Uno, dos, tres, y el mundo se hunde. Lo que habría dado por haberlos bajado y simplemente volver atrás. Tres, dos, uno, y la llamada no se ha producido.

Su padre salió de casa acicalado y perfumado. Daba gusto verle.

—¿Vamos?

No sonrió. Joan Balart sonreía poco. Sin embargo, puso la mano en el hombro de su hijo para bajar juntos los tres escalones.

Mientras los Balart —padre e hijo— cenaban en el restaurante con una encogida Marta Rubió, Júlia Reig preparaba tortillas de calabacín y cebolla para su padre y sus hermanos. Cenaron como siempre: hablando todos a la vez y comiendo demasiado rápido, «ponme agua», «quiero más», «déjame hablar», «mmm», «qué buenas», «¿quieres callarte?», «¡pásame la sal!». Valentí Reig notó en seguida que su hija mayor estaba de mal humor. Se había ofrecido a preparar las tortillas, sí, pero sin dejar de refunfuñar y haciéndose la víctima. Se había comido la suya sumida en un silencio poco habitual y, por fin, había estallado injustamente contra su hermano.

—¿Qué es eso de que vas a estudiar psicología? ¿Es que no hay más carreras?

Su padre le puso la mano en el brazo para intentar tranquilizarla, pero ella prefirió ignorar el contacto y avanzar en su propia ofuscación.

—¿Desde cuándo? ¿Desde cuándo te interesa la psicología? No te lo había oído hasta hoy. ¡Ni una sola vez!

Ignasi se defendía como podía, totalmente desconcertado por el ataque de ira de su hermana.

—¿Y qué? ¿Qué más da que no lo haya dicho nunca? Pues lo digo ahora. Ni que tuvieras tú la exclusiva…

Valentí los dejó un rato a la suya. Permitió que el chico pasara al ataque, que la hija mediana interviniera para defenderle, que Júlia se mostrara testaruda, intransigente, insólitamente obtusa. Y cuando consideró que la hija mayor ya se había desahogado, intervino para pedir a Ruth y a Ignasi que se acostaran.

—Venga, que ya es tarde y mañana tenéis que levantaros

temprano. Vamos, a la cama.

Los dos hijos menores salieron protestando por lo bajo y sintiéndose injustamente tratados. Ninguno de los dos había detectado que, tras la obstinada reacción de su hermana, se ocultaba algo que nada tenía que ver con ellos ni con el hecho de que Ignasi quisiera estudiar psicología. Le habría servido cualquier excusa, pensaba Valentí. Cuando Júlia se acercó a la butaca en la que su padre hojeaba el periódico para darle el beso de buenas noches, él la cogió del codo con un movimiento rápido y la obligó a sentarse en el sofá, a su lado. Tuvo que vencer la resistencia de la chica, que finalmente cedió con un «¡¿qué?!» que no auguraba nada bueno. Entonces Valentí hizo algo que no había hecho jamás. Se levantó y preparó dos vasos con un dedo de burbon y mucho hielo. Le ofreció uno a su hija. Al fin y al cabo, ya tenía edad suficiente. Le faltaban unos meses para licenciarse. Júlia aceptó el vaso con sorpresa y tomó un sorbo rápido y corto. Su padre se rió al ver su mueca.

—¡Agh! ¡Me ha abrasado la garganta entera!

Y así, en el comedor tenuemente iluminado por una lámpara de pie, haciendo tintinear los cubitos de hielo en el vaso de burbon, padre e hija conversan pausadamente de todo y de nada en particular, y él tiene la paciencia suficiente como para ir siguiéndola por todos los caminos y recovecos que ella tiene que recorrer, no conscientemente, sin saberlo, antes de llegar donde debe.

—Hoy me he encontrado con Andreu Balart en el tren.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo está? Hace mucho que no sé nada de él..

Júlia mira al suelo durante unos segundos antes de volver a hablar. Ve las zapatillas de su padre, de cuadrados granates y grises. Las había comprado su madre un día que las dos habían ido a Barcelona «a ver escaparates». A su madre le encantaba ir a Barcelona a ver escaparates. Es una forma hermosa de decirlo. Daba a entender que le gustaba eso que la gente llama «ir de compras», aunque fuera sin comprar nada. Le gustaba coger el tren a Barcelona, pasear por las calles de la ciudad, ver los escaparates y comentarlos, entrar a preguntar algún precio, probarse una falda, pararse a merendar en una cafetería. Ese día, el último que habían estado viendo escaparates juntas, habían entrado a la zapatería y

habían comprado unas zapatillas para Valentí. Hacía quizá seis años de eso, pero su padre todavía las llevaba puestas esa noche.

—No hemos hablado mucho. Es un tío raro…

—No es raro —la rectifica su padre—. Es tímido, y un poco huraño… pero buen chico.

Júlia levanta la cabeza y mira a su padre, y él sabe que por fin han llegado a donde iban, y se prepara para lo que su hija tiene que decirle. Llega en forma de pregunta:

—¿Por qué ya no nos relacionamos con los Balart?

Valentí suelta cuatro palabras mal hilvanadas.

—No coincidimos… y ellos tampoco…

Sin embargo, en seguida ve que los ojos de Júlia le miran sin rendirse y que esperan una respuesta.

—Le he llamado muchas veces, pero nunca ha querido hablar conmigo.

—¿Por qué?

La chica mira a su padre y le ve inesperadamente mayor. Le han aparecido unas arrugas en la frente que antes no estaban ahí.

—Yo conducía.

Ya lo ha dicho. Claro. Tendría que haberlo imaginado. Júlia calla y se recrimina mentalmente no haberse preguntado antes por qué se habían distanciado las dos familias. Quizá no quería saberlo. No. No es eso. No se lo había preguntado antes porque le resultaba cómodo no tener relación con los Balart. Los Balart eran el accidente, el doble funeral, la muerte.

—Eso es injusto —siente la necesidad de decir.

—Es injusto y natural, las dos cosas. No se lo tengo en cuenta. Me gustaría que Joan y yo volviéramos a ser amigos, pero no puedo forzarlo. Cada uno vive el dolor como puede, no como quiere.

Padre e hija vuelven a guardar silencio. Júlia se traga las palabras de su padre, las digiere. O lo intenta. Y entonces se echa hacia atrás en el sofá, apoya la cabeza en el respaldo y, con los ojos cerrados, mientras acaricia con la palma de la mano la tapicería y nota la sedosa textura del estampado y el grosor de la parte lisa, dice:

—Yo no lo vivo ni como puedo ni como quiero. Yo no vivo el dolor. Todavía no lo he vivido.

De pronto, lo ve claro. No es que Andreu Balart sea una

amargado, ni que se haga la víctima, ni que lleve puesto un cartel luminoso que diga «soy huérfano» para despertar la compasión.

Simplemente *es* huérfano. Y lo sabe. Es consciente de ello y vive su dolor como un huérfano. Ella no. Ella ha vivido estos cinco años sin darse cuenta, sin pensar en ello, empeñada en ignorarlo. Porque ser huérfano es terrible. Volver a casa por Navidad y no encontrar a su madre es trágico y ella, hasta ahora, ha fingido que no era así. Abre los ojos, horrorizada, y mira a su padre:

—Nos has estado engañando. Nos has hecho creer que lo que había pasado no era una tragedia, que podía superarse, que no definiría nuestras vidas, como si no tuviéramos que ser huérfanos de madre para siempre. Y sabes que ésa no es la verdad. Lo sabes, ¿verdad?

El silencio permite oír los sonidos nocturnos de la casa. El zumbido de la nevera, los suaves crujidos del parqué y un rumor lejano procedente del exterior, seguramente un coche que circula de prisa por una calle bastante lejana. Valentí espera unos segundos antes de intentar responder. La voz de Júlia se ha vuelto más aguda hasta resultarle casi desagradable. Su padre ha recibido las acusaciones como si un monstruo bajito aunque forzudo le estuviera pegando puñetazos en el estómago. Pero aguanta estoicamente. Quiere controlar sus emociones. Él es el adulto.

—Lo he hecho tan bien como he sabido, hija.

Ha sonado a autocompasión. Valentí se levanta para marcharse. En ese momento no desea por nada del mundo alargar la conversación. Ya habrá tiempo para hablar de ello más serenamente. Deja a su hija sentada en el sofá y, cuando empieza a subir la escalera, la oye sollozar.

Después llegó la Navidad, con su olor a escudella, el tintineo de las copas y las miradas preocupadas de Valentí a su hija mayor, que se esforzaba por participar de las risas y las conversaciones, pero que no lograba borrar esa expresión apagada y esa voz de corcho que no parecía la suya. La habían llamado amigos y amigas para hacerla salir de casa, pero la simple idea de levantarse del sofá, donde se pasaba las tardes arrebujada en una manta de ganchillo, le daba pereza. Aun así, su padre insistió mucho en que saliera la noche de Fin de Año. Sus hermanos tenían entradas para el *réveillon* del

casino y Valentí, sin preguntar, también fue a comprar una para ella. Júlia se resistía, testaruda. Entonces Valentí se jugó la carta que tenía bajo la manga, y era un as:

—Tomad, chicas —dijo, fingiendo desinterés, mientras dejaba unos billetes en la mesita—, por si queréis ir a Barcelona a compraros algo bonito para la noche de Fin de Año.

Las dos hermanas cruzaron una mirada de absoluta incredulidad. En la familia a menudo se bromeaba sobre la tacañería de Valentí. Ese gesto inesperado consiguió, finalmente, arrancar chispas en los ojos de Júlia. Ruth se había levantado y ya estaba colgada del cuello de su padre.

Un par de días más tarde, la noche de Fin de Año, Valentí estaba sentado en el sofá con los ojos cerrados junto a su hijo mientras Ruth y Júlia bajaban despacio la escalera interior. Se oían risas ahogadas y el roce de ropa.

—¡Todavía no miréis!

—A ver... ¿Estáis preparados? ¡Ahora!

Padre e hijo abrieron los ojos a la vez y, espontáneamente, empezaron a aplaudir. Las chicas estaban imponentes y parecían mayores. Júlia, con un vestido negro sin mangas, un poco escotado. Le dejaba al descubierto los brazos largos y delgados, la parte alta de la espalda y la nuca. Durante el invierno había adelgazado y parecía más delicada. La piel clara ya había perdido el tono dorado del verano. Llevaba unos pendientes de su madre, con un pequeño brillante que, con el movimiento de la cabeza, despedía pequeñísimos reflejos de luz. Ruth llevaba unos pantalones de terciopelo negro y un corpiño dorado. Se había recogido el pelo para dejar la frente despejada y la melena, de un castaño rojizo, le caía sobre los hombros, lisa y brillante como un telón de cobre.

—Esta noche vas a tener trabajo vigilándolas, Ignasi…

El chico también se había puesto elegante. Llevaba el pelo engominado y hasta se había puesto una pajarita roja. Los vio salir entre empujones y codazos, como si volvieran a ser los tres mocosos que no podían dejar de tocarse y de reír hasta que su madre les advertía: «La risa termina siempre en llanto».

Fue recordar esa frase y Roser apareció allí mismo, a su lado, como un fantasma resplandeciente y seductor. Llevaba un vestido claro y el pelo recogido, como a él le gustaba, y le miraba con una

intensidad que no puede existir en los ojos de los vivos. Bailaron. En el equipo de música sonaba *El día que me quieras* y, como ella apoyó la cabeza sobre su hombro, Valentí pudo olerle el cabello. Era su perfume, el perfume de Roser. No le dolió interrumpir tan bruscamente la recreación. Corrió escalera arriba hasta su habitación y abrió el último cajón de la cómoda. Apartó un par de pijamas y un albornoz, y lo encontró. Al fondo, doblado y protegido por un fino papel, había un pañuelo de seda de Roser. Era azul y tenía unas minúsculas florecillas grises, y lo había guardado porque olía a ella, el olor de su cuello. Valentí cogió el pañuelo como si pudiera romperse y lo sostuvo entre las manos durante unos minutos. Respiró hondo para intentar calmar su corazón desbocado antes de olerlo. ¿Y si ya no olía a nada? ¿Y si la fragancia había desaparecido? ¿Cómo puede conservarse un aroma? ¿Cuánto tiempo se supone que puede mantenerse un olor impregnado en una prenda? Estaba asustado, aterrado. ¿Y si ya no estaba? Se acercó lentamente el pañuelo de florecillas grises a la cara, hundió en él la nariz y aspiró ávidamente. Allí estaba todavía.

Fue una noche de Fin de Año llena de amor.

No lo hubo, en cambio, en la cena íntima con la que Joan Balart y Marta Rubió recibieron el año nuevo. Hubo conversación agradable, sonrisas educadas, un excelente vino de Alsacia, servilletas de hilo, la parpadeante llama de una vela que añadía un poco de misterio a sus miradas. Pero no amor. Joan Balart era consciente de ello, pero decidió que no tenía importancia. Había amado a Elvira y, al perderla, había asumido que ya no volvería a sentir nada parecido. Quizá fuera mejor así: «sentir» no era su verbo preferido. No se le daban bien los sentimientos y a menudo salía herido de ellos. Desde la muerte de Elvira, se había recluido en aquella vida apagada que tantas veces le había servido de refugio. Y ahora su mujer no podía obligarle a salir de él. Su hijo parecía haberlo aceptado sin problemas… de modo que nadie iría a buscarle. Marta Rubió tampoco. Según le parecía entender, a ella le bastaba con tener a un hombre cerca. Si algún día se casaban, estaría feliz de vivir en la casa de la playa y convertirse en la mujer del doctor Balart.

Volvieron a casa antes de la doce para comer las uvas en la intimidad. Marta lo había dejado todo preparado por la tarde: los

dos cuencos de porcelana con los granos de uva contados y una botella de champán en la nevera. Se sentaron en el sofá de la sala de estar, uno al lado del otro, con los cuencos en el regazo y los ojos fijos en el reloj de pared. Marta estaba inquieta porque pensaba, sin temor a equivocarse, que ése era el momento adecuado para el primer beso. Temía que Joan tuviera la desafortunada idea de dárselo justo pasadas las doce campanadas, cuando ella tuviera la boca llena de uva. ¿Y si, por una vez, no intentara comérselas todas? De ese modo podría masticarlas y tragarlas antes de que llegara el beso.

—Ya empieza.

Marta se llevó un grano a la boca. Y otro. Masticó enero y febrero y caviló si le daba tiempo a comer más. Marzo, abril y mayo. Mientras daban las siete campanadas restantes le dio tiempo a masticar y tragárselo todo. Llegó a diciembre con la boca limpia. Y entonces, con el corazón acelerado, miró a Joan. Él tenía la boca llena y masticaba sin prisa. Ella lo esperó prácticamente durante cinco minutos. Nunca un beso había requerido una espera tan larga. Joan se tragó el último grano y cogió la copa de champán. La entrechocó con la de Marta y le deseó un feliz año nuevo. Luego tomó un sorbo. «Ahora», pensó ella. Joan se levantó. Ella también.

—Te acompaño a casa, Marta —dijo mientras le acercaba el abrigo de piel.

Desconcertada, Marta le siguió hacia la puerta. Ya en el porche, un aire helado los hizo apresurarse. Salieron a la calle y caminaron juntos, con las manos en los bolsillos y la cabeza gacha para protegerse del frío. Cuando llegaron a casa de ella, Marta creyó que Joan ni siquiera se detendría. Lo veía aterido, deseoso de llegar a casa y meterse en la cama. Pero Joan se paró delante del portal y le agradeció ceremoniosamente la velada. Ella sonrió y él se acercó y le dio un beso en los labios, breve y epidérmico, casi accidental. Echó a andar casi como si hubiera dado un beso ritual de buenas noches a su esposa después de llevar casados treinta años. Ella entró en casa con una sonrisa asomándole a los labios. Fugaz y lánguido, pero un beso al fin y al cabo. ¡Y un beso algo quería decir! Marta Rubió tenía razón: un beso —por desapasionado que hubiera sido— tenía su importancia en una relación como ésa. Joan Balart y ella se casarían seis meses más tarde.

Joan Balart llegó a casa pensando únicamente en meterse en la cama y abrigarse con un par de mantas. La temperatura había bajado ostensiblemente. Cruzó a toda prisa el jardín, sin ver las sombras enroscadas, sin sentir el roce de la ropa ni los pequeños y ardientes gemidos. Los dos, Júlia y Andreu, se sobresaltaron cuando oyeron cerrarse primero el gran portalón de hierro del jardín y el de la casa medio minuto más tarde. Se quedaron quietos, la boca a un milímetro de la boca, mezclando olores y alientos.

—¿Es tu padre? ¡Podría habernos visto! —dijo ella, fingiendo que la posibilidad la inquietaba.

—No te preocupes. Seguro que venía pensando en sus cosas, distraído… autista, como siempre. —Andreu tampoco estaba preocupado. Estaba deseoso, como ella.

No sabían exactamente cómo habían llegado donde estaban. Quizá porque Júlia estrenaba un vestido negro y se había recogido el pelo y Andreu la miró con una voracidad desconocida en él. Quizá porque ella le saludó con una sonrisa, sin rastro alguno de la antigua hostilidad. Quizá porque él la invitó a una copa y ella pidió un vodka con limón. Quizá porque el vodka propicia las confesiones inesperadas y Júlia se vio de pronto contándole a Andreu la extraña discusión que había tenido con su padre. Quizá porque él le aseguró con rotundidad que jamás, ni durante un solo instante, había creído que Valentí fuera culpable del accidente. Quizá porque ella admitió con sinceridad que durante esos años había despreciado la actitud de Andreu, que atribuía al victimismo, y ahora estaba descubriendo que era ella la que había estado huyendo del dolor. Quizá porque entonces, cuando una lágrima surcó de prisa el rostro de Júlia, Andreu se la enjugó con el dedo y aprovechó para acariciarle suavemente el cuello. O quizá simplemente porque eran un chico y una chica que se gustaban, ligeramente bebidos, una noche de Fin de Año.

Y ahora estaban escondidos debajo del sauce, como aquella tarde ya lejana cuando sonó el teléfono y les cambió la vida, aunque sin pensar en ello.

Júlia tiritaba y Andreu la tomó de la mano y la condujo por la parte más oscura del jardín. Entraron en casa por una puerta trasera y se refugiaron en una habitación pequeña que Júlia no había visto

nunca.

—Es la habitación de la asistenta —le contó Andreu—. Hace años que aquí no duerme nadie.

Había una cama muy estrecha, una mesita de noche minúscula y un armario muy sencillo, de chapa. Andreu lo abrió y, al ver que estaba lleno de ropa, respiró tranquilo, porque en la cama sólo había un edredón de algodón que no debía de abrigar mucho. Cogió una manta de cuadros —más parecida a una manta de viaje— y la puso a los pies de la cama.

Júlia esperaba, quieta, callada. Todavía tiritaba, así que Andreu la hizo sentarse en la cama y después la invitó a tumbarse con un lento abrazo. Se taparon con la manta, que olía a naftalina. Apagaron la luz.

La piel de Júlia era como el raso, suave y tersa. Era un tacto desconocido que Andreu había imaginado cientos de veces. Pensó que la piel de Júlia era sedosa como en los sueños y supo que la reconocería siempre, a oscuras, entre otras pieles. Y mientras la cubría de caricias, recordó una escena lejana en el tiempo, cuando eran muy pequeños, en la playa. Debían de tener cinco o seis años. Acababan de salir del agua y se entretenían agachados justo donde rompían las olas, construyendo flanes de arena. Y él se fijó en que, en los brazos de la niña, doradas por el sol del verano, se dibujaban unas figuras blancas y redondeadas que brillaban como escamas cuando la luz les daba de lleno. Era la sal del mar. Sin pensarlo dos veces, el pequeño se acercó más a su compañera de juegos y, con un movimiento rápido, le lamió el brazo. La niña empezó a chillar y a gritar, y las madres de ambos, que tomaban el sol justo detrás de ellos, se incorporaron, asustadas. ¿Qué pasa? ¿Qué tienes, Júlia?

—¡Andreu me ha lamidoooo!

De pronto, esa fría noche de diciembre, Andreu volvió a sentir ese gusto salado en la boca. La piel de Júlia.

Después del día de Reyes los estudiantes volvieron a Barcelona. Andreu y Júlia guardaron debajo de la manta el secreto de la noche de Fin de Año. Y en Sorrals, como nadie lo sabía, era como si nada hubiera ocurrido.

Regresaron a casa en Semana Santa sin haberse planteado —o sin haberlo hablado en voz alta— si mantendrían el secreto o dejarían a

la vista ese amor que crecía, eufórico, un poco entre sobresaltos. Fue divertido jugar a ocultarlo. Acariciarse disimuladamente mientras el gentío los zarandeaba al paso de la procesión. Cruzar miradas clandestinas por encima de las cabezas de los amigos en la barra del bar de Cisco. Despedirse con un breve y sencillo «¡hasta mañana!» cuando el cuerpo les pedía un ardiente abrazo.

El lunes de Pascua hacía un día espléndido y todos se dejaron llevar por el hambre de sol. La playa estaba llena como en las mejores mañanas de julio. Júlia y Andreu se comportaban —o ése era su deseo— con naturalidad entre el grupo de amigos. Y sin embargo la gente los miraba y se quedaba atrapada por aquella exhibición involuntaria. Como es bien sabido, ni la tos y ni el amor pueden disimularse. Entre los dos crecía, ante decenas de ojos curiosos, un globo gaseoso y luminoso que se hinchaba y se encogía, resplandeciente, y que poco a poco se iba espesando. Ellos mismos se daban cuenta, y de repente la chica se levantaba y se sacudía la arena de los muslos para disipar aquella nube efervescente que flotaba entre Andreu y ella.

En las semanas siguientes, se convirtieron ya en la comidilla de todo Sorrals. La hija de los Reig y el hijo de los Balart se habían enamorado, tal y como lo habían deseado sus madres, las infortunadas Elvira y Roser. ¡Si ellas pudieran verlo! En el mes de mayo se supo que la pareja había comido con el padre y los hermanos de ella. Un par de semanas más tarde, cenaron con el padre de él, Joan Balart, y con su amiga, Marta Rubió. Finalmente, a principios de junio, tuvo lugar la reconciliación de las dos familias: los Balart y los Reig compartieron mesa un domingo y, según comentó después la propietaria del restaurante, al llegar al postre ya habían decidido pasar juntos la noche de San Juan. En el jardín de la casa Balart. Como antes.

El sol del mes de junio había hecho estallar el jardín. El allium exhibía sus esferas rosas, y las abejas y los abejorros rondaban el azul del espliego y el amarillo de la hierba de San Juan. La tarde de la verbena llegaba hasta la casa de la playa una brisa marina que auguraba una noche perfecta. Como cuando hay luna llena.

Andreu no estaba de buen humor. Ver a esa mujer trajinando por la casa como si fuera la señora le sacaba de quicio. Y la verdad

era que no podía encontrarle un solo defecto a Marta Rubió. Y eso aún le sacaba más de quicio, porque le hacía sentirse egoísta e injusto. Júlia se lo había comentado:

—Eres un gruñón, todo te parece mal... ¿La mesa demasiado adornada? Si le hace ilusión, déjala, hombre.

Pero ella, Júlia, tampoco estaba contenta. Se veía a la legua que la cena no le apetecía. «Quizá se deba a que se acuerda de otras noches de San Juan y echa de menos a su madre y las cenas en el jardín», pensó Andreu, pensó su padre y pensó también ella.

O quizá fuera precisamente porque no lo echaba en absoluto de menos. Porque verse otra vez sentada en esa silla de hierro colado tan incómoda, saturada del olor de la magnolia, mortalmente aburrida de la inacabable cháchara de Marta Rubió, le provocaba náuseas. Era como si hubiera estado atada a la silla, inmovilizada por el peso de los años en aquel jardín de la casa Balart. Como si la vida no avanzara. Una desconocida desazón crecía en algún rincón de su cuerpo, entre el estómago y los pulmones, y los estallidos de los petardos no hacían sino intensificarla cada dos minutos. Veintitrés años. Veintitrés noches de San Juan. Se prometió que ésa sería la última que pasaría en aquel jardín y, justo en ese momento, Andreu le llenó la copa de champán y le dedicó una sonrisa.

—¿Brindamos?

Todos alzaron sus copas.

—¡Por el verano que empieza! —dijo Andreu, repitiendo el brindis cómplice.

Andreu vació su copa de un trago, echando hacia atrás la cabeza como si tuviera mucha prisa. Júlia lo miraba y le veía la desazón en los párpados, en los labios y en la nuez. Se acordó de cuando esa nuez era más prominente, en su cuello adolescente. En aquel tiempo era muy delgado y tenía los brazos muy largos; parecía desgarbado. Si se esforzaba, también lograba ver a aquel niño de ojos claros, con el pelo que se le aclaraba en verano. La sonrisa entre melancólica y traviesa. ¿Y cómo sería Andreu dentro de unos años? ¿Iría ensanchándose hasta convertirse en un hombre fornido y barrigudo? ¿Iría perdiendo el pelo? Y ella, ¿se quedaría plantada así, delante de él, contemplándolo mientras su propia piel iba también arrugándose, la cintura se le desdibujaba y la vista se le tornaba cada vez más borrosa?

Cogió la flor de magnolia del jarrón que tenía delante, la aprisionó con las dos manos y aspiró su perfume. La fragancia se le coló por los orificios nasales y le pareció de pronto que el cerebro le temblaba como un flan.

Se levantó bruscamente y empezó a limpiar y a recoger los platos. Lo hacía muy concentrada, como si se tratara de un ensayo en un laboratorio, con tubos y pipetas y un riesgo real de deflagración. Puso seis o siete platos en un montón y los cubiertos encima. Luego se los llevó a la cocina, subiendo despacio y con cuidado los escalones del porche para no tropezar. Los platos eran de porcelana gruesa y pesaban mucho.

Hasta que no estuvo en la cocina y hubo dejado los platos en la encimera de mármol no se dio cuenta de que alguien la había seguido y de que estaba con ella en la cocina. Se volvió de prisa, como si quisiera sorprender a un intruso, y se encontró con Andreu delante de ella, con esa sonrisa abierta, los ojos redondos y azules, la nariz prominente y el pelo desordenado sobre la frente.

—Toma. Mi regalo de cumpleaños.

Júlia no pudo ocultar su desconcierto mientras él le abría la palma de la mano y depositaba suavemente en ella un pequeño estuche forrado de terciopelo negro. ¿Una joya? ¿Andreu le había comprado una joya? No se lo podía creer. No iba con él. Y, sobre todo, no iba con ella, que sólo llevaba puestos los pendientes de la comunión. A veces, en verano, se ponía pulseras de cuero o de hilo, de esas que compraba en los puestos de los *hippies*. Pero eso era todo.

Andreu la observaba con una mirada socarrona, cruzada por las greñas que casi se le metían en los ojos.

—¿No piensas abrirlo?

Como en las películas. El chico esperando, nervioso y emocionado. La chica levantando despacio la tapa del estuche, los reflejos lumínicos del brillante se reflejan en su rostro embelesado. Un pensamiento insidioso cruzó, rápido como una chispa que salta desde las brasas, el cerebro de Júlia. ¡No será capaz…! ¡Por favor, por favor, que no lo sea! ¡Que no sea una joya de su madre, por favor!

—Venga, Júlia. ¡Ábrelo de una vez!

Y abrió el estuche. Era un colgante. Una cadena finísima y,

reposando delicadamente en el terciopelo, una lágrima. Una lágrima de cristal. Una lágrima de cristal de la araña del salón. Júlia cogió la cadena y la extrajo del estuche. La lágrima cayó suavemente y se columpió un instante entre los dos. A su espalda, la sonrisa de Andreu se expandió. Hizo un gesto para apartarse el pelo de los ojos. Ella también sonrió, aunque tenía muchas ganas de llorar.

Fue una noche de San Juan teñida de nostalgia. Era la primera que las dos familias pasaban juntas desde el accidente y, por mucho que se esforzaban por no pensar en ello, los recuerdos planeaban sobre todos y sólo estallaban y se difuminaban con la explosión de algún petardo. Unos segundos más tarde volvían a condensarse como nubarrones preñados de tristeza.

El afán de Marta Rubió por aligerar el ambiente encogía el corazón de los Reig, que asistían impotentes a esa escena patética mientras el marido de la anfitriona se aislaba del entorno e ignoraba los desafortunados intentos de su mujer, ahora un chiste, ahora un chisme, ahora una anécdota ramplona.

Poco después de las doce, los más jóvenes empezaron a desfilar hacia el casino. Por el camino, Andreu cogió a Júlia de la cintura y le dijo al oído que no se cansaría nunca de mirarla. Ella llevaba un vestido blanco ceñido como una segunda piel. El pelo oscuro le caía ondulado sobre la espalda. Le agradeció sus palabras con una sonrisa apagada.

El casino resplandecía de luz y de música. El jardín tenía un aire decadente, con las bombillas amarillas y los farolillos de colores. La noche era cálida y sonaba *Eye in The Sky*, de Alan Parsons Project. Júlia caminaba decidida entre los grupos de chicos y chicas, saludando distraídamente con la mano a unos y a otros. Andreu iba detrás y notaba todas las miradas masculinas sobre su vestido blanco.

Cuando los dos tenían ya una copa en la mano, se encontraron con Mònica, la amiga de Júlia, con un vestido dorado y purpurina dorada en los párpados. Felicitó a Júlia por su cumpleaños con grandes abrazos y gritos agudos. Luego, entre risas, les presentó a su primo. «Se llama Antoine, y vive en Perpiñán». Sonrisa impecable, metro noventa, ojos claros. Palabras agradables con un

ligero acento francés.

Y quizá fue precipitado —seguro que sí—, pero Andreu supo en aquel preciso instante que ese amor, el suyo y el de Júlia, tenía los días contados.

La chica de la trenza

Ese verano empezó de la peor manera posible. El 19 de junio el terror conmocionó el corazón de la ciudad de Barcelona y mató a veintiuna personas. Sus almas se tumbaban entre los bañistas de la playa, tomaban el aperitivo en las terrazas y algunos esperaban verlas saltar sobre las brasas durante la noche de San Juan. Además del brutal impacto del terror, había otras noticias que invitaban al desánimo: los científicos aseguraban que se estaba abriendo un agujero en la capa de ozono y en el mundo aumentaba la convicción de que los enfermos de sida eran los leprosos del siglo XX. Un junio inusualmente triste.

Aun así, Júlia Reig era optimista. La tendencia natural de su carácter la animaba a creer que en general las cosas tienden a salir bien. Había heredado la ilusión de su madre y la tenacidad de su padre. Era una buena combinación para hacer frente al proyecto que tenía entre manos.

Sin embargo, como le ocurría a menudo, esa actitud positiva iba acompañada de un estrés más o menos soterrado que se manifestaba de distintas formas. En esta etapa de su vida, el terreno abonado era la piel: repentinos picores, enrojecimiento, sequedad, caspa. Júlia recordaba otras épocas, cuando era más jovencita, en que los nervios se le iban al estómago. La desazón siempre encontraba algún ojo de buey por donde asomar la nariz.

A principios de mayo había inaugurado el centro de psicología infantil de Sorrals. Había alquilado un local pequeño y luminoso en el número 23 de la plaza Mayor. Intentaría sacarlo adelante sola y, si funcionaba, podría incorporar a Ignasi, su hermano, que estaba terminando la carrera. Estaba convencida de que trabajarían en buena armonía, porque siempre se habían llevado bien. Las cosas habrían sido distintas con su hermana. Pero Ruth, gracias a Dios,

había decidido un par de años antes ponerse a trabajar en la tienda de muebles que habían fundado sus padres y todo apuntaba a que terminaría llevando ella el negocio. Las dos hermanas mantenían una relación fluida, que incluso se podría calificar de íntima, aunque basada en una rivalidad permanente, como si estuvieran instaladas encima de un volcán con tendencia a entrar en erupción periódicamente.

Ignasi y ella, en cambio, se llevaban bien. Júlia no recordaba haber tenido ni una sola pelea con... Un momento, sí, de pronto se acordó de aquel Fin de Año en que su hermano había anunciado que quería estudiar psicología y ella había saltado con aquella tontería. El chico se había quedado dolido, pero ella misma le había aclarado, unos días más tarde, que el berrinche nada tenía que ver con él ni con su decisión, sino que guardaba relación con una situación emocional alterada. Tampoco le había dado más explicaciones. No era asunto de Ignasi si ella había descubierto que no había vivido el duelo por la muerte de su madre, ni cómo se lo había echado en cara a su padre ni su posterior arrepentimiento. Tampoco era necesario que supiera que, en esa época, había descubierto por qué la familia había perdido el contacto con los Balart, a los que los unía una estrecha amistad. Ni cómo la suma de todo la había llevado a mirar a Andreu de otra manera. Ni cómo, finalmente, todas las emociones se habían conjurado para estallar de madrugada en el cuarto de servicio de la casa de los Balart.

Miró por enésima vez la placa que acababan de colocarle en la pared, junto a la puerta de entrada del local: JÚLIA REIG. PSICÓLOGA INFANTIL. Los vecinos que pasaban cerca se paraban a cotillear y la felicitaban. Le auguraban un gran éxito, pero ella, en su fuero interno, pensaba: «Decid lo que queráis, pero todos os resistiréis de mala manera a traerme a vuestros hijos». Y tenía razón. En el año 1987 ir al psicólogo todavía estaba mal visto.

Antes de echar a andar, lanzó una mirada al balcón que tenía encima. Si todo iba según lo tenía previsto, en poco tiempo ése sería su balcón, el balcón de su casa. Aconsejada —y avalada— por su padre, cuando decidió quedarse el local para el centro de psicología, Júlia también había comprado el piso de encima. Había que hacerle algunas reformas que tendrían todavía que esperar, pero algún día sería un lugar acogedor en el que vivir y ese paisaje

familiar de la plaza Mayor la acompañaría durante al atardecer, cuando volviera a casa y se regalara un momento de descanso tras el balcón.

Andreu la sorprendió mirando hacia arriba.

—Ya te imaginas instalada, ¿eh?

Ella le besó brevemente en la mejilla antes de responder.

—En el centro sí, ya está todo a punto para ponerlo en marcha. Inauguramos el viernes. Pero en el piso no. En el piso tendremos que hacer obras y antes tendré que conseguir el dinero… Pero espero que todo llegue.

—Así me gusta, que seas optimista. ¡Ésa es mi Júlia!

Andreu le guiñó el ojo antes de echar a andar, tras lanzarle un «¡llego tarde!», y Júlia hizo que se girara una vez más cuando le gritó que le esperaba el viernes en la inauguración. «Ésa es mi Júlia», había dicho. Cada vez que Andreu hacía eso, demostrarle su afecto con esa naturalidad, Júlia se sentía cómoda y abrigada, como en aquella cama estrecha debajo de la manta que olía a naftalina. Y, a pesar de eso, pensó, no echaba de menos nada ni tampoco se arrepentía de nada. No la entristecía que aquel intento de historia de amor sólo hubiera durado unos meses. Era muy improbable que hubiera terminado por enraizar. Seguramente habrían estado juntos dos o tres años, quizá cinco, el tiempo suficiente para acumular decepciones, distanciamientos y rencores. Pero en cuatro o cinco meses no hubo tiempo para nada. Fue una decisión acertada. Era demasiado pronto. Eran demasiado jóvenes. Son demasiado amigos.

Andreu Balart llegó resoplando a la biblioteca. Llegaba con retraso y ya desde la distancia vio al viejo Gumbau y a las tres hermanas Montornès esperando en la puerta. Los cuatro sonrieron con indulgencia mientras él saludaba con un tímido «Buenas tardes. Siento haberlos hecho esperar…».

Las hermanas Montornès le disculparon con palabras amables, hablando las tres a la vez, como hacían a menudo. Le trataban como si fuera de la familia, como el sobrino que no tenían, pues dos eran solteras y la otra, viuda y sin hijos. Iban todas las tardes a la biblioteca después de comer y se pasaban allí un par de horas leyendo hasta que la sala se llenaba de niños, cuando los colegios terminaban las clases y se acababa el silencio.

Las tres hermanas eran buenas lectoras y se dejaban guiar a ciegas por los consejos del bibliotecario. Cuando una de ellas terminaba una novela, se la pasaba a la otra, y la segunda a la tercera. Así después podían comentarlas, como un club de lectura reducido al ámbito familiar. Esa tarde, la mediana de las Montornès había terminado *Cumbres borrascosas* —«¡Me ha encantado! Menuda historia de amor… y qué frío más húmedo debía de hacer, ¿no?»— y esperaba que Andreu le proporcionara una nueva lectura. Mientras él encendía todas las luces y recogía algunas revistas abandonadas de encima de las mesas, Flora, la mediana de las Montornès, cotilleaba acerca del motivo del inusual retraso del bibliotecario.

—¿Entonces? ¿Has tenido algún imprevisto? Supongo que tu padre no estará enfermo…

—Me he entretenido porque Miquel, el del estanco, me ha pedido que pronuncie algunas palabras en el funeral de su madre… Ya debe de haberse enterado de que murió ayer por la tarde.

—Desde luego, la pobre, claro que lo sé. Estaba muy enferma. La verdad, bendito sea Dios por habérsela llevado. Le habrás dicho que sí, ¿verdad? ¡Se te dan tan bien los discursos…!

—No son exactamente discursos —la corrige Andreu—, sólo cuatro palabras para recordar al difunto. Sí, claro que lo haré.

Y le ofrece un libro perfectamente forrado en plástico.

Flora Montornès coge el libro y lee el título con parsimonia mientras, de un modo prácticamente imperceptible, acaricia la cubierta:

—*Tiempo de cerezas*. Me gusta mucho la Roig, me cae simpática cuando la veo en la televisión, pero no he leído nada suyo.

—Éste le gustará mucho. Ganó el Premio Sant Jordi.

Y mientras Flora y sus hermanas se instalaban en el rincón mejor iluminado de la biblioteca y el viejo Gumbau las observaba de soslayo mientras hojeaba una revista, Andreu Balart se preguntó por qué acababa de mentir. Claro que no tenía por qué dar explicaciones a Flora Montornès de los motivos por los que había llegado tarde al trabajo. Pero no era verdad que le hubiera entretenido Miquel, el del estanco. Del funeral de su madre habían hablado el día antes por teléfono y esa tarde, en cambio, de camino a la biblioteca, Miquel se había limitado —desde la puerta de su

establecimiento— a recordarle el compromiso.

—¡No me falles, Andreu! —había dicho. Y él, sin detenerse, le había hecho una señal de conformidad con la mano.

El motivo de su retraso era otro. Se había entretenido delante del centro de psicología de Júlia Reig. Aunque no había nada de malo en ello, Andreu, instintivamente, no había querido decirle nada a Flora Montornès. Una inocente y breve conversación entre ellos dos era un cotilleo demasiado goloso para las hermanas. Al día siguiente, todo Sorrals se habría enterado. Unos años antes, cuando Júlia y él habían roto la relación después de estar juntos unos meses, todo el pueblo había opinado sobre el asunto. Eran los hijos de Elvira y de Roser, las pobres, los hijos del terrible accidente, y la gente de Sorrals sabía que, si hubieran terminado casándose, el pueblo habría tenido una historia realmente triste y bonita que contar durante generaciones. La mirada de todo el pueblo reposaba, pues, sobre ellos desde la tragedia que había tenido lugar años atrás. Era un peso que en ocasiones resultaba insoportable. Y además ahora Andreu tenía un buen motivo para no querer desatar las lenguas malintencionadas: estaba Selma.

Selma. —Anselma Gil Clarós— había estado siempre viviendo a sólo tres kilómetros de la casa de los Balart. La chica de Mas Clarós, hija y nieta de payeses, de Sorrals de toda la vida.

Pero Andreu no lo sabía. No la había visto nunca hasta aquella tarde, tres meses atrás, cuando su mirada tropezó con ella durante el funeral del pintor Jaume Illa, del que Selma había sido discípula. Se había fijado en ella en cuanto había subido al altar, invitado por el padre para hablar del difunto. Ella estaba sentada en el tercer banco de la izquierda, junto al pasillo. Le llamó la atención ese pelo, rubio como el aceite de oliva, recogido en una trenza gruesa y suelta que le caía por el lado derecho sobre el pecho. Una liana salvaje que subía hasta la nuca y que Andreu, de no haberse encontrado en el altar de San Gabriel a punto de recordar al difunto por el que celebraban el funeral, habría deseado deshacer a tirones hasta ver esa melena libre, desparramada sobre los hombros de la chica. Pero Andreu siempre había sido un hombre juicioso, así que se limitó a pronunciar las palabras que había escrito la noche antes, levantando la mirada del papel de vez en cuando y paseándola

entre la gente, deteniéndose cada vez imperceptiblemente en el tercer banco de la izquierda.

Recordó la bonhomía de Jaume Illa, la larga lista de amigos que había tenido durante sus sesenta y cinco años de vida, los chascarrillos que esos amigos contaban de aquel artista rebelde por naturaleza que jamás había querido honores ni reconocimientos públicos y que se había mostrado siempre generoso y comprometido con el pueblo donde había nacido y donde vivió hasta el final de sus días. Terminó anunciando, a pedido del alcalde de Sorrals, la decisión del Ayuntamiento de poner el nombre de Jaume Illa al centro cívico que debía inaugurarse después del verano. Y entonces Andreu Balart dobló con parsimonia el papel sobre el atril y se lo guardó en el bolsillo. Después miró a las personas que le habían escuchado e hizo un gesto con la cabeza, expresándoles así su agradecimiento por su atención, y en ese instante su mirada se cruzó con la de la chica de la trenza áurea. Y le pareció ver en esos ojos un punto de decepción. ¿Ya está? ¿Eso es todo? ¿Ya te vas?

Y una fuerza cuyo origen desconocía le empujó a seguir en el altar durante unos segundos más, delante de todo el pueblo, sin saber qué hacer ni qué decir. Y unas palabras que no había pensado ni escrito empezaron a abrirse camino en su garganta, buscándole la voz.

—Estoy seguro de que a Jaume Illa le habría gustado que le recordarais en el amarillo de los campos de girasoles, cada vez que os sorprenda el rojo de una granada y, por supuesto, en los ratos que podáis disfrutar del placer de contemplar el mar sin prisas.

Volvió a su sitio sin levantar la mirada del suelo. Sentía un calor extraño en la nuca y tenía las manos frías. Y, antes de sentarse, oyó que en algún punto de la iglesia sonaba un aplauso solitario. El gesto se contagió de un banco a otro y toda la iglesia se sumó al aplauso. Y Andreu supo, a pesar de que era imposible tener la certeza de ello, que era la chica de la trenza leonada la que había aplaudido primero.

Fuera, en la puerta de San Gabriel, recibió la felicitación de todos los vecinos del pueblo y el emocionado abrazo de la familia del difunto. Mientras el hermano del pintor Illa le abrazaba, vio por encima de su hombro que la chica estaba quieta, a unos metros de allí, como esperando algo. La chica de la trenza, la chica del

aplauso.

Se acercó a ella dominado por la misma fuerza ajena a su voluntad que le había obligado a prolongar el discurso en el altar. Aunque en ese momento no lo sabía, ese impulso procedía de la propia Selma. Durante todos los años que estuvieron juntos, Andreu notó esa fuerza, un nervio constante que le empujaba, que le hacía crecer y le estimulaba a hacer cosas que él jamás habría hecho. Era Selma. Selma empezó a quererle ese día en el funeral del pintor Jaume Illa mientras le oía hablar del amarillo de los campos de girasoles y del rojo de la granada, y su amor era vivo y potente como la electricidad, y le encendía.

Y él, Andreu, nunca supo cuándo había empezado a querer a Selma. Simplemente ella así lo había decidido, le había elegido entre todos los demás y él había reaccionado. De nuevo le venía a la cabeza el verbo «encender»: como si Selma hubiera pulsado un interruptor y él se hubiera activado. Se encendió y se dio cuenta de que quizá hasta entonces había estado apagado o, como mínimo, en *stand by*. Quizá desde esa noche de San Juan en que supo que Júlia se le escapaba de las manos como un puñado de arena de la playa. O quizá había que remontarse más atrás, a aquella otra noche de San Juan, la del accidente, la de la muerte de su madre. Era difícil saber cuándo se había quedado desconectado.

Selma era la luz, la energía, el sol. El pelo dorado, la piel clara, los ojos oscuros. Una leona sin pereza. Las manos grandes, de dedos largos y huesudos, la espalda siempre recta, el andar de pasos ambiciosos, los gestos generosos y aquella amplia sonrisa. Era artista. Hacía platos y vasos de cerámica, pintaba, cosía muñecas de trapo, cocinaba galletas en forma de estrella o de payaso, con los tapones de corcho fabricaba soldados de juguete, trenzaba brazaletes de cuero, prensaba flores para hacer con ellas puntos de libro y modelaba pequeñas figuras de barro: una chica que leía, un anciano sentado en un banco, un niño con una espuerta llena de conchas, una mujer que zurce la red. Decenas de figuras de barro que llenaban los estantes de su taller y la contemplaban mientras ella trabajaba durante las mañanas, inclinada sobre la mesa, sumida en un silencio concentrado, o por las tardes, cuando el estudio se llenaba de niños que llegaban a su clase de dibujo y de manualidades.

A Andreu le gustaba ir a recogerla al taller cuando los niños terminaban la clase y le daban unos abrazos pegajosos de pintura y llenos de yeso. A menudo, Selma los despedía uno por uno en la puerta con una bolsa llena de caramelos. «¡Coged, coged un puñado!». Otro día eran chocolatinas, avellanas tostadas o regaliz rojo.

Cuando Andreu y Selma anunciaron que se casaban, Joan Balart y su mujer se pusieron muy contentos. A los dos Selma les parecía un ángel. En Sorrals se había creado un estado de opinión muy favorable: todos estaban de acuerdo en que Andreu y Selma hacían buena pareja. El hijo de los Balart, el bibliotecario, hacía años que se había ganado el afecto de la mayoría de los vecinos por su destreza para glosar la figura de los habitantes del pueblo a los que había que despedir. Y aquella chica tan esbelta y tan rubia, que parecía recién llegada de un país nórdico, contagiaba risas y ganas de vivir al hijo del médico, que había sido siempre un poco soso como su padre…

Finalmente, estaba Júlia. ¿Qué opinaba Júlia de la boda de su compañero de juegos, amor fugaz y amigo de probada fidelidad? Júlia se había rendido a los encantos de Selma prácticamente al mismo tiempo que Andreu.

Lo más importante, lo único importante, era que entre aquel hombre y aquella mujer había crecido un amor flexible y robusto como una hiedra trepadora y que lo que Andreu sabía —que Selma había decidido, que le había elegido y que él había reaccionado como un interruptor o como un timbre cuando alguien lo pulsa— sólo lo sabía él. Y quizá Selma. Los demás —su padre, Júlia, los amigos y todo Sorrals— sólo veían lo evidente: un hombre enamorado que amaba con devoción, abocado a una relación que deseaba larga y sólida.

Júlia no se cansaba nunca de contemplar la felicidad de Andreu. No había en ella ni un ápice de celos. A pesar de que el amor interfería inevitablemente en su amistad; a pesar de que Selma tenía ahora, en cierto modo, lo que ella había dejado escapar; a pesar de que, en algún bolsillo de algún abrigo guardado en algún armario, Júlia sabía que podría haberse encontrado con una esperanza minúscula, insignificante y remota de que algún día, en el largo

recorrido de la vida, Andreu y ella volvieran a encontrarse.

El centro de psicología funcionó razonablemente bien en seguida y el segundo psicólogo de la familia, Ignasi, se incorporó en cuanto terminó la carrera. Ese mismo año, Selma y Andreu empezaron las obras de una casa de la calle de los Juncos que pertenecía a la familia de ella, pero que llevaba cerrada un montón de años, desde la muerte de la tía abuela de Selma, una mujer menuda y risueña a la que debía su nombre.

Aunque pequeña, la casa tenía buena distribución, con un comedor, dos habitaciones y una cocina cuadrada que daba al jardincillo de la entrada. Selma puso cortinas pintadas por ella de colores vivos en la ventana de la cocina y en la puerta de entrada, y lo llenó todo con macetas de hierbas de olor. Era como una casa de cuento y olía a menta y a romero.

Se casaron un día de semana y en la iglesia sólo quisieron a los familiares más íntimos. Después, al anochecer, invitaron a un montón de gente a su casa, «como si fuera una fiesta de inauguración», dijeron. Estaban a principios de septiembre y el cielo era de ese azul brillante que dejan las ventoleras de finales de verano, cuando el aire tiene ese toque impreciso que nos lleva a prever un inminente descenso de las temperaturas. Selma estaba en la cocina, apoyada en el alféizar de la ventana —abierta de par en par—, y ofrecía como bienvenida a las visitas su vitamínica sonrisa.

Júlia fue con David, su pareja desde hacía apenas un mes. Un mes que, francamente, había dado para mucho. Para escuchar, embobada, sus disertaciones sobre Moravia y Morante; para intentar meter baza, aunque fuera simplemente con preguntas; para resignarse aburrida al silencio espectador, y, finalmente, para ver, impotente, cómo crecía en su interior un nuevo desengaño. En cualquier caso, le pidió a David que la acompañara a la inauguración de la casa donde sus amigos instalaban su felicidad.

En la parte delantera de la casa había un pequeño jardín tan lleno de gente que, a veces, los invitados tenían que colocarse en fila en el sendero de piedra para no pisar las flores y los arbustos recién plantados. Andreu recibía a todo el mundo en la puerta, mientras Selma saludaba con la mano desde la ventana de la cocina. La entrada olía a espliego, una fragancia fresca que se mezclaba con

los olores más nutritivos procedentes del interior: pastel de zanahoria, flan de coco, *bavarois* de piña, magdalenas de queso y *carquinyolis*.

—Hola, reina de Escocia. —Selma recibe a Júlia con un abrazo breve aunque convincente. Casi nunca la llama por su nombre. Siempre tiene a punto títulos nobiliarios, nombres estrafalarios o metáforas creativas.

—¿Qué tal, señora Balart? —responde Júlia con una sonrisa socarrona.

—Cuánta gente, ¿no? Este pueblo es la repera: ¡los invitas a todos por pura educación y se lo toman al pie de la letra!

Se ríen. La risa de Selma se contagia al instante. Es una risa soleada, insolente, de carcajadas redondas que te imaginas como señoras barrigudas con papada desfilando una detrás de otra.

—Qué bien se está en esta casa. Y el jardín…

Selma le da la espalda a Júlia para volver a apoyarse en el alféizar de la ventana.

—¿Verdad? Es una maravilla. ¡Y verás cuando florezcan los dos cerezos…! Y mira, acércate. Mira allí, al fondo: ¿ves qué magnolia tan pequeña? Con los años llegará a ser tan grande como la de la casa Balart. ¡Y dará unas flores grandes y blancas como pasteles de nata!

Júlia se aparta un poco de la ventana, hace un gesto para desentumecer las cervicales y, con un pequeño salto, se sienta en el mármol de la cocina con las piernas colgando.

—Para mí la casa de la playa es el olor a magnolia. En las noches de San Juan, Elvira siempre nos hacía cortar una o dos flores y las colocaba en jarrones encima de la mesa. Esa fragancia se nos metía dentro… Seguro que todo esto ya te lo debe de haber contado Andreu…

—¿Cómo era la madre de Andreu? Cuéntamelo como lo hacemos las mujeres.

Júlia cierra por un momento los ojos y coge aire. Elvira se le ha presentado con sus ojos claros y su voz de soprano, esas manos de dedos largos y delgados, el pelo alborotado recogido de cualquier modo y aquel gesto inútil para atrapar los mechones rebeldes: con dos dedos, los metía entre el pelo recogido, introduciéndolos con

fuerza y, en cuanto apartaba los dedos, los mechones volvían a escaparse, cayendo de nuevo.

Le cuenta todo eso a Selma, además de otras cosas: su talento como pianista; la excelencia de sus buñuelos de viento; la delicada consideración con la que hablaba de los períodos oscuros de su marido —a los que ahora llamaríamos «depresiones»—; su creatividad para poner una mesa bien adornada con copas de diversas cristalerías y platos desparejados, como si la diversidad de formas y de colores fuera más festiva; su desvergonzada debilidad por aquel hijo único, que tan bien la comprendía. Júlia habla y Selma la escucha como si en el resto de la casa no hubiera gente que habla, ríe y come, como si no se oyeran los gritos de los niños procedentes de la parte trasera, como si el aire de septiembre se hubiera detenido y por la calle de los Juncos no pasara nadie, ni el gato que siempre la cruza raudo y se esconde debajo de un coche. Y Júlia habla ahora de su madre, Roser, y de Elvira, que eran tan amigas. Que se querían de verdad como hermanas, no era una frase hecha, porque habían crecido juntas y habían sido vecinas, compañeras en el colegio, amigas íntimas. Cómo se entendían sin palabras, cómo se echaban de menos cuando estaban separadas y, sobre todo, cómo se reían cuando estaban juntas, lo bien que encajaba la ironía de una con la ingenua alegría de la otra. Las recuerda para Selma, llevándose las manos al estómago e inclinándose hacia delante presas de la risa, enjugándose las lágrimas y jadeando hasta que una de las dos dice con tono suplicante: «Basta, por favor, basta…». Se quedan un minuto en silencio y después, como por descuido, se miran y vuelven a la carga, la risa de una y la risa de la otra entrelazadas, superpuestas, indivisibles.

Y se da cuenta de que no ha hablado de esto con nadie, que con nadie ha recordado cómo las miraba, las admiraba y las envidiaba. Y de que en realidad siempre ha echado de menos tener una amiga así.

—¿Y tu hermana? —pregunta Selma.

Su hermana. Ruth. Siempre le ha dado un poco de miedo preguntarse por qué. Por qué, si sólo se llevan tres años. Por qué, si perdieron a su madre tan jovencitas. Por qué Ruth y ella no son como Elvira y Roser. Ni de lejos. Piensa en las reminiscencias de esa

rivalidad infantil: Ruth siempre fastidiándola, ella reaccionando con la abusiva autoridad de la hermana mayor. Una psicóloga tendría que saber por qué.

Selma se da cuenta de su incomodidad.

—Quizá tu amiga íntima sea Andreu —dice, y suelta una de esas ristras de pequeñas y rechonchas carcajadas—. ¡Ya sabes que para mí es el mejor!

Júlia la mira con una sonrisa reflexiva.

—¿Sabes que lo tienes todo?

Selma abre los ojos e inmediatamente se lleva las manos al vientre. Con voz de sorpresa mayúscula, pregunta:

—¿Cómo lo has sabido?

Júlia la mira desconcertada y se fija entonces en sus manos sobre el vientre.

—¿Entonces es que..?

La primera hija de Selma y Andreu nació siete meses después y se llamó Violeta. Y desde entonces, siempre que Júlia pasaba por la calle de los Juncos y se paraba en casa de sus amigos, o cuando no había nadie y seguía de largo, lanzaba una mirada a la ventana de la cocina, a las cortinas con sus amapolas pintadas a mano, y recordaba aquella escena, el día que supo que su ahijada iba a nacer. El día que habló de Elvira y Roser. El día que pensó que Selma lo tenía todo.

La casa de la playa

El día que murió Joan Balart, su nieta Violeta estaba sentada delante de un plato de arroz a la cubana y se negaba a comer tanto como se lo permitía su cuerpecito de cinco años. Con los brazos cruzados, miraba al suelo; con la barbilla hundida en el pecho, movía la cabeza a derecha e izquierda, las cejas juntas, enfurruñada… Golpeaba con los pies las patas de la mesa y decía en voz muy baja: «No y no». Su madre, plantada en mitad de la cocina, la observaba enfadada e incrédula. Parecía mentira lo tozuda que había salido. Una niña tan dócil y tan simpática cuando quería… Selma se estaba dando ya por vencida; no sabía cómo doblegar a la criatura y su manía de no comer «cosas rojas» la desazonaba. Mientras la hija seguía moviendo la cabecita rubia hasta la exasperación, se dijo que esa misma tarde hablaría con Júlia. Hacía meses que la niña se había metido en un lugar al que ella tenía prohibido el acceso. Todo empezó con las fresas. Después llegó el tomate en la ensalada. El pimiento rojo, por supuesto. Las cerezas. Los rábanos. Las manzanas de piel roja. La sandía. Y ahora la salsa de tomate. Pero ese plato de arroz se lo iba a comer, aunque tuviera que... Sonó el teléfono, el bebé que dormía plácidamente en el capazo se echó a llorar, Violeta aprovechó la distracción de su madre para levantarse y salir corriendo a su habitación. Entre los gritos del pequeño, Selma oyó la respiración agitada de su marido y su voz, inusualmente aguda, como si fuera otra persona o estuviera a punto de ponerse a gritar, que le decía que habían encontrado muerto a su padre en el porche de su casa. Probablemente, un derrame cerebral.

Y la testarudez de su hija, el arroz a la cubana, el llanto de Aleix, su decisión de llevar a la niña al psicólogo… todo desapareció y sólo tuvo ganas de abrazar a Andreu.

—Ahora soy huérfano —había dicho él entre resoplidos.

Y esa voz que le había parecido atiplada por la angustia se convirtió de pronto en una voz de niño desvalido, y el instinto maternal de Selma —despierto y en plena forma, no en vano tenía un bebé de ocho meses— la empujaba a salir corriendo de casa al encuentro de aquel hombreniño que, a sus treinta y un años, se había quedado sin padre y sin madre. Ella, Selma, todavía tenía padres, y una abuela, y cuatro hermanos. Pero ahora podía entender —quizá no al cien por cien— cómo debía de sentirse Andreu, hijo único y huérfano. Solo. Y ella quería decirle que no lo estaba, que ella y Violeta y Aleix estaban, y que, aunque en ese momento le pareciera que no, ellos podían darle consuelo y compañía.

No pudo decírselo esa noche, ya casi madrugada, cuando se acostaron, rendidos, después de un día que parecía no terminar nunca. Él por fin reposó, tumbado sobre el colchón de cualquier modo, y ella le desnudó y le quiso, con abrazos de los que duran, de los que no exigen prisas, esos abrazos en los que puedes quedarte tanto tiempo como quieras. Y él se rebeló contra la muerte, que es lo único contra lo que no merece la pena rebelarse, y en cambio todos lo hacemos. Y Selma se sintió tan desconcertada como horas antes delante de su hija —los brazos cruzados, la mirada baja, las cejas juntas—. Se acostó en silencio y a oscuras junto a él y supo que al día siguiente su marido sabría recomponerse, que era un adulto con recursos para soportar incluso el dolor de la muerte. Pero su pequeña Violeta no. Era una niña perdida en un laberinto y había que tomarla de la mano y guiarla hacia la salida.

La persona que más lloró mientras enterraban a Joan Balart —más que su viuda, más que su hijo— fue Valentí Reig. En Sorrals todos, hasta el más estúpido, pudieron imaginar que esos sollozos habían estado esperando para salir de sus entrañas desde el accidente que, trece años antes, había tenido lugar en la noche de San Juan. Al llorar a Joan Balart, Valentí lloraba a su esposa y a la mujer de Joan, a Elvira, que habían muerto demasiado jóvenes. Lloraba por sus hijos y por Andreu Balart, que se habían quedado sin madre aún muy pequeños. Lloraba por haber perdido esa vida plácida, de dos familias que se llevan bien, de dos mujeres que son como hermanas, de las cenas en el jardín, de los viajes de los dos

matrimonios al País Vasco, a Carcasona y a Madrid, de las risas y las discusiones, de los juegos y los brindis… Esa felicidad hecha de pequeños trozos que se guardan, como en la caja de latón que su madre tenía cuando él era pequeño, llena de retales que habían sobrado de un vestido azul de seda, de unas cortinas con un estampado de pequeñas margaritas, de una colcha de algodón de color rosa pálido.

Andreu recordó a su padre como un hombre austero y generoso, de grandes silencios, dijo, y de una única pasión. Y dicho eso, levantó la mirada para contemplar a las personas que le escuchaban, sentadas en los bancos de la iglesia, y vio que la mayoría estaba con el corazón en un puño después de su última frase. Júlia sintió que se le aceleraba el pulso y miró a Selma de reojo. Pero Selma escuchaba a su marido con una sonrisa dulce en los labios y no había en su rostro la menor sombra de angustia.

Andreu continuó: «… una única pasión: la música». Todos respiraron aliviados. Entonces sí que Selma miró a Júlia, y las dos sonrieron, porque, al referirse a la música, Andreu había logrado situar en la mente de todos el recuerdo imborrable de su madre, Elvira, la profesora de piano, sin ofender a la viuda de su padre, Marta Rubió, que sollozaba tapándose la boca con un pañuelo bordado.

Al día siguiente del entierro, Marta se presentó en la casa de la calle de los Juncos. No había llamado para avisar que iría y Andreu se lo tomó como una intromisión en su duelo. Aun así la hizo pasar y la invitó a sentarse mientras Selma preparaba café.

Marta Rubió estaba a punto de cumplir sesenta años y era una mujer angulosa. Delgada, de facciones marcadas —pómulos prominentes, mandíbula cuadrada—, la cintura casi siempre ceñida con un cinturón ancho que la subrayara. Estaba sentada en el sofá con la espalda recta, alisándose la tela de la falda una y otra vez. Andreu se fijó en que tenía un montón de manchas oscuras en la piel de las manos y pensó que eso no le debía de gustar demasiado. Eran manos de vieja que no concordaban con el resto de su cuerpo. También se fijó en el movimiento insistente —casi compulsivo— con el que alisaba la falda, e intuyó que la mujer de su padre no tenía nada bueno que decirle.

Selma llegó con el café y unas galletas de mantequilla, lo dejó

todo encima de la mesita baja y le pidió a Violeta, que dibujaba sentada en el suelo, que la acompañara a la habitación a despertar a Aleix.

Andreu y Marta se quedaron solos y en silencio.

—¿Cómo estás, Marta?

La voz de Andreu suena demasiado formal, propia de un trato poco familiar. Una sonrisa fugaz y a deshora intenta paliar el daño, sin conseguirlo. Marta Rubió se alisa por enésima vez la falda azul marino, deja escapar una tos esmirriada y por fin levanta la vista y mira al hijo de su marido, ese chico —ahora ya un hombre y padre de familia— del que prácticamente no sabe nada.

—He dormido bastante bien, gracias, Andreu.

Una pausa. Tendría que interesarse por él. Tendría que devolverle la cortesía. —«¿Y tú, Andreu, cómo estás?»—, pero no lo hace. Ha ido con un objetivo claro y muy espinoso y no está pendiente de las formas. Al fin y al cabo, está segura de que, en cuanto diga lo que ha ido a decir, él, Andreu, tampoco estará para monsergas.

—¿Y bien, Marta…?

«A qué has venido. Qué quieres decirme. Justo ayer enterramos a mi padre. Qué puede haber que urja tanto. Pero venga, suéltalo».

—Mira, Andreu…

Simplemente el tono de esas dos palabras le basta para saber que tiene que ponerse en guardia. Y así lo hace: se cruza de brazos y se mueve para recolocar la columna. Es una actitud casi castrense. Delante de él, Marta ha cogido carrerilla:

—El notario Planes nos llamará pronto para la lectura del testamento de Joan… de tu padre. Y antes quería hablar contigo, Andreu, porque quiero que sepas… porque estoy convencida de que Joan querría que lo supieras… que tu padre tenía intenciones, estaba a punto, de cambiarlo.

No le mira, no repara en la aceleración de su respiración, no hace ninguna pausa que pueda darle la opción de interrumpirla.

—Tu padre, Andreu, quería que la casa Balart fuera para mí.

La casa Balart. Ha dicho la casa Balart, como lo hacen en el pueblo. En casa no. En la familia, nunca nadie la ha llamado la casa Balart. Todos la han llamado la casa de la playa.

—Me lo había comentado varias veces y también te lo habría dicho a ti... si hubiera tenido tiempo, el pobre. Pero ya ves, Nuestro Señor ha querido llevárselo a su lado antes de lo que creíamos… Y por eso me parece que tendrías que saber cuál era su voluntad, su deseo… Él estaba seguro de que tú estarías de acuerdo. «Están tan bien en la casita de la calle de los Juncos…», decía. Y estáis estupendamente, ¿verdad? Si es que se nota en cuanto entras.

Y se calla de golpe. Como si se le hubiera acabado la cuerda, como si hubiera tropezado con un obstáculo imprevisto. Porque ya ha dicho lo que había ido a decir. Punto final.

A veces los silencios son tan compactos que parece que podríamos darles un mordisco. Un segundo, dos, tres, cuatro. Desde el piso de arriba llega el balbuceo del niño, colmado de risillas y de sonidos guturales. Después, Marta Rubió se pasa las manos por la falda con una irritación manifiesta y clava los ojos en el rostro de Andreu. Andreu no tiene prisa. Tiene otras cosas: despecho, taquicardia, autocompasión, disgusto, cólera. Pero prisa no.

Se levanta y se acerca al mueble del comedor. Lo abre con parsimonia y se inclina hacia delante. Deja pasar prácticamente medio minuto mientras elige la copa que le conviene. La coge. Coge la botella de coñac y se sirve un dedo. Guarda la botella, cierra la puerta del mueble, coge la copa y se toma el contenido de un sorbo. Un poco como en las películas del Oeste, con un gesto enérgico, como si al terminar fuera a dejar la copa violentamente encima de la barra. Pero no hay barra ni tampoco un camarero que se lleve el golpe. Sólo un comedor acogedor, la luz dorada que resbala sobre la madera de la mesa —con una finísima capa de polvo— y una mujer sentada en el sofá, más pálida que hace unos minutos.

No le ha ofrecido coñac a Marta Rubió. Del mismo modo que ella, cuando ha llegado y él le ha preguntado cómo se encontraba, no le ha devuelto la pregunta, porque no tenía el menor interés en saber la respuesta. Él tampoco tiene interés en hacerle más leve la escena. Quiere que la viva a pelo, ya que ha tenido la osadía de provocarla.

Marta Rubió ya no puede más. Carraspea, deja escapar un forzado «ejem» y dice:

—¿Qué me dices?

Andreu baja un poco la mirada para enfocar directamente a los

ojos de Marta. La mira, respira hondo, como sopesando sus opciones.

—Nada.

La mujer abre y cierra los labios, pero no pronuncia una sola palabra. Está desconcertada. No se esperaba esa respuesta. Había previsto lamentos, reproches, quizá gritos y también, era una posibilidad, que la echara sin contemplaciones. Pero… «¿nada?».

Selma, con su intuición y las dos criaturas, aparece en ese momento por la puerta. Violeta entra corriendo al comedor, se detiene, retrocede, al lado de su madre, como si hubiera notado que ocurre algo raro. Ese silencio, quizá la expresión de su padre.

—Marta ya se iba... —dice Andreu.

Veinticuatro horas después de la visita de Marta, en el mismo sofá en el que esa mujer había dicho lo que había dicho, se sentaron Júlia, su padre y Jordi, el primo de Andreu, abogado. Andreu los había reunido para conocer su opinión. Selma se había negado rotundamente a participar en el encuentro:

—Diga lo que diga, puede malinterpretarse. Lo siento, no quiero condicionarte. Tendrás que decidir sin mí.

Andreu sabía que tenía razón. Si Selma se pronunciaba a favor de luchar por la casa de la playa, parecería avariciosa, y se inclinaba por renunciar a ella —era evidente que le gustaba vivir en la casa de la calle de los Juncos—, él le podría echar en cara más adelante su falta de apoyo para defender lo que era suyo.

—Legalmente, no tiene ninguna posibilidad. Ella misma nos ha adelantado que el testamento de tu padre no dice nada de su presunta voluntad de dejarle la casa… Por lo tanto, si en el testamento dice que la casa es para ti, es para ti.

Qué tranquilidad empezar con esa aclaración por parte del abogado.

—Es que ni siquiera entiendo por qué nos has citado. —Júlia, con su vehemencia—. ¡No hay nada que hablar! La casa es tuya, de tu familia… y ella no tiene por qué meterse.

—Quizá deberíamos valorarlo todo con un poco más de calma… Es cierto que la casa es de tu familia, pero Marta es la viuda de tu padre, ha vivido en la casa durante los últimos… ocho o nueve años… la ha cuidado y quizá dice la verdad sobre la intención de

Joan de cambiar el testamento. El problema es que nunca tendremos la certeza…

—¡Pero cómo puedes pensar eso, papá! —Júlia pasa de la vehemencia a la indignación—. ¿Cómo puedes creer que Joan quisiera que la casa de la playa no fuera para Andreu? Es la casa donde nació, donde convivieron los tres, ellos dos y Elvira, ¡es la casa de los Balart desde hace generaciones…!

Andreu ha puesto una mano en el hombro de Júlia y ella deja la frase colgada a medias, aunque su rostro dice claramente que está convencida, segurísima, de tener la razón.

—No, si motivos no me faltan, Júlia. Todos los que has dicho y más. —Andreu la mira y ella ve en sus ojos todas las noches de San Juan que han pasado en el jardín, y sobre todo ve aquella tarde en que estaban debajo del sauce y sonó el teléfono, la expresión de Andreu cuando volvió a salir al porche, la última imagen del jardín desolado, con la mesa puesta, cuando ellos dos y sus hermanos cerraron el portalón de hierro para salir, el taxi que los esperaba, el trayecto hasta Girona, el hospital…—. Pero, como dice tu padre, conviene también que tenga en cuenta *sus* motivos.

Ha dicho «sus» como con cierta repugnancia. Los suyos, los motivos de Marta Rubió. Todos los que están en la habitación, y también Selma, más que nadie, saben que, si fueran los motivos de otro, las cosas serían distintas. Si fueran los motivos de una persona cercana, querida, o simplemente de la persona a la que amaba su padre. Pero Andreu sabía que su padre no amaba a Marta Rubió, que no se enamoró de ella, que no se casó con ella por amor y que no llegó a amarla tampoco durante los años de convivencia. Había sido un matrimonio de conveniencia, en el sentido de que les convenía a los dos.

Joan Balart buscaba una mujer que le hiciera compañía, que se hiciera cargo de la casa y volviera a conectarle a la vida doméstica y práctica. Marta Rubió quería casarse, quería ser la señora Balart y vivir en la casa modernista del gran jardín y el portalón de hierro. Habían dado con una fórmula que mejoraba sus vidas en lo cotidiano, aunque no las transformara en nada de lo sustancial. Como Joan Balart le había confesado un día a su hijo en un arrebato de sinceridad:

—Cuando escucho ópera, Marta es incapaz de compartir lo que

siento como lo hacía tu madre, pero sabe quedarse en silencio, y eso es de agradecer.

La lectura del testamento tuvo lugar ese viernes a mediodía en el despacho del notario Planes y se confirmó lo que ya todos sabían: la casa y todo lo que el difunto tenía quedaba para su hijo único, Andreu Balart. El testamento se había redactado y firmado en el mes de diciembre de 1979, medio año después de la muerte de Elvira Saus. Marta Rubió, como es obvio, no aparecía en ninguna parte.

Andreu y Marta escucharon la lectura del notario en silencio y con la cabeza gacha, sin dirigirse la palabra ni la mirada. El pobre notario Planes se sentía violento y leía de prisa, deseoso de acabar. La reunión concluyó en cuanto el notario dio por terminada la lectura: «… Sorrals, 19 de diciembre de 1979».

Esa noche, Andreu y Selma hablaron por fin de todo. Los niños ya dormían y ellos estaban en la cama de matrimonio, tumbados sobre las sábanas de color azul celeste. Era un mes de mayo extremadamente caluroso, con temperaturas más propias de julio.

—Te escucho.

Andreu le había hecho prometer a Selma que, puesto que todo el mundo había dado su opinión y ya se había leído el testamento, también ella se pronunciaría.

—Como imaginarás, en Sorrals no se habla de otra cosa… —empezó diciendo su esposa, mientras se rascaba con suavidad el brazo derecho y se apartaba luego el pelo claro de la frente.

Él se esforzó por no distraerse con su cuerpo, que se dejaba intuir claramente bajo aquel camisón ligero como un velo. Sus clavículas, el hueco que se le formaba al lado, la curva de sus hombros desnudos.

—No me interesa nada lo que digan en el pueblo, te lo juro.

Selma le creyó. Andreu era un hombre juicioso que se esforzaba sobremanera por ser justo y no dejarse llevar por rabias incontroladas ni por forzadas compasiones. De ahí que no le dijera que Marta Rubió había adoptado una actitud victimista del todo insoportable, que iba contando con un hilo de voz a todo aquel que quisiera escucharla que, aunque Joan habría querido dejarle la casa, probablemente tendría que marcharse, aunque qué más querría ella

que quedarse y cuidar de ella como hasta ahora y recibir en ella al hijo y a los nietos de su difunto marido; que, de hecho, ya no debían de quedarle muchos años de vida y que le gustaría pasarlos en esa casa, allí donde había cuidado a Joan Balart, aquel hombre al que tan abatido había dejado la muerte de Elvira y que arrastraba consigo una melancolía que hacía muy lúgubre su vida en común, y que dónde iría ella ahora. Decía cosas como esas y otras peores, como poner en duda que Andreu terminara comportándose como un hombre generoso y compasivo por culpa de las malas influencias. Júlia y Selma. Y en el pueblo la escuchaban, y algunos pensaban «qué pena» y otros pensaban «qué cara más dura».

Así que Selma dejó a un lado todo lo que había oído esos días en las calles de Sorrals, en la cafetería, en las tiendas, y le dijo a su marido lo único que se veía capaz de decirle:

—Si quieres que nos mudemos a la casa de la playa, estás en todo tu derecho, y yo iré encantada, porque es una casa muy bonita, tiene un jardín fantástico y los niños se criarán muy felices… Pero, si decides que se quede Marta a vivir allí, nosotros estaremos estupendamente en esta casa, donde hemos empezado nuestra vida en común.

—No me ayudas mucho.

—Ya lo sé..

Esa noche Andreu durmió mal, dando vueltas sin parar y sumido en un entrecortado duermevela, pasando de un sueño a otro, enmarañados todos y sin mucho sentido. Su madre, en el jardín de la casa de la playa, rebanaba un pan de payés sobre la mesa, y en lugar de rebanadas salían flores de magnolia, que su amiga Roser iba cogiendo y sumergiendo en un barreño lleno de agua. «Así se conservarán frescas para la noche de San Juan», decía. Y, de pronto, las dos mujeres estaban subidas a una barca, y también estaban su padre y Valentí Reig. La barca se balanceaba peligrosamente y las mujeres chillaban. Valentí se levantaba para remar mejor, pero con eso sólo conseguía que la barca se moviera más, y su padre le abroncaba (su padre, que jamás había abroncado a nadie), hasta que la barca volcaba y ya no los veía. Entonces él echaba a correr desesperado por la playa y oía una voz que decía: «¿Por qué corres, Andreu?», y levantaba la mirada y veía a Marta Rubió sentada en la silla del vigilante de la playa, con la mano sobre los ojos a modo de

visera para protegerse del sol y contemplando cómo se hundía la barca donde estaban sus padres… Y se ponía a gritar «¡Ayuda, socorro!», y al cabo de un momento ella misma le estaba haciendo el boca a boca al padre de Andreu, hasta que Joan Balart empezaba a toser y a escupir agua de mar, caracolas y conchas, y hasta pequeños peces de colores.

Al día siguiente, mientras tomaban el café, Andreu le dijo a Selma que seguirían viviendo en esa casa y Selma sonrió, porque en ese momento un rayo de luz que lo embellecía todo entraba en la cocina y desde fuera llegaba la fragancia fresca de la albahaca.

A mediodía, el paseo del Mar se llenó de gente: parejas enamoradas, viejecitas que paseaban del brazo, familias enteras que agradecían la temperatura estival, y en las mesas, entre aceitunas y vermús, ya corría la voz de que el hijo de los Balart le había dicho a la viuda de su padre que podía seguir viviendo en la casa de la playa. Él la heredaría, pero ella podría vivir en la casa hasta que... hasta que quisiera.

Ese año el mes de junio llegó con lluvias y todos miraban al cielo con preocupación, porque faltaba un mes escaso para que empezaran los Juegos Olímpicos de Barcelona y nadie quería imaginarse una ceremonia pasada por agua en una ciudad en la que julio jamás había sido un mes lluvioso. Esos días grises parecían minar la energía de los adultos y excitar la inquietud de los más pequeños, o al menos eso le parecía a Selma, cada día más agotada y más impotente ante los cambios de humor de su hija Violeta, una niña dulce, risueña y cariñosa que mostraba su cara más detestable cuando se sentaban a la mesa e intentaban hacer que comiera de todo y que superara sus manías. Pidieron ayuda a Júlia, como amiga y también como psicóloga, y Violeta empezó a visitar regularmente el centro de psicología. Júlia habló con la madre y sobre todo con la hija, y un par de semanas más tarde se vio con el valor de aclararles a Andreu y a Selma que su hija no sufría ningún trastorno psicológico —como ellos se temían— y que se trataba con toda probabilidad de un caso de celos.

—¿Celos? ¡Pero si Violeta está como loca con Aleix! Tú misma lo has visto… ¡Se pasa el día encima de él!

Júlia asintió, esbozando una amplia sonrisa que pudo

interpretarse sin llevar a engaño:

—Ah. Entonces, eso también es un síntoma, ¿no?

Los padres de la niña intercambiaron una mirada rápida y Júlia volvió a sonreír.

—Me ha dicho que le gustaría tener otro hermanito.

Selma se incorpora, tensa la espalda y aprieta los dientes, pero no dice nada. Su marido, en cambio, relaja la musculatura de los hombros y dice:

—¿Lo ves? Si estuviera celosa de Aleix y eso la hiciera sufrir, ¡no querría tener otro!

—Dice que, si tuviera otro hermanito, le querría más que a Aleix, porque sería el menor.

Selma vuelve a arrellanarse en la butaca. Andreu le pone una mano en la pierna y se la aprieta levemente. «Venga, no te rindas», parece decirle. Luego se inclina un poco hacia delante y dice:

—Es lógico, ¿no? A todos nos hacen gracia los bebés…

Y Júlia los mira, primero a uno y luego al otro:

—Lo que quiere es que Aleix sufra tanto como ella sufre ahora.

—¡No! —Andreu abre los ojos como platos y Selma asiente—. ¿De verdad?

—¿Y por qué nos lo comunica así, de esta manera, negándose a comer alimentos de color rojo? —pregunta Selma, convencida del todo de que Júlia tiene razón.

—Es habitual que los niños canalicen sus angustias a través de la comida: los adultos quizá no estemos tan pendientes de ellos en otras cosas cuando son pequeños, pero en la comida sí.

—Es una forma de llamar la atención…

—Exactamente. Y siempre funciona… ¡Porque estamos aquí los tres, hablando de Violeta y de su problema de celos! Está pasándolo mal..

—Pobrecilla… —dice Andreu.

Selma calla. Los otros dos la observan hasta que dice:

—Pronto tendrá lo que quiere. —Toma la mano que Andreu tenía sobre su pierna y se la pone en el vientre—. He soñado que tenía una niña que se llamaba Alegría.

(Cuando nació la niña, después de un parto fácil y sin dolor, y Selma vio aquel bebé rosado y feliz que parecía haber llegado al mundo sin esfuerzo, anunció que sí, que la niña se llamaría Alegría.

Y el pequeño Aleix aplaudió con entusiasmo: «¡Ía, Ía!». Y ése fue el nombre de la tercera hija de Selma y de Andreu. Ía. Un nombre corto aunque contundente, como una onomatopeya alegre que parecía hecha a su medida).

A mediados de junio, Andreu Balart recibió una inesperada visita en la biblioteca. Le vio entrar con aquel paso vacilante y la espalda cimbreada por los años. El viejo Simó se le acercó y le dijo entre susurros que tenía que hablar con él. Andreu asintió y le acompañó al rincón de las revistas, que en ese momento estaba desierto. Se sentaron uno al lado del otro y Andreu dijo, intrigado:

—Te escucho.

Guardó silencio, observando a aquel hombre, el viejo jardinero que, desde tiempos inmemoriales, iba a la casa de la playa una vez al mes a arrancar las malas hierbas, podar algún árbol y limpiar los cristales de los ventanales que daban al porche. Andreu le observaba, intrigadísimo, porque no podía imaginar cuál podía ser el motivo de la visita de Simó.

El viejo —que quizá no lo era tanto, a pesar de que Andreu le recordaba siempre así de arrugado y de encogido— le contó, entre balbuceos y a menudo trabucándose, que meses atrás, en vida de Joan Balart, había oído por casualidad una conversación entre su padre y María Rubió. Él había subido a la escalera y pasaba el trapo empapado en agua y en vinagre por los cristales, antes de pasar el papel de celulosa para eliminar los restos de humedad. El matrimonio entró en la sala, él primero, ella detrás, en mitad de una conversación que, por lo que se veía, llevaban teniendo desde hacía un buen rato, y ninguno de los dos le saludó, porque probablemente ni siquiera se dieran cuenta de su presencia. Se quedó quieto y en silencio, allí subido, y oyó claramente decir al señor Balart:

—No, Marta, eso no puedo hacerlo. ¿No ves que ésta es la casa de la familia… que tiene que ser para mi hijo y para los hijos de mi hijo…? No, no me lo pidas porque no lo haré. Lo siento, Marta.

Marta Rubió dejó la casa de la playa el día 23 por la mañana para volver a instalarse en el pisito que había ocupado de soltera, encima de la farmacia de su hermano. Andreu insistió en cenar esa misma noche, para la verbena de San Juan, en el jardín de la casa de la

playa, y también quería que estuvieran los Reig. Como antes, dijo. Recuperaron las magnolias encima de la mesa, las risas, el brindis por el verano que no había hecho más que empezar.

Selma, él y los niños se mudaron un par de semanas más tarde y pronto fue como si hubieran vivido allí toda la vida.

La lluvia de flores del tilo

—Al final, ¿cuántos seremos?

—Pues… siete adultos… y cinco niños.

—Tendré que imitar a mi suegra: mezclar platos de vajillas distintas y sacar los restos de todas las cristalerías…

Cuando Selma decía «mi suegra» se refería a Elvira, la madre de Andreu, aunque la única suegra que había conocido era Marta Rubió. Pero habían pasado cinco años desde la muerte de Joan Balart y del triste episodio de la casa, y no habían vuelto a hablar de esa mujer.

Júlia sonrió con nostalgia, recordando las mesas que ponía Elvira cuando eran pequeños, coloridas y un poco caóticas, y recordando también cómo adornaba con alegre desorden los largos manteles de hilo, que caían a ambos lados de la mesa hasta tocar el suelo, a veces arrastrando consigo hojas y pequeñas ramas.

—Mira, Rosa de los Vientos, ya llegan los Reig…

Júlia fue a recibir a su hermano y a su padre, que llegaban cargados de botellas de vino y de cava. Detrás de ellos encontró a Anna, la mujer de su hermano, con el niño dormido en brazos. La saludó con una sonrisa silenciosa para no despertarlo y, antes de que Júlia se lo pidiera, le enseñó el rostro del bebé.

Júlia lo contempló en silencio, sin prisa, y pasó un dedo por la mejilla redondeada, suave como… no hay nada más suave que la piel de un bebé. Anna entró en casa y puso al pequeño en una cuna rodeada de barrotes que Selma había rescatado de la buhardilla. De pronto se oyeron gritos en el jardín y las mujeres salieron al porche: el abuelo Valentí estaba subido a una escalera junto a la magnolia con unas tijeras de podar en una mano y una flor blanca en la otra. Los más pequeños —los tres de Selma y la hija de Júlia— se habían arremolinado debajo y chillaban porque todos querían recoger la

flor en sus manos.

—¡A mí, a mí! —gritaban.

—¡Ten cuidado, papá! No deberías haber subido ahí. —Júlia preparaba el jarrón de cristal ahumado que Selma había elegido para meter en él las flores de la magnolia.

La casa de los Balart estaba llena de armarios, vitrinas, cómodas, muebles esquineros y bufés, y cada uno guardaba decenas de piezas de cristal, porcelana, plata, cerámica, nácar o latón, jarrones y vasijas de todas las medidas, algunos vasos que tenían casi cien años. Hasta donde Júlia podía recordar, el recipiente elegido para poner las flores de la magnolia era distinto todos los años. Esa noche, Selma había escogido un florero modernista de cristal ahumado, de líneas sencillas y redondeadas.

Valentí arrojó una primera flor de magnolia que Violeta —la mayor y la más espabilada de los pequeños— atrapó al vuelo. La segunda fue a parar directamente al regazo de Emma, que estaba tranquilamente sentada en la hierba, no muy pendiente del jaleo que la rodeaba.

Aleix, el hijo mediano de los Balart, protestó enérgicamente:

—No hay derecho. ¡Se la has regalado a Emma porque es tu nieta!

Valentí soltó una carcajada mientras empezaba a bajar la escalera, despacio y mirando con mucho cuidado donde ponía el pie. Pasó cerca de la niña, que contemplaba embobada la flor blanca y que, al verle, le dedicó una sonrisa luminosa. Quizá sí había soltado la flor con más intención de la necesaria…

Valentí se acercó entonces a su hija y susurró:

—Ya ves, Júlia, me han pillado haciendo trampas… ¡Es que tu hija me tiene robado el corazón!

Pronto empezó a dispersarse la fragancia de las magnolias mientras la luz menguaba y el jardín empezaba a parecer submarino. Justo entonces se abrió el portalón y entraron los hombres con las bolsas de los petardos y las cocas.

—¡A la mesa! —gritó Selma.

Y durante los minutos que siguieron tuvo lugar un guirigay de voces, movimiento de sillas, risas y tintineo de cubiertos, hasta que todos estuvieron en su sitio. Júlia tenía a la niña a su derecha, tan formal a sus tres años que daban ganas de echarse a reír. Nada que

ver con Ía, la menor de Selma, prácticamente de su misma edad, una atolondrada que no se estaba quieta ni un segundo. Al otro lado de Júlia estaba sentado Ernest, que en ese momento le puso una mano en la nuca, sin mirarla, provocando un escalofrío que recorrió la columna de su mujer hasta la última vértebra. Todavía estaba enamorada de él. Le miró mientras él alzaba su copa y volvió a mirar a Emma, tan parecida a su padre, con sus rizos oscuros, los ojos almendrados y de un marrón tan claro que parecía amarillo. Habría sido el momento oportuno para pensar, para darse cuenta de que era una mujer afortunada y de que estaba viviendo uno de los escasos momentos redondos de felicidad, como pastillas de colores vivos que la vida está dispuesta a ofrecernos. Pero alguien levantó su copa y brindó por ella, y todos se levantaron, ella también, y la idea que justo empezaba a dar forma estalló como una burbuja de jabón:

—¡Por Júlia! ¡Felicidades!

—Felicidades, hija…

—Treinta y seis, ¿verdad?

Júlia asintió y volvió a levantar su copa:

—¡Y por el verano que empieza!

—Por el verano que empieza —dijeron todos.

Miró en derredor con una gran sonrisa en los labios, agradeciendo las felicitaciones, y pensó de pronto que le sabía mal que su hermana no estuviera allí con ellos. Ruth siempre iba por libre. No la había echado de menos hasta ese instante, y en cambio…

Desde que Júlia y Ernest estaban juntos, su hermana y ella se habían distanciado un poco más, o al menos ésa era su impresión. No creía que Ernest le resultara antipático. Era más bien como si la relación la hubiera cogido por sorpresa y le costara encajarla.

De hecho, la boda de Júlia y Ernest los había pillado a todos por sorpresa, incluso a ella. Pero las cosas fueron así, de prisa y de un modo totalmente inesperado. Cuatro años atrás, a finales de agosto, un repentino chaparrón había sorprendido a Júlia mientras iba del paseo marítimo a su casa. Caían gotas gordas como monedas y ya tenía la camisa empapada, así que tuvo que buscar refugio debajo de un balcón, en la esquina con la calle Mistral, con la esperanza de que la tormenta remitiera un poco. La antigua riera bajaba llena y

los coches, aunque circulaban despacio, salpicaban las aceras. Se quedó allí parada, en la esquina, y un coche blanco giró desde la avenida y entró por la calle Mistral bastante rápido. Fue cuestión de segundos: el agua se elevó, formando una pequeña ola, y fue a caer sobre las piernas y los pies de Júlia como si le vaciaran un cubo encima. El coche frenó en seco unos metros más adelante y retrocedió hasta donde ella estaba, empapada y furiosa. Resultó que el conductor era Ernest Foixenc, un veraneante al que conocía de vista, pero con el que jamás había cruzado una palabra. «Perdona, me sabe fatal, soy un bestia, no tengo excusa. Sube, por favor, ¿dónde quieres que te lleve?». El enfado de ella fue evaporándose a medida que la calefacción del coche secaba la ropa. Ernest era un seductor que, con su simpatía, consiguió derribar sus resistencias como si fueran un juego de bolos. Se vieron al día siguiente, y también al siguiente. Júlia siempre pensó que Ernest había llegado a su vida exactamente como aquel chaparrón de agosto, y que se le había metido en el cuerpo como la humedad. Ernest iba demasiado de prisa —conduciendo y también en general, en la vida—, pero a Júlia le convenía un poco de empuje, parada como estaba, quieta bajo ese balcón en la esquina de la calle Mistral.

Tres meses más tarde se quedó embarazada. No fue un embarazo deseado, ni siquiera se lo había planteado, pero le pareció bien. Emma le volvió la vida del revés, movió piezas hasta entonces encalladas, hizo girar suavemente las que rechinaban, la elevó, la empujó y la hizo echar a rodar. Y Júlia supo que ya nunca volvería a quedarse inmóvil bajo la lluvia.

La cena de la verbena tocaba a su fin y los niños dormían dentro de casa desde hacía un buen rato. Andreu se levantó al tiempo que murmuraba «voy a echar un vistazo a los niños», y se dirigió hacia el porche. Subió los tres escalones —uno, dos, tres, y el mundo se hunde— y entró al salón, intentando no hacer ruido. Los pequeños —los tres suyos, la de Júlia y el de Ignasi— dormían arracimados en una cama de barrotes y un sofá cama. «¡Qué espectáculo!», fue lo único que le vino a la cabeza. El espectáculo de la belleza, de la inocencia, de la calma infinita. Las respiraciones profundas y acompasadas, los pechos que se hinchaban y se expandían, las manos minúsculas, abriéndose o cerrándose despacio, los labios

carnosos que parecen querer sonreír. «¿Quién habita sus sueños?».

—Esta noche he soñado contigo. —La Júlia niña se planta delante de él con la bata de cuadros blancos y azules del colegio. Es la hora del recreo y están los dos en el rincón de la fuente, apartados del griterío de los demás. Ella le dice que esa noche ha soñado con él. Y él, a partir de ese día, se acuesta en su cama y se concentra en un solo deseo: «Quiero soñar con Júlia», porque cree que quizá así algún día se encontrarán los dos en un sueño.

No puede resistirse. Se inclina sobre la cama de barrotes y acaricia brevemente a su hija menor. Le peina esos rizos como hilos de seda y entonces se da cuenta de que en las pestañas de la niña tiembla una lágrima… Debe de haber llorado antes de quedarse dormida. Ía suspira y la lágrima vibra, se mueve y, ¡zas!, desaparece.

Andreu coge aire lentamente y lo suelta a conciencia. Justo en ese instante también él habría podido tomarse un minuto para saborear las emociones que le habían hecho suspirar: ser consciente de la plenitud de la noche, que era exactamente como él la habría pedido. Selma, el amor de Selma, sus tres hijos, los amigos de siempre, la casa de la playa, la presente ausencia de sus padres, el olor de la magnolia. Pero no pensó en nada de todo eso, porque oyó que le llamaban desde el jardín y salió como alma que lleva el diablo, creyendo que algo había ocurrido.

—¡Andreu! ¡Andreu! ¡Ven!

Andreu sale al porche y baja los escalones, gesticulando para que su esposa baje la voz:

—¡Chissst! ¡Vas a despertar a los niños…!

—¡Es que Ernest acaba de decir que va a presentarse a alcalde!

—¿Os imagináis? El pueblo lleno de carteles con su foto: «Ernest Foixenc, tu alcalde…».

—Será la forma de que todos aprendan de una vez a escribir correctamente tu apellido…

Júlia sonreía, sin participar del jolgorio. Selma le lanzó una mirada interrogante. ¿Qué opinas? ¿Estás de acuerdo? ¿Te hace ilusión o más bien te da pereza? Ella se limitó a encogerse de hombros como diciendo «es cosa suya». Ser la mujer del alcalde de Sorrals… Uf, jamás de los jamases se lo habría imaginado, y sin embargo era probable. Si algo tenía Ernest era voluntad y tenacidad

para conseguir lo que se proponía, y lo tenía todo a su favor: era un hombre todavía joven aunque ya padre de familia, con una carrera de arquitecto bastante sólida, atractivo, simpático, buen comunicador… Más bien le daba pereza, sí. Pero, si él lo deseaba, no tenía más opción que darle su apoyo, ¿no?

Esa noche, mientras el cielo se abría entre estrépitos de colores, mientras el pueblo se encendía en cada esquina, los niños saltaban chillando sobre las brasas y desde las terrazas emergían bailables melodías, el jardín de la casa de la playa era un oasis, un lugar para la tregua en el que los pequeños dormían plácidamente y los adultos compartían pausadas conversaciones. Y ellos, los protagonistas, hacían lo que les correspondía: vivían el momento despreocupadamente, sin darle demasiada importancia. Las cosas eran como tenían que ser, sin más.

No supieron ver el oasis ni pensaron tampoco que quizá el espejismo se desvanecería antes de lo que imaginaban. Porque nadie piensa en el desierto cuando está en zona umbría. Del mismo modo que treinta años antes aquellas mujeres jóvenes y embarazadas, Elvira y Roser —que ya no están, aunque sigan muy presentes— no habían presentido esa mañana de junio que el mar en calma que tenían ante sus ojos estaba próximo a la tormenta.

Intentad sentaros delante del mar un día de verano, uno de esos días de cielo azul y poco viento, cuando la línea del horizonte se dibuja tan clara como si un niño la hubiera trazado con una escuadra, y pensad que la calma puede quebrarse en cuestión de minutos: unas nubes en la distancia, de pronto un relámpago ilumina un trozo de cielo y, al cabo de un rato, el trueno. Y otro rayo, y otro trueno. Cada vez el tiempo que transcurre entre uno y otro es más breve. La tormenta se acerca. Se levanta un aire frío y húmedo, inquietante, que parece cargado de malos presagios, y el mar se revuelve hasta que las olas se hacen perfectamente visibles donde antes había un espejo. Empiezan a caer gotas grandes y, ahora sí, llueve a cántaros. De la calma a la tempestad sin avisar. Eso ocurre.

Y a sus vidas llegó una tempestad que ninguno de ellos habría podido imaginar, la más devastadora. Fue al año siguiente, a principios de octubre.

El curso había empezado con normalidad después de un verano espléndido que había prolongado las temperaturas cálidas durante todo el mes de septiembre. Los Balart. —Andreu, Selma e hijos— y los Foixenc. —Júlia, Ernest y Emma— habían compartido casa en Menorca durante la segunda quincena de agosto. Habían sido unos días dorados de horas tumbados en la playa, largas siestas y cenas al fresco. Cuando regresaron a Sorrals, a todos les pareció que los niños, durante esos días de vacaciones, habían dado un paso de gigante.

Violeta había crecido un par de centímetros y ya mostraba unos bultitos como avellanas debajo del biquini. Estaba a punto de cumplir doce años y era una niña tímida y sensata, estudiosa y francamente brillante en algunas asignaturas, como las matemáticas y el inglés. En Menorca, su ayuda con los más pequeños había sido un auténtico regalo para los adultos. Júlia la miraba y no conseguía encontrar en aquella juiciosa preadolescente ningún rastro de la Violeta tozuda y rebelde que había recibido en su consulta años atrás.

Su hermano Aleix era harina de otro costal. Sus siete años no bastaban para esperar de él un poco de sensatez, y era un atolondrado al que no se le ocurría nada bueno. Se subía a las ramas más altas y flexibles del jardín de la casa menorquina, metía escarabajos en las zapatillas de su hermana, se comía entera la coca que su madre guardaba para la merienda de todo el grupo… Sus padres procuraban meterlo en cintura, pero era difícil enfadarse con él, porque el niño era muy pícaro y sabía usar sus encantos —evidentes— para que se lo perdonaran casi todo.

Ía y Emma ya tenían cuatro años y no se despegaban nunca. Una rubia y la otra morena, una rechoncha y la otra como un alfiler, se entretenían durante horas sin fin jugando a las cocinillas, con las muñecas, comprando y vendiendo. Durante el verano habían enriquecido considerablemente su vocabulario y ahora, cuando jugaban, se oían diálogos como:

—Buenos días, ¿la última?

—Servidora.

—¿Qué le pongo?

—Jamón de York, muy fino, que se rompa…

Se habían pasado las tardes enteras en el porche de la casa

menorquina sin dar el menor problema, abstraídas en sus juegos. Cenaban juntas, dormían cogidas de la mano y, de vez en cuando, se daban largos y enternecedores abrazos.

Los adultos habían regresado a la rutina del trabajo: Andreu a la biblioteca, Selma a las clases de dibujo, Júlia e Ignasi al centro de psicología y Ernest estaba metido de lleno en la preparación de su candidatura a la alcaldía para las elecciones siguientes. Ruth se había hecho cargo en solitario de la tienda de muebles Reig, porque su padre, Valentí, había decidido que había llegado la hora de hacer del descanso su prioridad. Tenía dos nietos. —Emma y Marc—, y la mujer de Ignasi ya esperaba otro, de modo que trabajo, si quería, no iba a faltarle. Ninguno de sus tres hijos se había planteado nunca si ese hombre, su padre, que había enviudado a los cuarenta y seis años, necesitaba una compañía femenina a su lado. Es decir, daban por hecho que echaba de menos a su madre, a Roser, pero no se habían preguntado en ningún momento si, con el paso del tiempo, se había enamorado de otra mujer o si le habría gustado. Son esas cosas que los hijos hacen con los padres: darlos por descontado, aceptar con naturalidad todo lo que los padres dan sin plantearse en ningún momento lo que necesitan.

El primer día de octubre, Valentí Reig cumplía sesenta y cuatro años y sus hijos habían organizado una fiesta para celebrar también su jubilación que, de hecho, era ya efectiva desde antes del verano. Andreu y Selma habían ofrecido la casa de la playa, que se llenó a rebosar, porque Valentí era un hombre conocido y muy querido en Sorrals. Como todavía hacía buen tiempo —en octubre la luz parece más clara—, los niños corrían y jugaban por el jardín mientras los adultos comían y bebían de pie, en círculos, en el porche o en el gran salón. Sonaba de fondo Pavarotti, que enlazaba arias de Verdi. Desde que se habían instalado en la casa de la playa, Andreu escuchaba los discos de ópera de su padre y se encargaba del cuidado del jardín, como lo había hecho su madre cuando él era pequeño.

Siguiendo el modelo de los jardines a la inglesa, había dibujado senderos sinuosos entre las matas azules, amarillas y blancas, buscando el equilibrio entre los colores y los volúmenes. Había mandado colocar cuatro o cinco bancos de madera en rincones ocultos, que invitaban a sentarse a leer novelas decimonónicas, pero

no había cedido a la tentación de las estatuas de mármol.

Júlia y Selma estaban sentadas en un banco debajo del tilo.

—¿Te acuerdas de cómo olía el tilo en junio?

Y ambas hicieron un viaje *low cost* —la memoria es gratis— hasta la tarde del 24 de junio. San Juan. Caía un pesado bochorno que se enroscaba en las piernas, cubriendo la piel de una película húmeda y finísima. Después de unas horas de trabajo, la casa por fin había recuperado su aspecto impecable, como si durante la noche anterior no hubiera ocurrido nada. Nada más lejos de la realidad: habían disfrutado de una verbena de San Juan fantástica, más divertida que nunca. En aquella hora plácida después del atardecer, las dos mujeres estaban sentadas relajadamente en el banco, con la cabeza echada hacia atrás para que el cuello, las clavículas y la parte superior del pecho recibieran de pleno el poco aire fresco que llegaba de vez en cuando, en pequeñas ráfagas, desde la playa. Las hojas del tilo, que no cuelgan de las ramas, sino que se mantienen horizontales al suelo, en capas superpuestas, filtraban la última luz del día.

Selma, medio tumbada como estaba, contemplando el cielo, levantó un brazo, perpendicular a su cuerpo. Júlia observó esa extremidad larga y delgada, con la piel bronceada y cubierta de un vello rubio que se iluminaba si le daba el sol. Vio cómo cogía una hoja del árbol y, de un tirón, la arrancaba de la rama. Bajó luego el brazo y lo dejó reposar sobre la falda, con su estampado de verdes y amarillos. Era una hoja ancha, y cuando Selma le daba vueltas con los dedos, se veía un lado de un verde más oscuro y el anverso de un verde más claro, casi plateado.

—¿A ver?

Júlia le había cogido la hoja y se la había acercado a la nariz. Tenía un olor suave, amarillo. Acarició con el dedo el anverso de la hoja y notó ese tacto extraño, casi como si acariciara una bestia peluda. Abrió los ojos justo en el momento en que una ráfaga de aire hacía bailar las ramas y de pronto tuvieron encima una lluvia de flores amarillas. Júlia se incorporó a medias entre risas, pero Selma no se movió. Se quedó con la cabeza inclinada hacia atrás y el cabello de color del trigo colgando sobre el respaldo del banco, los brazos a ambos lados del cuerpo, mientras las flores olorosas iban cayéndole en el escote, en los ojos, en la boca. Júlia la

contemplaba sonriendo, sin pensar, aunque sabiéndolo, que ésa iba a ser la imagen que conservaría desde entonces y para siempre cuando pensara en Selma.

—¡Chicas! ¡Venid a brindar!

Andreu las llamaba desde el porche y ellas regresaron desde junio a octubre, el tilo tenía las ramas medio desnudas y las hojas que todavía conservaba eran de un amarillo verdoso. Sonaba a todo volumen el brindis de *La Traviatta*.

—¡Un brindis por Valentí Reig, un hombre de ley!

Todos alzaron sus copas, y Valentí sonrió, agradeciéndole el cumplido a Andreu y chocando su copa con las de sus hijos. Y, sin poder evitarlo, volvió a verlos esa noche de San Juan, cuando entró a la salita del hospital y ellos le esperaban sentados en las butacas de escay. Esa salita sumida en penumbra. Lo absurdo de aquel silencio y de aquella inmovilidad en sus tres hijos, siempre alboroto y movimiento. Tan pequeños, sus cuerpos flacos, con la piel morena del primer sol del verano. Cómo se lo diré. Cómo los consolaré. Cómo podré darles una vida feliz.

Y ahora, casi veinte años después, cogía a sus hijas de la cintura, dos mujeres inteligentes, con carácter, a las que había logrado sacar adelante. Y su hijo, ahora padre, el hombre más feliz del mundo con ese niño en brazos y otro en camino. Qué pena que no estés, Roser. Qué pena para ellos, para ti, para mí. Tomó un sorbo y el cava le circuló cuello abajo, frío, haciéndole cosquillas.

Al día siguiente de la fiesta de Valentí, Selma empezó a encontrarse mal. Se había levantado con muchas náuseas y al atardecer se quejó de un dolor no muy intenso pero persistente en el abdomen. Al principio ni ella ni Andreu le dieron mucha importancia. Llegaron incluso a bromear sobre un hipotético cuarto embarazo. Pasó el mes de octubre y el dolor iba y venía, como las náuseas. Una tarde de mediados de noviembre, Júlia y Selma se encontraron por la calle Almirante Renom, una calle larga y estrecha por la que en invierno siempre sopla un aire helado que sube desde el mar. Selma llevaba un abrigo de color tostado, ceñido a la cintura, y el pelo recogido. Júlia la vio de lejos y, mientras andaba hacia ella, pensó que estaba mucho más delgada. A medida que se acercaban, la alarma fue en aumento y, cuando por fin estuvieron la una frente a la otra, ni siquiera pudo sonreír al ver el

rostro de su amiga, con esos pómulos tan marcados y la piel mate, ligeramente amarillenta. Esa misma tarde llamó a Andreu y él le dijo que sí, que la veía muy delgada y muy cansada, pero que «cómo no va a estarlo, con estos tres salvajes que tenemos en casa», y que el médico de cabecera le había pedido hacía tres semanas que se hiciera unos análisis; pero, entre una cosa y otra… «Sí, no sufras, iremos a ver al especialista». «¿Todavía se queja de ese dolor abdominal?». «Sí, de vez en cuando, y no come bien, no tiene hambre».

Después de médicos, pruebas y análisis, el diagnóstico llegó el día 2 de diciembre: cáncer de páncreas. Selma y Andreu recibieron la noticia sentados en unas pequeñas butacas colocadas una al lado de la otra, y al oír esas palabras, él alargó la mano como un autómata, sin mirar a su mujer, esperando que ella hiciera lo mismo, que Selma tendiera la mano, que las dos se entrelazaran y que la piel fuera, como tantas otras veces, la vía por la que circularan el amor y el consuelo. Y en esta ocasión, también el espanto. Pero la mano de Andreu siguió allí, suspendida, esperando desamparada una mano que no llegó. Selma había optado por agarrarse a los brazos de la butaca y clavar las uñas en aquella piel sintética. Porque en ese momento no pensaba en el amor, ni en el consuelo ni en el espanto. En ese momento, y durante los días que siguieron, la rabia le impidió pensar en nada. Como uno de esos pesados telones de terciopelo granate de los teatros antiguos que, cuando bajan, parece que ya nadie podrá volver a subirlos. Selma vio bajar la rabia ante sus ojos y ya no pudo ver lo que había detrás. Rabia porque era joven y porque tenía tres hijos pequeños y no quería dejarlos. Una rabia sorda, feroz, parecida a la furia, a la ira e incluso a la violencia. Una rabia poderosa que la empujaba hacia delante y le daba una fuerza física que ella no tenía, que podría haberle hecho agujerear la piel sintética con las uñas o arañar a ese hombre que la miraba compasivamente después de haberle comunicado sin un solo tartamudeo su sentencia de muerte. Una rabia inaudita que le impidió tender la mano para apretar la de Andreu, al que veía de reojo, colgando sobre el vacío del aire que los separaba.

Las primeras pruebas descartaron que hubiera metástasis y los dos respiraron con normalidad durante unos días, creyendo que

había esperanza, que aquello sería un mal trago que algún día olvidarían. Pero, poco antes de Navidad, una laparoscopia exploratoria sentenció que el tumor era irresecable. Era la peor de las posibilidades, ya se lo había advertido el médico. Con la rotundidad del diagnóstico, sólo quedaba la opción de empezar el tratamiento paliativo. Y así, una tarde de diciembre, tan fría que parecía líquida, tan gris que parecía flotar, tan metálica que parecía de cristal, Selma, Andreu y Júlia, cogidas las manos, se prometieron que el tiempo que quedara lo vivirían sin lágrimas. Y también sin rabia. Selma había logrado subir el telón grueso y pesado, había conseguido ver todo lo que había detrás: Andreu, Violeta, Aleix, Ía, sus padres, Júlia, Ernest y Emma. Esa misma tarde organizaron una cena en la casa de la playa con todo el grupo. Ernest llegó con una bandeja de quesos y un par de botellas de vino tinto, y Júlia preparó unas pizzas para los niños y dejó que cada uno escogiera los ingredientes. Selma puso una mesa alegre, con vasos de colores y servilletas de papel, y Andreu hizo sonar los coros de *Nabucco* en el equipo de música.

Inexplicablemente, y seguramente empujados por la fuerza sobrenatural de Selma, consiguieron un simulacro de Navidad feliz. Después de las fiestas, Selma decidió ir preparando a los niños. Su aspecto ayudaba: «Mamá, ¿por qué tienes los ojos amarillos?», preguntaba Ía desde su ingenuidad. Las explicaciones fueron llegando poco a poco y con delicadeza. «Mamá está enferma, quizá no se cure. Mamá os quiere y siempre estará con vosotros». Andreu asistía a esas conversaciones y oía, literalmente, el crujido de su corazón al romperse. Muchas veces, durante esas semanas, creyó que le estaba dando un infarto. Tenía un dolor en el pecho, una presión que le ahogaba, que sólo cedía de noche, cuando Selma le abrazaba y le decía: «Todo saldrá bien»; la frase más absurda y, sin embargo, la más necesaria cuando sabes que todo saldrá mal.

Júlia iba a ver a Selma todas las tardes, cuando cerraba el centro de psicología.

—Hola, Flor de Sal, ya tardabas…

La ayudaba con los niños, ponía orden en la casa, cocinaba, jugaban al Scrabble, cualquier cosa salvo iniciar una conversación. La aterraba pensar que en cualquier momento Selma querría hablar con ella. Dejarla a cargo de sus hijos, pedirle que estuviera siempre

al lado de Andreu. No quería oírlo. No podía enfrentarse a eso. No sabía cuál era la actitud adecuada para no decepcionarla. No. No. No.

Pero no hubo palabras dramáticas, ni siquiera las escenas que tanto Andreu como Júlia habían creído inevitables. Selma consiguió que todos vieran que se iba sin buscar adioses dolorosos. Dejó claro a sus hijos que, cuando ella ya no estuviera, su recuerdo se ocultaría en todos los rincones de la casa y del jardín. Las últimas semanas borró cualquier rastro de la rabia de antaño, de la agria resignación con que la enfermedad se había instalado entre ellos, y volvió a ser la Selma de antes. Más delgada, más cansada, más débil, pero volvieron esa sonrisa rutilante, esa chica rubia que desprendía claridad, esa voz joven y risueña, esos abrazos breves pero rotundos. Pasó sus últimos días con sus tres hijos encima, con sus pequeñas manos por todas partes, sus besos, abrazos, cosquillas, sus risas.

Entró en coma la noche del 22 de mayo y murió dos días más tarde. Júlia recibió la llamada cuando estaba a punto de salir de casa, a las ocho y media de la mañana. «Selma se ha ido», dijo Andreu con la voz serena, como si se hubiera ido de casa con una maleta para pasar una temporada muy lejos.

Júlia corrió por las calles de Sorrals hasta llegar a la casa de la playa. Cuando ya estaba cerca y veía el portalón de hierro, oyó las notas que huían desde los ventanales como un lamento dolorido: *«Che farò senza Euridice?»*, cantaba OrfeoPavarotti.

Andreu estaba sentado en el porche. Solo. No parecía especialmente abatido. Ni lloraba con el rostro entre las manos ni estaba inclinado hacia delante con la mirada en el suelo. Simplemente estaba sentado con la espalda apoyada, la cabeza ligeramente echada hacia atrás y los ojos cerrados. Estaba concentrado en la música, Júlia le había visto así mil veces.

Subió en silencio los tres escalones y se sentó a su lado en el banco de madera. Estaba segura de que él la había oído, de que notaba junto a él su presencia. Pero no lo dio a entender y siguió con los ojos cerrados, las manos sobre las rodillas. Y ella optó por hacer lo mismo. Se quedó allí sentada, a su lado, en silencio, escuchando la música. Cuando la última nota desapareció con el viento que soplaba hacia poniente, Andreu abrió los ojos, se

incorporó un poco y la miró, todavía sin hablar. Júlia se echó a llorar al instante, una lágrima tras otra, ordenadas, silenciosas, surcándole las mejillas. Cuando él le tomó las manos, ella le preguntó con un hilo de voz:

—¿Los niños no están?

—Se los ha llevado la madre de Selma.

Ha pronunciado el nombre arrastrando la ese, como siempre. Las eses le silban un poco. Cuánto le gusta pronunciar su nombre. Es una de las cosas que más echará de menos. Entrar en casa, cruzar el jardín y desde el porche levantar ligeramente la voz para decir: «¡Selma!», y oír inmediatamente sus pasos precipitados, como si no viera la hora de verle y de abrazarle. Lo piensa, pero no lo dice, y aun así Júlia empieza a sollozar como una niña. Él le rodea los hombros con el brazo, la atrae contra su pecho, la abraza y finalmente, al ver que será difícil poner freno a ese desconsuelo, empieza a acunarla y a decir, en voz muy baja: «Vamos, no llores, todo se arreglará…». ¿Todo se arreglará? ¡Todo se arreglará!

Selma se lo decía a menudo para tranquilizarle y él lo repite como una fórmula mágica, abracadabra, y finalmente Júlia calma su llanto y recupera una respiración más acompasada. Entonces por fin se miran, los dos con los ojos llenos de agua, y se hacen la misma pregunta: ¿por qué llora Júlia? ¿Porque ha perdido a una amiga y sabe que la echará muchísimo de menos? ¿Por esos tres niños a los que quiere desde el instante mismo en que nacieron y que tendrán que criarse sin una madre, como le ocurrió a ella y a sus hermanos? ¿Por Andreu, su querido Andreu, que ha perdido a su compañera, su proyecto de vida? ¿Andreu, que tendrá que consolar a sus hijos cuando todavía no se ha consolado a sí mismo del todo por haber sido un niño sin madre?

Y por segunda vez Andreu fue el protagonista del drama que Sorrals comentó durante muchos meses. Él y sus hijos rubios, cuya visión partía el alma el día del funeral, celebrado en la parroquia de San Gabriel, cuando entraron cogidos de la manita, el niño con sollozos que lo sacudían de la cabeza a los pies. Por primera vez en muchos años, no fue Andreu quien se dirigió a los asistentes para remembrar la figura del difunto. Fue su amiga, Júlia Reig, delgada, extremadamente pálida, pero serena.

Dijo que Selma había sido una mujer llena de luz, de vida y de alegría. Que con su presencia había iluminado las estancias. Y que así le habría gustado ser recordada, como un estallido de claridad —miró a Violeta, a Aleix y a Ía— «que jamás dejará de dar luz a vuestras vidas, un tragaluz que romperá la penumbra con un haz de claridad amarilla y reluciente».

Después de Selma

Desde septiembre de 2001, volar se había convertido en una aventura arriesgada, o al menos así lo vivía la población que había visto una y mil veces a los aviones estrellarse contra los rascacielos de Nueva York. Habían pasado seis meses de los atentados y Valentina todavía los dibujaba cada vez que tenía a mano una hoja de papel y una caja de colores. Júlia observaba a su hija menor y se preguntaba qué impacto tendrían esas imágenes en su infancia, en la infancia de miles de niños, y por supuesto qué trastorno provocaría en las vidas de los futuros adultos ese 11 de septiembre.

Aparentemente Valentina era una niña feliz. De risa fácil, con esos hoyuelos que se le dibujaban en las mejillas y la mirada chispeante, ella sola había conseguido hacía dos años expulsar de la vida de todos la tristeza que los había cubierto como un velo tras la muerte de Selma. A Júlia eso, el hecho de que la alegría de la niña le hubiera borrado el dolor, la desazonaba. Recordaba la conversación que había tenido con su hermana una fría tarde de enero mientras paseaban junto al mar, abrigadas y temblorosas:

—No hay solución posible, Ruth. El médico ha sido muy claro: nos encontramos con el peor de los pronósticos, el que ellos más temían. El tumor es un pedazo de cabrón al que no podemos vencer.

—¿Selma lo sabe?

—Sí, está al corriente de todo. Y no quiere vivir estos meses que le quedan llorando por los rincones… No sé cómo voy a arreglármelas para estar a la altura, no me veo capaz…

Ruth se detuvo y cogió a su hermana del codo para que también ella se detuviera. Tenía esa mirada decidida. —Júlia la encuentra pétrea— tan suya:

—¿Cómo que no te ves capaz? Si ella puede, tú también. Es evidente que lo hace por sus hijos, porque no quiere que la

recuerden siempre triste. Quiere que la recuerden como era: una mujer alegre y vital. ¡Hazlo por los niños!

Era una orden que exigía ser respetada. Ni una sola grieta para la debilidad, no había excusa posible. Júlia a punto estuvo de rebelarse. «Qué sabrá ella acerca de cómo me siento. No tiene ni idea de hasta qué punto Selma es importante para mí». Sin embargo, la última frase de su hermana reverberaba en su cabeza: hazlo por los niños, hazlo por los niños. Claro. ¡Los niños, un niño! De pronto lo vio claro.

—Me quedaré embarazada —dijo de pronto, retomando el paso, ahora con más ímpetu.

—¡Qué dices! —Ruth habló con la voz más aguda, exasperada.

—Que quiero tener otro hijo. Un hijo que me obligue a salir adelante y me dé fuerzas para ser como Selma necesita que sea.

—No puedes hacer una cosa así. —Ruth había recuperado su tono natural, más grave. Glacial.

—¿Por qué no?

—Ésa no es razón para tener un hijo. —La contundencia de la que todo lo sabe, con un leve deje de menosprecio. Júlia se acordó de la Ruth adolescente y de esa prepotencia que la sacaba de quicio —. Sería egoísta de tu parte.

—Desde que tengo a Emma soy una mujer más generosa…

—Quizá sí... Pero ahora tendrías a esta criatura no porque la desees, sino porque la necesitas. Quieres que te libere del dolor como una medicina.

Soplaba un aire húmedo y helado que las obligaba a andar encogidas. La piel enrojecida, las orejas doloridas, el pelo alborotado, y a pesar de todo seguían paseando junto al mar, como si no hubiera otro sitio adecuado para esa conversación.

—Quiero un hijo que me ate a la vida, porque Selma me arrastrará a la muerte.

Ruth aceleró el paso, rabiosa, y la dejó allí sola, después de lanzarle una mirada oscura, llena de espinas. Júlia se quedó quieta como si una fuerza desconocida le impidiera seguir caminando. El viento la empujó hasta casi desestabilizarla y las olas se levantaron, beligerantes, por encima de las rocas, muy cerca.

Se quedó embarazada a finales de febrero, unas tres semanas

después de esa conversación. Pero, desde el primer momento, el simple hecho de saber que quería quedarse, que podía quedarse, le dio aire para vivir esos días angustiosos de la enfermedad como si no lo fueran tanto. Después, cuando la ecografía confirmó que un latido minúsculo pero poderoso acompañaba al suyo, pudo sonreír y hasta consiguió abrazar a Selma sin tener ganas de llorar ni de gritar.

Cuando Selma murió, Júlia estaba ya de catorce semanas y había notado los primeros signos de movimiento en su vientre, como pequeños hipos o burbujitas que ascendían un poco hasta estallar, *plop*. Cuando supo que era niña, Emma se puso muy contenta. Hablaba todo el día de su hermanita y la esperaba impaciente para jugar a las tenderas con ella y con su amiga Ía.

El bebé nació el 23 de noviembre. Júlia aseguraba que, cuando se la habían puesto sobre el pecho y ella le había dicho «bienvenida, pequeña», la niña había sonreído, cosa harto improbable, porque, como todo el mundo sabe, recién nacidos, los bebés todavía no saben sonreír. Pero ésa era su forma de decir que la pequeña había nacido para devolverle la alegría, como ella había presentido.

—Supongo que se llamará Selma.

Ruth había ido a verla al atardecer con un gran ramo de rosas. Y había dicho con un tono áspero: «Supongo que se llamará Selma». Su padre, que también estaba en la habitación de hospital, levantó la mirada que tenía puesta en la cuna y en la niña dormida. Los dos —su hermana y también su padre— la miraban, esperando una respuesta. Júlia miró a su padre y dijo:

—No. Se llamará Valentina.

Su padre sonrió y Ruth hizo un gesto entre la aprobación y el escepticismo. Podía significar: «Menos mal que te has liberado de ese peso» o «Si crees que así te liberarás de ese peso…». El peso de haber nacido para consolar a su madre de una pena, para curarla.

Pero ahora Valentina ya tenía cuatro años y jugaba a vender con su hermana y con Ía y había pintado la vida de su madre de color turquesa y de amarillo limón, y su voz risueña llenaba de notas musicales las habitaciones. Y sus abrazos… cada vez que los bracitos de Valentina la estrechaban, Júlia pensaba en Selma, pero la recordaba sin dolor, viéndola siempre como aquella tarde de junio, bajo la lluvia de flores del tilo.

Esa temporada, el estrés había decidido manifestarse en sus ojos. Se le había enturbiado la mirada y casi siempre veía manchas en su campo de visión. Eran como pequeñas telarañas que flotaban y navegaban de un lado al otro cuando ella movía los ojos, los cerraba y los abría, intentando ahuyentarlas, aunque sin éxito. Moscas a la deriva, espirales de humo que se deshacen, suciedad. Había visitado al oculista, aunque conocía la respuesta a su consulta de antemano: «No te preocupes, no es grave, pero no tiene solución. El estrés no ayuda nada».

Todavía, muy de vez en cuando, tenía ataques de pánico. Llegaban sin avisar y la mayoría de las veces sin que una razón concreta los justificara. Quizá al final de un día agotador, o al contrario, en un momento de placidez. Bastaba con que su mente se relajara unos segundos sin control: Júlia volvía a sentirse vulnerable e indefensa delante de un mar en calma, preguntándose si al otro lado del horizonte estaría formándose una tormenta. «¿Qué más puede ocurrirnos?», se preguntaba, pensando en el accidente de aquella noche de San Juan, en la muerte repentina del padre de Andreu, en la enfermedad de Selma. Y cuando empezaba ya no podía parar. Es bien sabido que el abanico de desgracias posibles no tiene límites. Entonces reunía todas sus fuerzas con el objetivo de poner freno a esa vorágine. Por el camino debía vencer la tentación de ofrecer pactos a dios o al demonio —a pesar de lo incrédula que era—: si a las niñas no les pasa nada malo… ¡Ni a Ernest! ¡Ni a Andreu ni a sus hijos! ¡Ni a papá… ni..! Demasiadas necesidades para poder negociar en condiciones. Pasaba unos minutos malos, sumida en uno de sus vértigos, aunque terminaba controlándolo. Se preguntaba si a los demás les ocurriría algo parecido. Todos tenemos el abismo al alcance de la mano, aunque estaba convencida de que hay personas que logran no pensar en ello. Y en cambio hay otras que no lo pierden de vista. Como sus pequeños pacientes, que llegaban a la consulta con sus abismos particulares para que ella les enseñara a no arrojarse a ellos. Precisamente ella. Qué ironía. O qué razonable, según se viera.

Cuando el vértigo cedía y por fin recuperaba el equilibrio, Júlia miraba a su alrededor y celebraba su vida, los pequeños y cómodos abrazos de Valentina, los razonamientos llenos de lógica de Emma, que a sus ocho años parecía una mujer sabia en miniatura, la

confianza de Ernest en que todo saldría bien, la docilidad con que Andreu se dejaba cuidar, el apoyo de su padre, la complicidad de su hermano y la arisca compañía de su hermana. Y siempre el ruido de Sorrals como telón de fondo, excitando sus vidas. Ahora las lenguas trabajaban animadamente para subrayar —que a nadie se le pasara por alto— que las niñas y ella pasaban muchas horas, días y noches juntas en casa de los Balart. Todos loaban la amistad de Júlia, que había mostrado su apoyo a Andreu desde el primer momento en que su esposa, la pobre, había enfermado. Y es lógico que cuando finalmente murió —tan joven— y él se encontró solo con las tres criaturas pequeñas, su amiga de infancia le hiciera compañía, le ayudara, le distrajera y cuidara de él. Era normal que fuera así, era lo que todos esperaban de ella. Pero era cierto que Ernest, su marido, arrastrado por la política, cada vez tenía menos tiempo para estar con la familia, de modo que a menudo se encontraban solos Júlia y Andreu con sus respectivos hijos… ¿Y quién no se acordaba de que los dos, Júlia y Andreu, habían estado enamorados cuando eran jóvenes, durante una primavera entera…? Aunque habían pasado muchos años y ahora eran muy amigos, quién sabe, a la ocasión la pintan calva, y no en vano se dice que donde ha habido fuego siempre quedan brasas.

Ernest, que se había presentado a las elecciones municipales de 1999, poco después de la muerte de Selma, aunque sin haber podido trabajar adecuadamente para ganarlas, tendría dentro de poco menos de un año su segunda oportunidad, y quería aprovecharla. Trabajaba convencido de que podía conseguirlo. Quería ser alcalde de Sorrals, del mismo pueblo que le difamaba porque su mujer pasaba demasiado tiempo con su amigo, el mismo pueblo que cuatro años atrás tanto había llorado en la iglesia de San Gabriel al ver el desconsuelo de los hijos de Selma, el pueblo de sus veranos, de su futuro.

Júlia ignoraba —en ocasiones sin conocerlas, aunque otras veces era plenamente consciente de ellas— las habladurías que circulaban por Sorrals. Andreu, Violeta, Aleix e Ía eran su familia casi tanto como su marido y sus propias hijas. Cuidaba de ellos no porque se sintiera en la obligación moral de hacerlo, no porque se lo hubiera prometido a Selma en su lecho de muerte, simplemente porque era natural que fuera así. Habían seguido pasando juntos las vacaciones

y los festivos señalados, y la intimidad entre las dos familias había ido creciendo como lo habían hecho los niños.

A principios de 2003, Ernest Foixenc estaba convencido de que ese año celebraría la noche de San Juan como alcalde de Sorrals. Era innegable que trabajaba incansablemente para lograr ese objetivo y que lo tenía todo de cara: era uno de los pocos veraneantes que había conseguido que los habitantes del pueblo le consideraran uno de los suyos. Había ayudado el hecho de que sus padres —él, arquitecto de prestigio que, a pesar de estar jubilado, todavía aparecía de vez en cuando en los diarios, y ella, una actriz de renombre que había dejado los escenarios hacía años— hubieran decidido instalarse en el pueblo donde habían veraneado toda la vida.

A mediados de abril, mientras florecían las glicinas y las acacias, Sorrals se levantó un día lleno de carteles con el rostro sonriente de Ernest Foixenc. Todavía no podía pedirse el voto, de modo que no había ningún mensaje. Sólo su sonrisa, sincera y seductora, y la concha que tenía en la sien derecha, junto a la línea de nacimiento del pelo. «Eres un niño del mar», le decía Júlia cuando quería tomarle el pelo, pasándole el dedo por esa mancha de nacimiento de color rosa. Ahora, mientras paseaba por la calle, Júlia tenía una sensación extrañísima cuando su marido la sorprendía desde una farola o desde la fachada que tenía delante. Lo miraba y no estaba segura de si realmente era Ernest. Emma y Valentina estaban encantadas y saludaban a su padre cada vez que veían un cartel: «¡Hola, papá!», «¡Buenos días, papá!», en voz alta, para que todos las oyeran. Y los padres de Ernest se paseaban por el pueblo hinchados como un par de pavos. Una satisfacción tan evidente resultaba impropia de dos personas acostumbradas al éxito, y precisamente por eso Júlia los observaba enternecida y divertida. El arquitecto Lluís Foixenc, al que consultaba el alcalde de Barcelona y que aparecía retratado en los dominicales, y la gran Esperança Llorens, que todavía recibía premios por su trayectoria sobre los escenarios, se detenían delante de uno de los carteles con la foto de su hijo y sonreían embobados sin ningún tipo de pudor, esperando —provocando— que los vecinos del pueblo que pasaban por allí los felicitaran o hicieran algún comentario elogioso del candidato. Si

Júlia estaba con ellos cuando esa escena tenía lugar, se sonrojaba y se le escapaba una risilla nerviosa mientras los arrastraba del codo para que no se quedaran plantados debajo del cartel, convertidos en el blanco de todas las miradas.

Para Lluís y Esperança aquel hijo había sido desde el primer momento un milagro en el sentido más literal de la palabra. Como decía Lluís Foixenc con una semisonrisa: «Creo poco en los milagros, pero a nosotros nos tocó uno».

Cuando se conocieron, ambos estaban a punto de cumplir cuarenta años. Él, un soltero de oro que se había dedicado a la arquitectura y a la buena vida sin intención de fundar una familia, y ella, una primera actriz que enlazaba una relación sentimental complicada con la siguiente y que todavía no había tenido tiempo de plantearse si quería ser madre. Pero se encontraron y se enamoraron del todo. Y esa manera de amarse trajo consigo, sin remedio, el deseo de construir una vida en común plena, sin añorar el deslumbramiento de los focos ni el clamor de los aplausos. Querían que las carreras de los dos pasaran a un segundo plano. El primero lo ocuparían ellos dos y su deseo de tener un hijo.

Pero la naturaleza no quería ponérselo fácil y ellos no tenían edad para esperar, de modo que decidieron tomar un atajo. Cerca de su casa había un convento y por el barrio se decía que las monjas acogían a madres solteras y después buscaban familias de bien que adoptaran a sus bebés. Eso era lo que se decía, aunque nadie tenía la certeza, de modo que Lluís optó por preguntarlo abiertamente. «Te arriesgas a llevarte un chasco», le advirtió Esperança. «Bueno, mientras sólo sea eso…», respondió él.

Esperança contaba que jamás podría olvidar cómo le brillaban los ojos cuando volvió a casa. Y cómo le temblaba la voz cuando dijo: «Tienen un niño de días. Lo dejaron ayer en el portal del convento. Si lo queremos, el pequeño es nuestro». La excitación no le dejaba respirar con normalidad y tuvo que sentarse. Esperança le miró con el miedo en el cuerpo y los ojos llenos de lágrimas. «Pero ¿cómo…?». Lluís la interrumpió, negando con la cabeza y tomándole las manos: «El cómo no importa. Lo queremos, ¿verdad?». Y ella asintió y nunca volvió a preguntar cómo.

Júlia no se cansaba de oír ese relato. Podía ver la emoción de ese día en los ojos envejecidos de sus suegros. Por eso la enternecía

tanto su patente orgullo: la sonrisa de Ernest colgando de las farolas de Sorrals seguía siendo su milagro, el milagro que les había tocado.

A punto de dar comienzo la campaña electoral, aparecieron otros carteles con unas letras enormes: ERNEST FOIXENC, EL ALCALDE EN QUIEN PUEDES CONFIAR, junto con la imagen del candidato. En unos aparecía con traje y corbata y expresión seria, y en los otros vestido con vaqueros y un polo de color salmón que le favorecía y le hacía parecer más joven. Formal y moderno, juicioso y dinámico.

Hasta ese momento, Júlia se había mantenido al margen de la actividad política de su esposo. Ni siquiera militaba en su partido… ni en ningún otro. La idea de que Ernest fuera alcalde de Sorrals no la seducía en absoluto: siempre, desde muy jovencita, había sentido sobre ella como una losa las miradas indiscretas del pueblo y estaba convencida de que esa circunstancia incrementaría aún más los cotilleos de la gente.

Andreu Balart se mostraba, como siempre, más benevolente con sus vecinos, que todavía le encargaban, después de tantos años, las palabras en recuerdo de los familiares que fallecían. Los discursos del bibliotecario eran motivo de comentarios durante como poco las dos semanas siguientes al funeral y el agradecimiento, como siempre, llegaba en especies: una tarta de cerezas, unas cortinas de ganchillo, un par de kilos de butifarras. En ocasiones, Andreu se planteaba si no había algo enfermizo en el hecho de llenar su agenda de funerales. Hacía años que no pasaba más de seis o siete semanas sin tener que despedir a alguien. Pero el ejercicio de elaborar el retrato del vecino de Sorrals que desaparecía, el esfuerzo por encontrar las palabras de consuelo adecuadas, la búsqueda de las cualidades del difunto para destacarlas… constituían un reto distinto en cada ocasión, siempre estimulante. A menudo acompañaba sus textos con un par de citas de autores que le gustaban, reflexiones sobre la muerte, la memoria, la huella que alguien puede dejar donde ha vivido, la añoranza. A menudo recordaba al británico C. S. Lewis: «Su ausencia es como el cielo, se extiende por doquier», dice el protagonista viudo de su novela *Una pena en observación*.

Obviamente, desde hacía unos años las palabras de Lewis habían adquirido para Andreu una fuerza de la que antes carecían.

Lograban conmoverle cada vez que las recitaba en un funeral o cuando volvía a leerlas solo, en el porche de su casa, una tarde cualquiera. Porque la ausencia de Selma y quien la sentía por todas partes era él. Atrás habían quedado las noches en vela, los ahogos, aquella tristeza inacabable que no le dejaba sonreír. Había superado una etapa y estaba ahora en el centro mismo del duelo, iniciando una lucha encarnizada contra sí mismo: un Andreu tiraba de él hacia la necesidad de seguir fiel a Selma, recordándola a todas horas, cediendo a la nostalgia, saboreando, en cierto modo, una melancolía que era ya más dulce que dolorosa, y otro Andreu le empujaba hacia la vida libre de añoranzas.

Pero cada uno actúa condicionado por su biografía, y Andreu Balart recordaba cuánto le había costado dejar atrás, hacía años, a aquel chico huérfano y triste. Así que ahora, a pesar de la muerte de Selma, quería reencontrar la alegría.

Y estaban además los hijos, los hijos de Selma, que tenían todo su derecho a guardar —o a elaborar, en el caso de la menor— una imagen real y cierta de su madre, y todo dependía de él. ¿Cuál era la fórmula para conciliar recuerdo y olvido o, dicho de otro modo, el dulce habitáculo de la nostalgia y el irrefrenable impulso de la supervivencia? ¿Qué proporción de un sentimiento y del otro recomienda la receta para continuar viviendo de una forma aceptable?

El reto de Andreu, el auténtico propósito de su vida, era en ese momento encontrar el modo de seguir viviendo y recordando, pero sin quedar prisionero del recuerdo. El segundo reto era conseguir que sus hijos conservaran la alegría a pesar de haber aprendido demasiado pronto que la vida —aunque a veces parezca una resguardada cala de aguas calmas— era una aventura desconocida, a menudo desconcertante.

Para lograr esas dos gestas —una existencia plácida para Andreu y un crecimiento feliz para sus hijos— la colaboración de Júlia Reig resultó imprescindible. Para Andreu era una compañía confortable y estimulante en la justa medida y reunía dos condiciones que hacían de ella una mujer única: había conocido a sus padres (especialmente a su madre, que hacía tantos años que no estaba que ya prácticamente nadie en la vida de Andreu conservaba de ella un recuerdo cercano) y había conocido íntimamente a Selma. Con Júlia

cerca, a Andreu le parecía que también tenía un poco a sus padres y a Selma, esas ausencias que vibraban en todos los rincones de la casa de la playa.

Para los hijos de los Balart, Júlia era la madre de sus amigas y la amiga de su madre, en cualquier caso una persona próxima, familiar. Y ella, Júlia, los veía crecer entre el júbilo y la estupefacción. Violeta, la niña de las pataletas, la misma que en su día se empecinaba con extrañas manías, se había convertido en una adolescente dócil, sensata, afectuosa con su padre, indulgente con su alocado hermano y extraordinariamente responsable con su hermana menor. Aleix, con doce años, seguía teniendo la cabeza llena de pájaros y había que vigilarle de cerca, pero ya había empezado a demostrar que, si algo le interesaba, era capaz de concentrarse y de sacrificarse como un adulto. Por lo pronto, lo que centraba su atención era la naturaleza: si un árbol era de hoja caduca o perenne, la disección de las mariposas, las conchas, las estrellas de mar y los erizos. Júlia no podía evitar sorprenderse cuando veía a ese niño que no se estaba quieto ni un segundo, concentrado de pronto en seguir el rastro de un gusano de tierra o contemplando pacientemente la aproximación de una abeja a la flor más vistosa, embobado mientras ésta libaba el néctar y volvía a alzar el vuelo.

Y estaba también Ía. Como su Emma, Ía tenía nueve años, y las dos eran aún amigas inseparables, a pesar de haber superado ya algunas discusiones serias. La menor de Selma era rubia como ella y en verano el pelo se le volvía casi blanco, como si fuera nórdica. Era risueña, astuta y rápida. Siempre tenía a punto una respuesta que se acercaba a la insolencia sin llegar a caer en ella. Todavía era pequeña para saber utilizar tan bien la ironía y su padre le auguraba una adolescencia complicada. De momento, era una niña espabilada y feliz a quien, según todo parecía indicar, haber perdido tan pequeña a su madre no le había pasado factura. Era despierta y descarada, y la única que se atrevía a preguntar a Andreu:

—¿Y tú, papá? ¿No piensas volver a enamorarte?

Era una preguntadesafío, con un punto de irreverencia, provocativa, como si en el fondo dijera: «¿Serás tan estúpido como para quedarte solo y privarte de la felicidad?».

Por supuesto que Andreu lo pensaba. Es decir, había empezado a pensar en ello un par de años después de la muerte de Selma, cuando ya se había recuperado un poco y se daba cuenta de que sólo tenía cuarenta años. No estaba hecho para la soledad, de eso estaba convencido. Era de los que creía que compartir las alegrías las duplicaba, y compartir las penas las reducía a la mitad. Pero, después de Selma, ¿habría alguien de quien pudiera enamorarse? De hecho, después de Júlia, a Andreu ya le había costado mucho creer que iba a poder enamorarse de alguien. Había crecido pensando que su amor sería Júlia o no sería nadie. Lo había creído así durante más de veinte años y le había costado mucho hacerse a la idea de que quizás no iba a ser así. De hecho, nunca llegó a descartarlo del todo hasta aquel día en el funeral del pintor Illa, cuando vio a Selma y Selma le eligió.

Le resultaba muy extraño imaginarse con otra mujer, pero se esforzaba por pensar en ello como una posibilidad.

La campaña electoral arrancó, como es tradición, pegando los primeros carteles la noche anterior. Júlia lo encontraba absurdo: «¿Salir a pegar carteles? Pero si hace semanas que te veo en todas las esquinas…». Tampoco le hizo ninguna gracia saber que esa medianoche Ernest compartiría la simbólica escena con algunos compañeros de partido que habían luchado encarnizadamente para evitar que él fuera el candidato. «¡Pero si son tus enemigos!», se lamentaba. Ernest la corregía: «Mujer, "enemigo" es una palabra muy fuerte, simplemente pertenecen a otra familia política…». Pero ella le había oído contar sus jugarretas y sabía hasta qué punto Ernest detestaba a esos compañeros de militancia a los que, al llegar la noche, saludaría con cordiales apretones de mano e incluso con algún abrazo. Le costaba aceptar el día a día de la política local.

Aun así, esa noche acompañó a su marido, el candidato, con una sonrisa que parecía auténtica, junto a las niñas. —Emma con un vestido de color fresa, Valentina con un conjunto blanco y azul marino— y a sus suegros, elegantes y orgullosos. Ya había acordado con Ernest que las niñas y ella sólo participarían en ese acto de arranque y en la noche electoral, para apoyarle. Los quince días de campaña eran cosa suya.

Al día siguiente dio comienzo el repertorio de sonrisas,

palmadas en el hombro, besos a las niñas, gestos de victoria con el pulgar levantado y dibujando una uve con los dedos, más sonrisas. Ernest llegaba de noche a casa, cansado aunque eufórico. Júlia se esforzaba por demostrar un interés que no sentía por los entresijos de la campaña y, delante de las niñas, procuraba relativizar en lo posible la posibilidad —cada vez más fundada— de que su padre terminara siendo alcalde.

Hasta que, al término de la primera semana, quizá era un jueves, cuando las niñas ya dormían y Júlia y Ernest empezaban a cenar, oyeron el timbre de la puerta. Ernest resopló: «Ahora no...», y Júlia fue a abrir, decidida a convencer a quienquiera que fuese —del partido, seguro— de que Ernest necesitaba descansar y de que cualquier cosa, por urgente que fuera, debería esperar al día siguiente.

Abrió con brusquedad, buscando inconscientemente en el gesto la rotundidad necesaria para convencer al visitante de su determinación. Pero ante ella no tenía al jefe de campaña de Ernest, ni al número dos de la lista ni tampoco a ninguno de sus compañeros de partido, sino a una mujer mayor, de pelo largo, gris y grasiento, que tiraba de un carrito de supermercado de tamaño mediano lleno de bolsas, cartones y botellas. Una indigente que dibujó una sonrisa insegura llena de huecos. Júlia se quedó quieta, esperando, mientras cavilaba en silencio qué podía ofrecerle: una botella de leche, un bocadillo de jamón, unas galletas…

—¿Puedo hablar con Ernest?

La pregunta la cogió totalmente desprevenida. La mujer tenía una voz bastante joven que no encajaba con su aspecto lastimoso. ¿Ernest? Ahí estaba la confirmación de sus sospechas: la política les complicaría la vida y les traería situaciones como ésa. Y eso que todavía no era alcalde. Se volvió hacia el interior de la casa, sin moverse de donde estaba, y levantó un poco la voz —no mucho, porque las niñas dormían— para gritarle a su marido: «¡Ernest!». Quizá tendría que habérsela quitado de encima sin llamarle, pensó al instante. Tendría que haberle ofrecido algo de comer, quizá algo de dinero…

La mujer no se movía ni soltaba el carrito. Esperaba sin demostrar impaciencia, ni curiosidad ni nada de nada. Impávida. Cuando se oyeron los pasos de Ernest que se acercaba, entonces sí,

Júlia percibió bajo aquel pringoso flequillo un leve temblor de párpados.

—¿Qué pasa?

Júlia no dijo nada —no había nada que decir—, simplemente se apartó un poco a la izquierda, de modo que su marido pudiera ver quién le esperaba en la puerta. Pudo captar la sorpresa en su lenguaje corporal, la misma que ella había sentido minutos antes, mezclada inequívocamente con una reacción de disgusto. Disgusto por la situación y también un poco de irritación con Júlia, por no haberle librado del mal trago. Ella lo notó y de algún modo se justificó:

—Esta mujer pregunta por ti.

Ernest la miró con una semisonrisa sarcástica y con las cejas arqueadas. Como si fuera imposible que aquella vieja sucia tuviera algo que ver con él, o que simplemente supiera cómo se llamaba.

Pero lo sabía. Júlia la había oído pronunciar su nombre hacía un momento.

—¿Puedo hablar contigo, Ernest?

Había vuelto a pronunciar su nombre, y esta vez Júlia fue presa todavía más claramente de un pequeño estremecimiento. Era una estupidez, porque no tenía nada de extraño que la mujer supiera su nombre. Estaba por todo el pueblo. «Ernest Foixenc, el alcalde en quien puedes confiar». Los dos lo vieron claro: la indigente había leído los carteles y había decidido seguir el consejo del eslogan y, aprovechando la coyuntura, quería saber qué podía sacar.

—Usted dirá.

Era una noche cálida de mayo, sin una pizca de aire. No se oía nada, sólo algún insecto que se acercaba a las luces de la entrada. La mujer dejó pasar unos segundos mientras Júlia y Ernest esperaban, inquietos, sin saber qué hacer con las manos y sin fijar la mirada. Entonces la mujer dijo:

—Me gustaría… sólo tú y yo, por favor…

Júlia no se atrevió siquiera a mirarla, pero Ernest le tocó con suavidad el brazo y le dijo, bajando la voz:

—Entra. Ahora voy.

Cuando entró en la salita, la habitación donde pasaba más horas del día, la pieza central de ese piso donde vivía desde hacía quince

años, le pareció notar algo raro. Miró el sofá de piel oscura, los cojines —uno de color crudo, uno de color piedra, uno de color tierra—, la mesita baja de madera y los cuencos llenos de conchas y de caracolas que las niñas iban recogiendo en la playa. Paseó la mirada por las cortinas claras y por las acuarelas que llenaban las paredes de barcas. No parecía su casa. No se sentía cómoda en ella. Pero era imposible que algo hubiera cambiado. No había entrado nadie, sus hijas dormían en el piso de arriba y las ventanas estaban cerradas. Se sentó en el brazo del sofá y después, lentamente, se recostó sobre los cojines. Y de pronto lo entendió: no se sentía cómoda porque la incomodidad estaba dentro de ella. Esa mujer, el pelo grasiento de esa mujer, la voz juvenil de esa mujer, ese «sólo tú y yo, por favor»… la habían incomodado. No estaba asustada ni enfadada. Estaba incómoda. Siguió sentada en el sofá sin hacer nada, jugando con las conchas encima de la mesa hasta que oyó cerrarse la puerta de la entrada y los pasos de Ernest.

Su marido tenía un aspecto extraño: el pelo revuelto, con la camisa por fuera de los pantalones. Se detuvo durante un instante en el quicio de la puerta de la sala y dijo con un hilo de voz, como si le fallaran las fuerzas: «Me voy a la cama». Y empezó a subir la escalera del dúplex. Cada escalón era un esfuerzo mayor y ella, Júlia, pudo percibir desde donde estaba el cansancio de Ernest.

Le siguió al cabo de unos diez minutos, porque creyó que ése era el tiempo que él necesitaba para serenarse y recuperar su ánimo habitual. Lo encontró tumbado encima de la cama sin deshacer, totalmente vestido sobre la colcha azul. Se cubría la cara con los brazos. Por un instante, Júlia creyó que se había quedado dormido.

Pero Ernest apartó un brazo y abrió los ojos. Ella estaba en la puerta, quieta. Y él dijo:

—Es mi madre.

Una mancha roja que se aleja

Aquel bebé abandonado, convertido ahora en candidato a alcalde, adoptó desde el primer momento una actitud de rechazo frontal, cerrándose en banda y totalmente impermeable a las reflexiones de Júlia, que simplemente le recomendaba que escuchara.

Esa noche, en la puerta, Ernest había oído mucho más de lo que era capaz de digerir. Había vivido cuarenta años intentando olvidar que no era el hijo biológico de sus padres, y, justo cuando por fin lo había logrado, cuando se encontraba en el punto álgido de su trayectoria, aparecía esa mujer —vieja, pobre y sucia— para obligarle a detenerse bruscamente y mirar atrás. No, no estaba dispuesto.

No fue fácil compaginar ese descalabro con la actividad frenética de la campaña electoral. Y superar, mientras tanto, la angustia que provocaba en él que en Sorrals terminara por saberse que el futuro alcalde era hijo de una indigente. Sin embargo, y por increíble que pueda parecer, la mujer desapareció como había aparecido. Esa noche —la primera y también la única— tuvo tiempo de demostrar su identidad, de contar su historia plagada de abusos, palizas, adicciones y miserias, para esperar sin pudor un ofrecimiento y para marcharse con la cabeza gacha y en silencio cuando vio que éste no llegaba. Y no volvió. Nunca. Los días siguientes Ernest empezó a pensar —a desear— que la historia de su madre biológica fuera sólo una pesadilla.

A veces le parecía que Júlia era la única empeñada en recordarle que había ocurrido de verdad.

—No pretenderás que la cuide, ¿verdad? —decía Ernest, furioso, cuando llegaba de noche a casa.

Júlia sabía que tenía motivos para sentirse furioso, y para ese rechazo frontal: la mujer le había abandonado cuando era un bebé

totalmente indefenso y él no estaba dispuesto a acogerla ahora.

Y sin embargo, en el fondo de esa negativa razonada —y quizá razonable—, ella veía una aversión hacia el sufrimiento de la mujer, una repugnancia por su historia desgraciada, por sus orígenes humildes y por sus vicios miserables. Ernest había vivido tranquilo durante cuarenta años, sin saber de dónde venía, porque ese desconocimiento le permitía imaginar que no procedía de un lugar humilde, sucio y lleno de taras. Al fin y al cabo, podría haber sido el hijo inoportuno de una adolescente de buena familia. ¿Por qué no? Eso explicaría que se hubiera adaptado tan bien al estilo de vida de sus padres adoptivos, a un estatus que en realidad le estaba ya reservado en el momento de su nacimiento. Él era como Lluís y Esperança, uno de los suyos (aunque no fuera su hijo biológico). La visita inesperada de esa mujer eliminaba posibles fantasías y le obligaba a hacer frente a la incómoda realidad.

Júlia lo sabía. Sabía que el rechazo de Ernest tenía que ver con el clasismo más que con el trauma provocado por el abandono de la madre. Y eso la sublevaba profundamente.

—No tienes ningún derecho a juzgarlo —le decía Andreu.

—Tiene razón cuando dice que su madre es Esperança —le recordaba su padre.

Eran opiniones fiables, y probablemente acertadas. De acuerdo. Júlia era consciente de ello, pero sólo ella se reencontraba al caer la noche, en casa, con aquel hombre desconcertado y avergonzado que no sabía o no quería reflexionar ni intentar comprender y volver a encajar las piezas de su rompecabezas personal.

Así, de día, Ernest era el candidato, el que besuqueaba a los niños y abrazaba afectuosamente a los ancianos, el que se detenía sonriente y escuchaba pacientemente las peticiones de cada vecino, las sugerencias de cada elector. Era, como proclamaban los carteles, el alcalde en quien podías confiar. De noche, en casa, era el hombre que ignoraba la verdad y negaba la compasión. El contraste dolía demasiado y abrió una grieta en su relación para la que Júlia no encontró, durante los años siguientes, ningún reparador eficaz. Simplemente, como ocurre tantas veces, el día a día fue cubriendo el conflicto, cada día una capa, hasta volverlo menos visible.

Hacía ya dos años que Ernest era alcalde y su dedicación al cargo

era cada vez más intensa. Pasaba pocos ratos en casa y, cuando estaba, sólo era a medias, siempre conectado a su otra vida, la que realmente ocupaba su existencia. Siempre había un semáforo que reparar o una conspiración en el partido que había que sofocar. Inauguraciones, sardanas, mociones, *caramelles*, debates, homenajes, primeras piedras, *botifarrades*.

Ese año, la noche de San Juan llegaba en plena ola de calor. Júlia se fue a la casa de la playa poco después de las siete y cuando se acercaba oyó el griterío desde la calle. Empujó el portalón de hierro y vio que, en un rincón del jardín, Andreu regaba a los niños con la manguera de agua helada. Ía y Emma soltaban gritos agudos mientras ejecutaban una especie de baile frenético, cogiéndose las manos y empujándose la una a la otra. Aleix, que ya era más alto que su padre, las grababa con el móvil, y su Valentina, que sólo tenía seis años pero que era alta y delgada como una caña de azúcar, lo observaba todo tumbada boca abajo en la hierba, debajo del sauce. Todos estaban semidesnudos, sólo con los bañadores, y sus pieles brillaban, jóvenes y doradas, con las salpicaduras del agua.

Retozando como estaban, no la vieron, y ella entró directamente a la casa para descargar el peso que llevaba en las bolsas: las cocas de San Juan, las servilletas de papel, media sandía, el vino, una bandeja de quesos. El bochorno era tremendo y se notó la nuca sudada. Se remangó la camisa blanca de hilo y se recogió el pelo en una cola de caballo antes de salir al porche. Y cuando lo hizo recibió el impacto del agua helada. Chilló mientras oía un coro de risas. La estaban esperando todos al pie de la escalera y Andreu la roció con la manguera como un momento antes lo había hecho con las niñas. Se quedó empapada en un instante: la camisa pegada al cuerpo, el pelo goteando. Se tapó la cara con las manos y también ella se rió, liberada por fin de aquel calor viscoso que durante la jornada se le había adherido a la piel como una película.

Andreu apagó la manguera y entró en casa entre risas:

—Espera. Te traeré una toalla.

Los niños volvieron a la parte trasera de jardín y ella se quedó en el porche, mirando con una sonrisa embobada cómo iba formándose un charco alrededor de sus pies.

Andreu apareció de pronto detrás de ella y la abrazó con una

toalla gigante de color rosa. Aunque no hacía nada de frío, Júlia tuvo un escalofrío y él —que lo había notado— le frotó los brazos. Se quedó a su lado, con un brazo sobre sus hombros para adherirle bien la toalla. La miró y le apartó el pelo mojado de la cara para darle un beso en la mejilla:

—Felicidades, señora Reig. Cuarenta y cuatro ya, ¿eh?

Júlia notó claramente un segundo escalofrío, que no supo si se debía al contacto tan próximo de Andreu o a la cifra de dos cuatros, que le parecía exagerada para una chica como ella. Y allí quieta, en el porche —cuando Andreu retiró el brazo de sus hombros y la toalla resbaló hasta caer al suelo—, paseó la mirada por el jardín y se dio cuenta de que volvía a ser una noche de San Juan, con la fragancia de la magnolia y el estallido de los petardos de fondo, y que habían pasado muchos años y muchas cosas y, en cambio, en ese momento, ella se sentía igual que la Júlia de los quince años, de los veintidós y de los treinta y cinco.

Sin embargo, tenía cuarenta y cuatro años, los notaba en las cervicales doloridas, en la flacidez de la piel, en las caderas redondeadas y en el pelo blanco que le nacía junto a las orejas.

Andreu recogió la toalla del suelo:

—Cámbiate o te resfriarás. Coge una camisa mía..

Le miró mientras él regaba los macizos de lavanda. Sólo llevaba puesto un pantalón corto y Júlia le veía el pelo del pecho, casi blanco, y la curva incipiente de la tripa. Él la miró por encima de las gafas, que inevitablemente le resbalaban hacia la punta de la nariz. Esos ojos de un azul metálico, bajo unos párpados caídos y rodeados de pequeñísimas arrugas, todavía sonreían unos segundos antes de que lo hicieran sus labios.

Y con la sonrisa ancha, quizá un poco inquieto al sentir sobre él su mirada, el hombre de pelo blanco en el pecho cerró el grifo y empujó suavemente a Júlia hacia el interior de la casa.

—¡Vamos, entra, que te resfriarás!

Cuando ella entró, todavía con la camisa blanca pegada a la piel y el pelo goteándole sobre la espalda, él bajó lentamente, muy despacio, los tres escalones del porche. Uno, dos, tres… Le resultaba imposible dejar de contarlos. Sintió la hierba mullida bajo los pies —«tengo que pasar la máquina»— y se acercó a la magnolia para ver qué flor costaría menos cortar. Pero, en vez de mirar las ramas,

se recostó, con la espalda contra el tronco, y se quedó allí sentado, agradeciendo esa sombra tan fresca. Con la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados, mientras oía de fondo los juegos de los niños, recordó, como si en su cabeza se proyectara una película, el sueño de la noche anterior.

Él sólo encima de una tabla de surf, aunque en la vida real era su hijo Aleix quien surfeaba. Él jamás se había decidido a probarlo. Hacía un día magnífico, de sol y de viento, y el mar se levantaba encabritado, fabricando olas hawaianas en la playa de Sorrals. Y él, en un equilibrio perfecto, surfeaba sobre unas olas gigantescas y después se doblaba de espaldas para pasar por dentro de un túnel de agua. Se divertía, no tenía ni pizca de miedo ni ninguna sensación de peligro. Arriba y abajo, de prisa, de prisa.

Y entonces la vio: una mancha en mitad del mar. Una ola de espuma acababa de precipitarse sobre él y se frotaba los ojos para ver mejor. Sí, era Júlia, con un vestido rojo, sentada en una pequeña barca, remando con fuerza mar adentro. Él le gritaba y su voz se perdía entre el bramido de las olas, porque de pronto el cielo se había oscurecido y amenazaba tormenta. Volvía a gritar su nombre: «Júliaaaa», mientras se agarraba a la tabla de surf, que ahora era tan sólo un tablón de madera, de los que se encuentran flotando en el mar entre los restos de un naufragio. «Júliaaaa», y por fin ella se volvía y le veía. Le saludaba alegremente con la mano durante unos instantes y después cogía los remos y volvía a remar, decidida. Andreu veía cómo se alejaba la pequeña barca, la mancha roja recortada contra el gris de las nubes, cada vez más pequeña. Se quedaba abrazado a la madera, flotando indefinidamente entre las olas, y empezaba a llover.

Su hija mayor le hizo emerger del sueño, del recuerdo del sueño, con un golpecillo suave en las rodillas.

—¡Papá! ¡Ya estamos aquí!

Abre los ojos y se da de bruces con la sonrisa clara de Violeta, agachada a su lado. Ya estamos aquí. Ella y su amor de metro noventa.

—Hemos traído el cava. ¿Lo meto en la nevera?

El chico tiene cara de buena persona, aunque ¿quién sabe? ¿Cómo puedes fiarte de alguien a quien no conoces si sabes que tiene a tu hija en sus manos? Vuelve a mirarle mientras el chico le

tiende la mano para ayudarle a incorporarse. Definitivamente, la mirada parece de buena persona. ¿A ti qué te parece, Selma?

—Venga, a lo que estamos. ¿Al final, cuántos somos, Júlia?

Serán pocos ese año. Ignasi y su familia se han ido a pasar el fin de semana fuera, Valentí está en cama con bronquitis y Ruth ha dicho que se queda con él. Y Ernest acaba de llamar para decir que lo siente muchísimo, pero ha estallado una crisis, un regidor que amenaza con el transfuguismo o algo igual de aterrador.

—Las dos niñas y yo, tres, y vosotros cuatro, siete… y tú también te quedas, ¿verdad, Gerard?

El chico asiente y Violeta agranda un poco más su sonrisa.

—Me conseguirás ésa, ¿verdad? —Júlia señala una rama bastante alta, con una flor grande medio abierta que de tan blanca parece encendida.

Las niñas ayudaron a Júlia a poner la mesa con el tradicional mantel claro de Elvira. Andreu había tenido el detalle de cambiar la ópera por el piano de Satie y daba toda la sensación de que su madre estuviera en casa, sentada delante del instrumento para hacer salir de él la melodía.

Finalmente el calor había remitido y la noche era cálida aunque muy agradable, una de esas noches de junio que auguran largas tardes de sol, la piel salada y caliente, los helados, la desaparición de los horarios, los bailes de fiesta mayor, las sandalias, el pelo mojado, las tertulias al aire libre hasta la madrugada.

Cuando terminaban de cenar, mientras Júlia cortaba la coca de chicharrones, el sector más joven de la mesa empezó a alborotarse. Aleix arrojaba migas de pan a las niñas, ellas se las devolvían, Ía se levantaba de la silla y amenazaba a su hermano con un vaso de agua. Andreu dedicó a los niños una mirada de advertencia: las risas terminan en llanto. Eran tantas las veces que esa sentencia se había pronunciado en voz alta en casa de los Balart que no fue necesario que la dijera. Pero Aleix hizo caso omiso del silencioso aviso paterno y se levantó con la intención de rodear la mesa y perseguir a su hermana. Al levantarse con brusquedad, el mantel se le enredó entre las piernas y, cuando echó a correr, lo arrastró consigo, provocando un deslizamiento que dio al suelo con vasos, copas y botellas, todo ello con gran estruendo. El culpable del desastre se quedó inmóvil y de pie junto a la mesa. Todos se habían

callado y el silencio se volvió muy incómodo. Aleix levantó la cabeza y miró desafiante a su padre, que seguía sentado en la cabecera de la mesa.

Andreu fue a abrir la boca y en ese momento notó el contacto ligero de la mano de Violeta sobre el muslo. La chica estaba sentada a su derecha y contemplaba la escena aterrada. El peso de su mano, que se había posado sobre el vaquero como un pajarillo se instalaría en una rama, bastó para calmar la ira de su padre, que se limitó a decir, sin tan siquiera levantar la voz:

—Aleix, a tu habitación.

Violeta no se movió y su padre la miró durante unos instantes, antes de que ella decidiera retirar la mano. Aunque ella no lo sabía, su padre, en ese momento, no pensaba en Aleix ni en cómo se las ingeniaría para poner en vereda a ese adolescente descerebrado. Pensaba en Selma, porque Violeta, sin saberlo, había hecho exactamente el mismo gesto que habría hecho su madre en una situación semejante. Una mano sobre el muslo, una presión ligerísima, la calma. Júlia miró a Andreu y le dedicó un amago de sonrisa que él no supo interpretar. ¿Quería decir que Júlia sabía que estaba pensando en Selma? ¿Quería decir acaso que también ella había pensado lo mismo?

Un minuto más tarde se oyó un estrépito, una música estridente y metálica que provenía del primer piso, de la habitación de Aleix. Todos levantaron la mirada inconscientemente. Violeta se levantó:

—Voy a buscar el cava y de paso le digo que baje el volumen.

Cuando salió, las niñas ya habían desaparecido de la mesa, todavía asustadas por el sobresalto de apenas unos minutos antes. Estaban las tres sentadas en el banco debajo del tilo y murmuraban y se reían.

Cuando Violeta volvió a su sitio, Andreu le pasó la mano por los hombros mientras levantaba su copa. Todos le imitaron.

—¡Por Júlia y sus cuarenta y cuatro junios!

Después del brindis, Júlia tomó un primer sorbo e inmediatamente volvió a alzar su copa:

—¡Y por el verano que empieza! —dijo con una gran sonrisa.

Violeta se apresuró a contarle a Gerard que ese brindis que acababa de hacer Júlia era «el tradicional de la noche de San Juan» y Júlia se emocionó estúpidamente al ver que las costumbres se

convierten en tradiciones y que se heredan como se heredan los libros y las casas.

Los petardos eran cada vez más numerosos y el cielo retumbaba y estallaba sobre la mesa todavía puesta —y recompuesta—, sobre el jardín de la casa de la playa, sobre la conversación y el blanco todavía terso de la flor de la magnolia.

—¿Os habéis enterado de que han abierto un restaurante italiano? —dice Gerard, en un enternecedor y educado intento por participar en la conversación.

—Eso me han dicho. ¿Habéis ido ya? ¿Qué tal?

—Fantástico. Tienen una pasta buenísima y el tiramisú es espectacular. Lo lleva una chica que acaba de llegar de Turín. Sólo habla italiano, pero es tan simpática que se hace entender…

—Flavia se llama, ¿no?

El restaurante italiano, llamado Ameglia, tuvo mucho éxito en Sorrals. Efectivamente, lo llevaba una chica italiana, guapa, muy simpática, que parloteaba una divertida mezcla de italiano, catalán y castellano, y que cocinaba como los ángeles. Al restaurante los vecinos del pueblo lo conocían como Casa Amelia, convencidos de que ése era el nombre de la chica. En realidad, la chica se llamaba Flavia, y Ameglia era el nombre del pueblo donde había nacido, en la región de Liguria, al norte de la península italiana. Pero, para algunos, a pesar de las explicaciones de la encantadora Flavia, el restaurante siguió siendo Casa Amelia para siempre.

Como el restaurante estaba a pie de mar, muy cerca de la casa de la playa, los Balart lo frecuentaban. A los cuatro les gustaban la pasta fresca y la hospitalidad de Flavia, que a veces terminaba sentándose a su mesa a tomarse una copita de *limoncello* al terminar de cenar. Así supieron que su pueblo, Ameglia, no era muy distinto de Sorrals. Junto al mar, aunque situado en lo alto de una colina, de unos cinco mil habitantes, con una playa abierta y un pequeño puerto deportivo. *«E molti pettegolezzi»* —mucho cotilleo—, añadía Flavia, poniendo los ojos en blanco.

También supieron que Flavia era la mayor de seis hermanos y que echaba mucho de menos a su familia. Por eso, decía, le gustaba la mesa de los Balart, cuyas risas y peleas le recordaban tanto a las comidas en casa de sus padres. Tenía treinta y dos años y una risa

contagiosa, unos ojos enormes de color avellana tostada y una voz gruesa con la cual soltaba sus expresivos *«grande!»* cuando Aleix soltaba un comentario divertido o *«brava!»* cuando Ía expresaba su opinión rotunda sobre cualquier cosa.

En verano Andreu había decidido estudiar un máster en gestión de contenidos digitales, sobre todo enfocado a bibliotecarios, que empezaba en septiembre y que ocupaba el último trimestre del año al completo. Cuando supo que el curso le obligaría a comer tres días a la semana en Barcelona, tuvo pocas dudas a la hora de organizar la intendencia familiar.

—Los lunes, los miércoles y los viernes comeréis en el Ameglia —anunció.

Grandes gritos y aplausos. El más entusiasmado era Aleix, auténtico fanático de la cocina de Flavia. El chico hizo callar con contundencia a su hermana mayor, que se ofrecía tímidamente a preparar la comida:

—Pero ¿qué dices? ¿Quieres hacer el favor de callarte?

Y así fue como el Ameglia se convirtió en un segundo comedor de los Balart y Flavia pasó a ser prácticamente una más de la familia. Ella y su *pesto genovese*, sus *risotti*, su *marmellata di fragole*, el *pandoro* de Verona y sus *canestrelli*, las galletas típicas de Liguria, blancas y perfumadas, rebosantes de calorías.

A mediados de octubre, Andreu organizó un encuentro en su casa para despedir la temporada de las cenas al aire libre e invitó a Flavia para agradecerle su simpatía y su hospitalidad con los niños. También estaban Júlia, Ernest y sus hijas. Júlia observaba perpleja a la esbelta italiana de ojos formidables que iba y venía, halagaba con grandes aspavientos los ciclámenes rosas que adornaban el jardín, jugaba con las niñas y —si convenía— se revolcaba sobre la hierba. Resultaba gracioso y enternecedor ver cómo Ía se empeñaba en poner de manifiesto la intimidad que existía entre Flavia y ella, como si defendiera una propiedad privada en cuanto veía que la chica le hacía una caricia a Valentina o acogía con demasiada risa una broma de Emma.

—Es evidente que a Ía le ha robado el corazón…

Júlia, Ernest y Andreu estaban sentados en el porche con una copa de vino, contemplando los juegos de Flavia y los más jóvenes.

—… Y quizá haya robado algún otro… —dijo Ernest con una

sonrisa mientras le propinaba un codazo a Andreu en las costillas.

—¡Pero qué dices, hombre! Si es una niña… —saltó Júlia al tiempo que Andreu balanceaba la cabeza y se frotaba la barba.

Pero, en ese momento, justo cuando Flavia se incorporaba y se quitaba las briznas de hierba que se le habían quedado pegadas al pelo, otra que se le había metido en el escote y se sacudía los vaqueros, Júlia la vio con otros ojos. Quizá no fuera tan joven. ¿Qué edad debía de tener? ¿Treinta años? Fuera como fuese, por edad estaba más próxima de Violeta que de su padre. Y en cambio… Júlia la contempló mientras Flavia subía lentamente los tres escalones para reunirse con ellos: la sonrisa generosa, el andar ondulado y esa voz grave y aterciopelada con la que agradecía la copa de vino que le ofrecía Andreu.

Cenaron escalivada con queso de cabra, salmón marinado, alcachofas rellenas de jamón, cigalitas con cebolla, ensalada de arroz y pastel de cabracho. Flavia aplaudía y soltaba sus *«grande!»* después de probar cada uno de los platos y los chicos sonreían, ufanos, porque todos habían ayudado a prepararlos para ella. Ya durante el postre, Flavia entró en la casa a buscar su *tiramisú speciale*. Estaba delicioso.

—¿Por qué es especial? —preguntó Violeta, saboreando todavía la dulzura del mascarpone mezclada con la amargura del café.

—Porque es mío: ¡el tiramisú de Flavia! —dijo la italiana entre risas.

Y Júlia fue incapaz de contener una pequeña sensación de rechazo que acababa de nacerle muy adentro, entre las costillas y el hígado.

Hacia medianoche, los más jóvenes empezaron a irse a la cama y Flavia dijo que también tenía que marcharse. El día siguiente, domingo, era el de más trabajo en el restaurante. Fue Júlia quien pidió a su marido que la acompañara.

—Mientras tanto nosotros recogemos. —Miró a Violeta, que bostezaba—. Vete a dormir, cielo. Ya lo hacemos nosotros.

Así, en el silencio de esa noche de octubre, Andreu y Júlia empezaron a hacer viajes del jardín a la cocina, de la cocina al jardín. Se cruzaban, cargados de platos y de vasos, y sonreían, y así, sin más, Júlia se encontró pensando qué pasaría si, en una de esas entradas y salidas, Andreu la abrazara. La idea la incomodó tanto

que dejó la carga que llevaba encima del mármol y salió al porche para sentarse en el banco durante un instante. ¿A qué venía eso ahora? ¿Era quizá por la presencia de Flavia? ¿Podría ser simplemente que estuviera celosa? ¿O era porque hacía meses, quizá años, que no deseaba que su marido la abrazara? Andreu se sentó a su lado en silencio. El aire de la noche era tan dulce, el silencio tan denso… sería tan fácil… y tan difícil…

—Gerard es un encanto —dijo entonces Júlia—. ¿Te gusta?

—Todavía no lo conozco mucho, pero veo muy contenta a Violeta… —contestó Andreu.

Y de pronto ya volvían a ser Andreu y Júlia, los de siempre, los amigos, hijos de amigos y padres de amigos, y Ernest entró al jardín y se acercó despacio a ellos. Júlia le miró mientras se acercaba, iluminado por los faroles, y lo vio un poco envejecido. Andaba con la espalda ligeramente encorvada, y aquel cuerpo atlético de hacía unos años había cedido, más redondeado ya, más abandonado. El pelo gris y más escaso. A pesar de todo, todavía conservaba ese porte infantil de niño de buena familia que probablemente la había enamorado. Qué ironía. Hijo de una indigente. Y, por enésima vez, mientras su marido le hacía un gesto de «ven, vamos a casa», Júlia pensó si el episodio de la madre biológica de Ernest era el desencadenante de su desenamoramiento o si sólo le había ayudado a aclarar las cosas o a reconocer lo que hasta entonces no había querido ver. Al fin y al cabo, la reacción de Ernest era comprensible y ella no era nadie para juzgarle. Pero, entonces, ¿por qué había ido alejándose de él hasta llegar donde estaba, tan distante? Tan lejos de la persona que tenía más cerca, su compañero de viaje, el padre de sus hijas. Se levantó del banco, tomando la mano que él le ofrecía, y el contacto tibio de su piel le resultó familiar.

La familiaridad le pareció tan reconfortante que se cogió del brazo de su marido y echó a andar con él hacia la gran puerta de hierro y, probablemente por primera vez en su vida, se le ocurrió que quizá no le convenía ir tan a menudo a la casa de la playa.

Oyó la voz de Andreu despidiéndose de ellos y el portalón, con el relieve de la B gigante, se cerró a su espalda.

Reproches y derivas

El día 20 de diciembre de ese año, cuando volvía a Sorrals desde Barcelona con el certificado del máster en la cartera, Andreu tuvo un accidente con el coche y dio dos vueltas de campana enteras. El vehículo fue declarado siniestro total y él se rompió la tibia y el peroné de la pierna izquierda. Solamente.

Después del impacto, el coche quedó pegado a la cuneta y él, con gran esfuerzo, y arrastrando la pierna, consiguió salir del vehículo y apartarse un poco. Le dio miedo que se incendiara. Se quedó sentado en la hierba un rato esperando a que alguien se detuviera a ayudarle. Probablemente no transcurrieron más de diez minutos, pero le bastó para recuperarse del espanto, darse cuenta de que podría haberse matado en el accidente y tomar una decisión.

Ésa podría haber sido la noche de su muerte. Fue plenamente consciente de eso en el primer segundo, cuando de pronto se vio dando vueltas de campana dentro del coche y magullándose el cuerpo por todas partes. No sabía a ciencia cierta qué había ocurrido, pero seguramente se había quedado dormido. Si en ese momento hubiera aparecido otro vehículo en sentido contrario, habrían chocado frontalmente. Se habría matado y quizá también habría matado a alguien. Pero en ese momento no estaba por la labor de pensar en esa hipotética víctima. Pensaba en él y, sobre todo, en sus hijos. De haber muerto en el accidente, sus hijos, que ya habían perdido a su madre siendo muy pequeños, se habrían quedado huérfanos del todo. Aleix sólo tenía catorce años. Ía, doce. Violeta tenía dieciocho, los mismos que él cuando su madre había muerto en un accidente de tránsito, la noche de San Juan de 1979. No podía tolerar que sus hijos volvieran a sufrir una pérdida fundamental, y… a pesar de todo, acababa de comprobar que eso era algo que escapaba a su control. En cambio, sí podía evitar que

se quedaran solos.

Al día siguiente del accidente, cuando Flavia fue a verle, llorosa y asustada, con un *pandoro* de mantequilla recién hecho, Andreu le pidió que se casara con él. Y ella dijo que sí.

Los meses anteriores, mientras la intimidad entre Flavia y Andreu mostraba los primeros brotes y anunciaba sus flores, el matrimonio de Júlia y Ernest había empezado a enfermar hasta perder peso, grosor y consistencia. Entre los dos se había instalado una frialdad que era peor que cualquier conflicto. No había peleas ni discusiones, ni una gota de pasión. Los días no sabían a nada; las noches se deslizaban, viscosas, entre las sábanas. Así las cosas —sin gritos, sin lloros, sin sal ni pimienta—, la separación era una opción desdibujada, guardada en el fondo de un cajón, pero que nunca llegaba a concretarse. Creían que, mientras estuvieran juntos, sus hijas estarían más protegidas y quizá ellos también. Ninguno de los dos se veía con ánimos de digerir el revuelo que una noticia como ésa provocaría en Sorrals. Diríase que se habían resignado a vivir así, sin amor, como el enfermo que olvida dócilmente los placeres de la comida sabrosa.

Júlia, sin embargo, echaba de menos la antigua complicidad con su marido, la amistad confortable de Selma y también, cuando Andreu se casó, el tiempo y el espacio para la confidencia con él, lógicamente menos disponible. Necesitaba un interlocutor próximo, que la conociera y que fuera capaz de entenderla, y quizá por eso se sintió empujada a recuperar —¿o quizá a establecer?— un vínculo más estrecho con su hermana. ¿Por qué no se habían sentido nunca demasiado cercanas la una de la otra? ¿Por qué Ruth y ella no habían creado un vínculo tan valioso como el que había entre su madre y su amiga Elvira? Recordaba haberlo comentado hacía años con Selma. Empezó a llamar más a menudo a Ruth y a proponerle que se encontraran para tomar un café. A su hermana el cambio no le pasó desapercibido:

—¿Qué mosca te ha picado para que me llames tanto?

Siempre había sido arisca, pero ahora Júlia se había propuesto como un reto ignorar sus tonterías, las respuestas bruscas y la falta de tacto, y empezar una nueva etapa. Eran hermanas y se llevaban pocos años. Seguro que encontrarían la forma de congeniar más.

Lo había hablado con su padre, que no lo veía muy claro:

—Eres una imprudente. Tenéis una buena relación, cordial, aunque no sea íntima… nunca lo ha sido, ni siquiera cuando erais pequeñas. ¿Para qué quieres forzarlo? Son ganas de buscarte problemas…

Pero Júlia hizo caso omiso de la voz de la experiencia. Ya hacía años que la cuestión de su hermana era como una piedra en el zapato. Ella era una persona afectuosa y simpática, capaz de construir relaciones profundas y muy gratificantes: su padre, su hermano, Andreu, Selma. Además, con el paso de los años, la frialdad con su hermana se había ido consolidando y, por tanto, se había intensificado. Actualmente tenía una relación más fluida con la esposa de su hermano o con Flavia que con Ruth. Y eso no podía continuar.

—Esa tendencia tuya a no admitir las cosas como son… —le advertía su padre.

Cuando las dos hermanas Reig se encontraban —siempre a propuesta de Júlia—, quedaba de manifiesto la distancia que separaba los mundos de ambas, que habían nacido tan próximos y que ahora orbitaban en universos distintos.

Júlia tenía cuarenta y siete años, un matrimonio de trece que no pasaba por su mejor momento y dos hijas próximas a la adolescencia. Su gabinete de psicología —que tenía a medias con su hermano— funcionaba de maravilla. Invertía en él horas y esfuerzos, y obtenía a cambio mucha satisfacción y un sueldo razonable. Como Ernest también se ganaba bien la vida, habían dejado el pequeño piso que estaba encima del centro y se habían comprado una casa en primera línea de mar, cerca de los Balart y de la playa (naturalmente, en Sorrals las malas lenguas decían que el alcalde la había comprado a un precio ridículo a cambio de algunos favores al promotor).

Ruth estaba a punto de cumplir los cuarenta y tres. Todos —incluida ella— empezaban a pensar que quizá su soltería estaba a punto de dejar de ser provisional y voluntaria. Había tenido algunas relaciones que no habían durado más de un año. La mayoría de los hombres con los que había salido eran de Barcelona o de algún otro pueblo —ninguno de Sorrals— y su familia prácticamente no los había conocido. Algún almuerzo esporádico de domingo, algún

cumpleaños. Visto y no visto. Ya hacía más de dos años que no hablaba de nadie en concreto. Los fines de semana seguía yéndose a Barcelona para ir al teatro o a ver una exposición con alguna amiga.

Gradualmente, un poco a trancas y barrancas, la relación fraternal fue ganando en calidez y en confianza, y los vecinos de Sorrals se acostumbraron a verlas juntas merendando en La Confitería o tomándose a mediodía una cerveza en el paseo del Mar. Y las conversaciones, que al principio arrancaban con dificultad, ahora fluían y se alargaban sin forzarlas. Como era de esperar, esas charlas sin rumbo concreto, que deambulaban de un lugar a otro, terminaban llevándolas a su infancia, a los recuerdos que compartían. Las dos parecían disfrutar rememorando la figura de su madre y añadiendo anécdotas al recuerdo, pequeños detalles de su carácter que completaban el retrato que guardaban en la memoria. Y así, entre las dos, se esforzaban por tejer el vínculo que tendría que haberlas unido desde siempre. La ausencia de su madre, la añoranza que todavía sentían, era lo más consistente que Júlia y Ruth tenían en común.

Inevitablemente, llegó la ocasión de hablar de la trágica noche de San Juan de 1979. Las dos así lo querían y, en cierto modo, se preguntaban por qué nunca lo habían hablado hasta entonces. Quizá se trata simplemente de dejar que pase el tiempo, creer ingenuamente en ese legendario reparador de heridas, hasta que llega el momento de admitir que la lesión está curada y ya no sangra, aunque siga presente. Es entonces cuando nace la necesidad de no dejar que la memoria se desvanezca del todo. No queremos perder los recuerdos, aunque duelan. Pequeñas punzadas que no permiten que el corazón se duerma del todo.

Sin saber exactamente cómo, las dos hermanas —ahora dos mujeres adultas— sintieron simultáneamente el afán de reconstruir esas horas amargas, un deseo de revivirlas sin el sufrimiento que en aquel entonces les había impedido seguir el hilo dramático de los acontecimientos.

—¿Estábamos poniendo la mesa cuando llamaron?

—¡Nooo! Ya habíamos terminado de ponerla. Estábamos sentados debajo del sauce… ¿No te acuerdas? Sonó el teléfono y Andreu corrió dentro porque creía que no llegaba a tiempo…

—¿Sí…? La verdad es que creo que ni me di cuenta de que sonaba el teléfono. No lo recuerdo. Ni que Andreu fuera a cogerlo… ni que volviera donde estábamos. Sólo recuerdo que hablábamos y bromeábamos, tan tranquilos, ¡y de repente te echaste a llorar como una loca! Creí que te había picado una abeja.

Mmmm. Ese tono. «Te echaste a llorar como una loca». Ni una pizca de compasión ni de ternura, como si ella fuera realmente una histérica que llorara por cualquier cosa.

—Me eché a llorar porque vi la expresión de Andreu y le vi tan pálido que creí que iba a desmayarse… y supe que algo terrible había pasado.

—Tú siempre tan intuitiva.

—…

—Tampoco sé exactamente lo que dijo. ¿Cómo lo dijo? «¿Ha habido un accidente?». «¿Ha ocurrido una desgracia?».

—No lo sé. A partir de ese momento actué como un autómata, prácticamente no me acuerdo de nada: sólo de la desolación de la mesa puesta para San Juan antes de cerrar la puerta del jardín.

—Lo peor fue no habernos podido despedir de mamá. Bueno, sí, claro, nos abrazó cuando se fueron de viaje… Pero, ahora que lo pienso: tú hablaste con ella ese día, ¿no?

La pregunta llega de prisa, como una flecha disparada por un arquero experto, y se clava con precisión en el corazón de Júlia, que al instante empieza a sangrar. Ha ocurrido: la herida abierta de par en par una vez más.

Sí, ella había hablado con su madre esa misma tarde. Habían llamado para confirmar que llegaban a cenar y para darle las instrucciones necesarias. Pero ella prácticamente no la había escuchado. Quería que le dieran permiso para ir a una verbena en Santa Coloma de Farners. ¡Iban todos sus amigos! Su madre se mostró inflexible. Ni hablar. No quería que fuera en coche en una noche como ésa, que todos iban bebidos. ¡Y además ellos volvían para celebrar su cumpleaños! De ninguna manera. Júlia levantó la voz para protestar. Su madre le advirtió: «No me hables así». Ella, ofuscada por la rabia, colgó. Ése había sido el último contacto con su madre, el dolor que conservaría en lo más íntimo, endurecido como una piedra para siempre.

Y después de ese dolor, llegó otro: el recuerdo se acerca como

un globo inflado hasta plantarse delante de ella. Ruth y ella ponían la mesa —antes de que sonara el teléfono, antes del accidente, antes de todo— e Ignasi dijo que tenía ganas de que llegaran sus padres para ver qué regalos les traían. Y entonces su hermana le preguntó, con una voz más infantil de lo habitual:

—¿Y tú, Júlia? ¿No tienes ganas de ver a mamá?

Y ella, Júlia, que en ese momento doblaba servilletas con parsimonia y las colocaba dentro de las copas, sintió una rabia tan aguda que tuvo una pequeña arcada, como si el odio fuera a salirle por la boca en forma de veneno. Porque Ruth había oído la conversación telefónica horas antes, la había oído a ella, a Júlia, levantar la voz y colgar. Por eso se lo preguntaba, para fastidiarla.

Ahora, casi treinta años más tarde, sentada delante de su hermana, procura tragarse el despecho, que le deja un regusto amargo en la boca. Toma un trago de cerveza, pero la amargura persiste. Intenta disculpar a Ruth: ella no sabía que pasaría lo que pasó. No sabía que ésa sería la última vez que hablaría con su madre. No lo sabían ni Ruth ni ella. Ojalá lo hubiera sabido. No le habría colgado el teléfono. Le habría dicho que la quería mucho. Qué estupidez: ella nunca le decía a su madre que la quería. No se lo había dicho nunca. La idea le recorre la columna vertebral como un calambre.

Se levanta y retira bruscamente la silla. La hermana la mira, impasible. No pregunta. Las dos saben que han descubierto uno de los motivos de esa desavenencia que los años han mantenido viva. Y que quizá no sea la única.

Últimamente el aire de la casa de la playa estaba siempre impregnado de fragancias nutritivas: albahaca, tomates secos, escalonia, ajo, pecorino, azafrán, orégano, gorgonzola. Como un pequeño rincón de Liguria en una cocina de Sorrals.

Desde la boda, el restaurante Ameglia tenía un nuevo chef, Sebastián: cien kilos, nacido en Banyoles, el mejor pesto que Flavia había probado en su vida… después del suyo. Sebastián y Flavia se repartían los turnos y así ella podía comer o cenar en casa prácticamente a diario.

Aleix a menudo entraba en casa olisqueando exageradamente e intentando acertar, plantado en el porche, el menú del día: «¿Lasaña

de berenjenas? ¡Ah, no! ¡Espera! Es *risotto* de verduras, ¿no? ¿He acertado?». El afecto entre el chico y la italiana había nacido en el camino que une el paladar y el estómago y, claro, aumentaba con el paso de los días. A sus diecisiete años, Aleix seguía siendo alocado, demasiado impulsivo, poco constante, y sólo gracias a la severa vigilancia de su padre había conseguido —estaba consiguiendo— acabar el bachillerato. En septiembre, si todo iba bien, empezaría a estudiar veterinaria. Como cuando era niño, decía a menudo que le interesaban más los animales que las personas.

Violeta estaba a punto de terminar filología inglesa, como Gerard, y habían decidido irse a Londres en cuanto tuvieran el título. Andreu no sufría por ella. Su hija mayor era valiente y a la vez sensata, vital y optimista, como su madre.

En cuanto a Ía… Ía tenía catorce años y era tozuda y rebelde, como correspondía a su edad. Lo cuestionaba todo, siempre quería tener la última palabra y le resultaba extremadamente fácil conseguir que su padre dejara lo que tuviera entre manos —incluida Flavia— para atenderla. *«Brava…»*, decía Flavia, como cuando Ía era pequeña. El calificativo era el mismo, pero el tono no.

Cuando Ía notaba que había tensado demasiado la cuerda, desaparecía tardes enteras en casa de su amiga Emma. A menudo llamaba diciendo que pasaría la noche allí. Eso a Flavia, en vez de liberarla, la enfurecía.

—Lo único que quiere es dejar en evidencia que en casa de Júlia está mejor que aquí, con nosotros —decía Flavia. Decía «con nosotros», pero quería decir «conmigo».

Andreu callaba porque sabía que no le faltaba razón. Pero no veía nada malo ni extraño en el hecho de que Ía pasara todo el tiempo que quisiera en casa de su amiga Emma. ¿Dónde iba a estar mejor que con Júlia? Júlia la conocía muy bien y sabía cómo reconducir la obstinación de aquella criatura rebelde y lenguaraz. Negociaba con ella, razonaba hasta la extenuación, le tenía una paciencia sin límites. Sabía reconocer en ella las virtudes —inteligencia y creatividad— y consideraba que ejercía una buena influencia sobre su hija Emma, de naturaleza más apática.

Así que en casa del alcalde había a menudo mucha presencia femenina: Emma e Ía, inseparables a pesar de las constantes peleas, Júlia y Ruth, que nunca se peleaban pero que, en cambio, no

conseguían salvar la distancia que las separaba, y la pequeña Valentina, la niña de los ojos verdes, tímida y a menudo aislada en un mundo privado que nacía en sus cuadernos de dibujo como de la nada, lleno de hadas de rizados cabellos, con coronas de flores, que soltaban polvo dorado cuando agitaban las alas, y sirenas con colas cubiertas de escamas.

Ernest, que pasaba poco rato en casa, era el único hombre en un universo femenino. Y la verdad era que conectaba con él de la misma manera que un alienígena intentaría establecer contacto con los humanos si los viera por primera vez: sin maña y con poco interés. No entendía que Júlia tuviera debilidad por la pequeña de los Balart, a la que encontraba demasiado descarada. Tampoco adivinaba las razones del repentino interés de Júlia por su hermana. Y, por descontado, no comprendía en absoluto la magia que desprendían los dibujos de Valentina, ni sabía cómo colarse en ese mundo fantástico en el que habitaba su hija menor. A menudo tildaba de extraño y de obsesivo su interés por la literatura fantástica. —Valentina leía horas y horas— o le parecía que algunas respuestas de la niña no eran usuales —demasiado sarcásticas— para su edad.

—Tampoco me parece que tú muestres demasiado interés por su mundo. —Ruth solía defender a su cuñado cuando Júlia se quejaba de su indiferencia por la familia.

—Tienes razón, lo admito: la política no me interesa nada.

—Pues con papá te pasas las horas hablando de política…

—Una cosa es la política y otra muy distinta esta cosa vulgar y miserable que es la política local. Que si te pongo la zancadilla, que si ése me la jugó y ahora se la devuelvo…

—¿Y cómo te crees que funciona en los niveles más altos? ¡Es un poco más sofisticada pero igual de miserable!

Las dos hermanas estaban en la cocina de Júlia, sentadas en un par de taburetes altos junto al mesón donde humeaban las tazas de café. La luz de media tarde se colaba sesgada por el ventanal apenas abierto, para aterrizar sobre el mármol, dibujando en él un mar de luces y sombras. Los haces de luz se llenaban al instante de motas de polvo.

Habían transcurrido un par de semanas desde el aperitivo que

habían tomado en el paseo del Mar, el día en que por fin habían hablado del accidente. El día que Júlia se había levantado y se había ido sin dar explicaciones. Ninguna de las dos había vuelto a referirse a lo ocurrido. Júlia pensaba que Ruth debía de creer que había huido porque los recuerdos la habían trastornado. A Ruth le parecía bien que Júlia pensara que era eso lo que ella creía. Ninguna de las dos quería estropearlo. Habían subido un escalón y no querían volver atrás.

Sin embargo, a veces las aguas subterráneas van haciendo su labor, filtrándose un día tras otro durante meses y años, llenando las fisuras de las rocas más permeables. Y de repente, cuando por algún motivo se perfora la superficie, el agua brota espontáneamente.

—Papá tiene una mirada más amplia, abre el foco, no se queda en la cosa local. La política internacional…

—¡No me digas! ¡Ahora resulta que un jubilado que lee el diario sabe más de política que un alcalde en activo que hace años que se dedica a ella profesionalmente!

—Puedes estar segura. Por eso me gusta hablar con papá de política y con Ernest no lo he hecho nunca. Papá analiza las causas, relaciona los conceptos… Ernest sólo habla de hacerle la cama al compañero de partido, de las pequeñas maniobras que le permitirán arañar un voto en el pleno…

—Tú y esa necesidad patética de estar siempre más cerca que nadie de papá.

La segunda flecha se clava junto a la primera, aunque sin provocar sangre. Júlia tiene el corazón duro como una piedra, se le ha endurecido de repente con el tono agrio que ha utilizado su hermana.

¡Así que era eso! Lo había tenido delante de sus narices todos esos años… ¿Qué clase de psicóloga de pacotilla estaba hecha? Jamás se le había ocurrido que las dificultades de su relación con Ruth nacieran de ahí, de unos simples y vulgares celos entre hermanas.

—¿Estás celosa? —La pregunta ha brotado espontáneamente (como un manantial), sin rencor, sin dolor, aséptica—. ¿Estás celosa?

Ruth la recibe abriendo un poco más los ojos y echándose un

poco hacia atrás.

—Ahora ya no. Al principio sí, mucho.

—¿Al principio?

—Cuando murió mamá, cuando tú le hiciste creer a papá que allí donde ella faltara estarías tú. Cuando nos apartaste, a Ignasi y a mí, a codazos para poder colocarte a su lado, muy cerca, más cerca que nadie.

—Pero, Ruth, no digas tonterías… Yo era la mayor, era lógico que..

La voz de su hermana corta en seco sus razonamientos como una daga:

—Da igual. Ya no importa. Al fin y al cabo… ahora soy yo la que vive con él.

Y, finalmente, a Júlia se le ablanda el corazón. Se le ablanda y se empequeñece, se arruga, pierde fuelle. ¿Es posible que su hermana no se haya ido de la casa de su padre por eso? ¿Que haya renunciado a su independencia, a una relación de pareja estable, para poder escupirle esa verdad a la cara? Ahora es ella la que vive con su padre, está más cerca de él que nadie.

Por segunda vez, la conversación entre las dos hermanas terminó bruscamente, pero esta vez fue Ruth la que se levantó y se marchó. Júlia se quedó durante un buen rato donde estaba, en la cocina de su casa, sentada, quieta, sola y en silencio. Por la ventana veía balancearse las ramas de las acacias. Más allá, el cielo muy azul había quedado partido por el rastro blanco de un avión, que iba deshilachándose hasta dibujar pequeños copos. Pensó: «Parece mentira. Parece mentira que el paso poderoso de un avión se deshaga en seguida y que haya rastros que cueste tanto borrar».

Se levantó cuando oyó la llave en la cerradura y los pasos de Ernest que se acercaban.

—¡Hola!

Un beso fugaz en la mejilla, un amago de sonrisa, y se desploma en la silla con un exagerado gesto de cansancio.

—¿Estás cansado?

—Muerto. No tardaré en acostarme.

—Pero… Ernest… he preparado la cena… ¡Es tu cumpleaños!

Ernest se levanta y sale de la cocina mientras va aflojándose el nudo de la corbata. Desde el pasillo, dice con tono asqueado:

—Te dije que no quería volver a celebrarlo.

Lo había dicho tres años antes, poco después de la inesperada visita.

—¿Quién sabe qué día nací de verdad? Mis padres me recogieron de las monjas el 29 de mayo y, como solo tenía unos días, decidieron que celebrarían mi cumpleaños el 25. Pero no es más que una convención. ¿Quién sabe cuál es realmente el día de mi cumpleaños?

Júlia quiso convencerle.

—¡Lo has celebrado toda la vida el 25 de mayo! Tu madre se va a llevar un disgusto…

Nada. Al año siguiente una nueva negativa. Y éste, vuelta otra vez. Ha desaparecido hacia el dormitorio y ella se queda en la cocina, vencida, desangelada, pensando en Ernest y en Ruth. De pronto le ha parecido que entraba por la ventana un aire gélido, impropio de finales de mayo. Se levanta y la cierra. Pero el frío le sale de dentro.

Ese año, quizá por primera vez en su vida, no le apetecía celebrar San Juan. Aun así, para no estropearles la noche a los demás, habló con Flavia para organizar la cena, encargó las cocas y preparó tortillas de calabacín y cebolla (su especialidad, que ahora parecía tan modesta al lado de las exhibiciones de la italiana). Incluso se compró un vestido nuevo de camino a casa, un vestido de tirantes de color mandarina que le resaltaba el bronceado de la piel.

—¿Es nuevo? —preguntó distraídamente Ernest cuando ella, mirándose en el espejo de cuerpo entero de la habitación, le pidió su opinión.

Sorprendentemente su marido había llegado temprano a casa y podría ayudarla a cargar con las bolsas para ir a la casa de la playa. Emma también estaba preparada, con su top blanco y la falda de blonda. Por primera vez, tenía permiso para ir al casino cuando se terminara la cena.

—¿Y Valentina? —preguntó su padre.

—No lo sé. ¡Valentinaaaaa!

—No grites y ve a buscarla.

Justo entonces apareció en la cocina una pequeña hada de cuento. Llevaba una túnica de retales de telas sedosas y brillantes,

azules, lilas y malvas. El pelo rubio recogido con cintas de plata y los párpados llenos de purpurina. Cuando abría y cerraba los ojos, caían sobre sus mejillas pequeños puntos luminosos. Se quedaron unos segundos en silencio y la niña, risueña, se volvió de espalda.

—¡Mirad! ¡Mirad!

Llevaba unas alas blancas pegadas a los hombros. Cuando movía las escápulas, las alas subían y bajaban. Júlia la recordó entonces dibujando y recortando el cartón delgado de la caja de unas botas que se había comprado su hermana. Para dar más realismo al conjunto, a las alas les había pegado plumas que. —Júlia se lo temió— tenían todo el aspecto de ser de paloma.

Júlia y Emma exclamaron unos «ohhh» de admiración y aplaudían, pero Ernest se acercó a la niñahada y la agarró del brazo.

—¿Adónde crees que vas? ¿Pero tú te crees que estamos en carnaval?

Júlia intervino rápidamente:

—Valentina, ¿de dónde has sacado todo esto?

—Hace mucho tiempo… meses, que lo recojo… los retales estaban en una bolsa de plástico, cerca del contenedor de la plaza Mayor, las alas las he hecho yo y… —Los ojos verdes se encienden y se aclaran, como si un rayo de sol atravesara las ramas de un hayedo umbrío—. ¿Veis las plumas? He ido guardando todas las que encontraba por la calle…

Su padre le soltó el brazo con un gesto brusco y una mueca. ¡Las plumas de paloma que hay en el suelo, sucias y quizá llenas de enfermedades! Qué asco. Salió de la cocina cargado con las bolsas con el vino y el cava. Júlia y las niñas le siguieron en silencio.

—Cojo el coche. No quiero ir cargado hasta allí a pie. —Tenía voz de estar muy enfadado, las niñas en seguida se dieron cuenta.

Júlia miró de reojo a sus hijas, que se habían quedado quietas cerca del coche, sin hacer amago de subir. La menor tenía los ojos llenos de lágrimas, agua verde.

—Mamá, nosotras vamos a pie.

Emma cogió a su hermana de la mano y echó a andar. Las vio alejarse y en seguida estalló:

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿A cuento de qué viene esto de Valentina?

Ernest metió la llave en el contacto, pero no puso en marcha el coche. Suspiró ruidosamente y miró a Júlia con la expresión de un detective de serie B que está atando cabos para conseguir resolver un caso difícil:

—Esta niña es rara.

Júlia no pudo disimular la náusea.

—Pero ¿qué dices?

—¡Que es rara! Hace cosas raras, hace tiempo que te lo digo.

La indignación no la dejaba hablar. Él insistió:

—No quieres verlo… Vive en su mundo, se aísla, siempre en silencio, dibujando, y ahora ese disfraz… No sé a quién se parece.

Por un momento a Júlia se le escapó una sonrisa: así que es eso, qué típico, cuando los hijos hacen algo que no nos gusta es que se parecen al otro… Pero de pronto su expresión cambió. Había detectado un tono de desprecio en las palabras de su marido que la puso en alerta.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso. Que hace cosas raras. ¿O te parece normal rebuscar en la basura?

Júlia no dijo nada. Lo entendía, había captado el mensaje oculto en esas palabras y también el tono despectivo. La niña podría parecerse a su madre, a la de Ernest, la indigente, la tarada, la rara.

Circularon en silencio durante el par de minutos que duraba el trayecto. En el jardín de la casa de la playa estaba la mesa puesta, el largo mantel arrastrándose sobre la hierba húmeda y los farolillos de colores. Una noche de San Juan más.

Una palmera, tres cipreses

—Entonces ¿qué planes tenéis para Fin de Año?

Ruth había pasado por el centro de psicología para llevarle un libro a su hermano. Ignasi se encogió de hombros e hizo un gesto que aproximadamente quería decir: «No lo sé, estas cosas las decide Anna».

—¿Por qué no venís todos a casa? A papá le gustaría.

Júlia miró a su hermana intentado disimular su estupefacción. ¿Ruth organizando un encuentro familiar? ¡Eso era inédito! ¡Insólito! Aceptó la propuesta entusiasmada y en seguida, antes de que se arrepintiera.

—Es una buena idea. Además, le debemos una: por su cumpleaños no hicimos nada especial.

—¿Cuántos cumplió? —preguntó Ignasi. De los cumpleaños tampoco se ocupaba él. Eso lo controlaban sus hermanas…

—Setenta y siete.

—¿Setenta y siete? ¿Estás segura?

Júlia asintió antes de responder:

—Segurísima. Tenía veintisiete cuando nací y este año cumplo cincuenta. —Sus hermanos la miraron y sonrieron disimuladamente —. No es necesario que me deis el pésame, no pasa nada…

Ignasi le dio un beso a cada una y cogió el libro, una carpeta…

—Habla con Anna y dime si vendréis a cenar y cuántos seréis, ¿quieres?

—Sí.

La puerta se cerró con un golpe seco y Ruth soltó un suspiro:

—No lo soporto.

—¿Qué es lo que no soportas?

—Lo de Ignasi, esa forma de ir por la vida: no sé qué edad tiene papá, no sé qué haremos para Fin de Año... Como si fuera un pobre

bobo que no se entera de nada, o peor, un caradura al que nada le importa.

—Mujer, dicho así..

—Es la verdad.

—Puede ser, pero tampoco creo que sea tan grave. Sólo es un poco despistado, y como Anna siempre se le adelanta… Hay muchos matrimonios que funcionan así. No son los únicos.

—No sé cómo lo soportas… Seguro que aquí, en el centro, hace lo mismo…

—Qué va. Es muy responsable. Está siempre enterado de todo.

—Ya, seguro.

Un «seguro» sarcástico que a Júlia le sonó mal. Se puso el abrigo y paseó una mirada por la habitación.

—¿Lo llevas todo? Apago la luz, ¿vale?

Dicho y hecho. Y así, a oscuras, mientras Júlia iba a encender la luz de la escalera, su hermana dijo:

—Estoy segura de que como socio no es ninguna maravilla. Aunque, en fin... tú te lo buscaste.

Júlia pulsó el interruptor y parpadeó. Vio el rostro airado de Ruth y se preguntó, una vez más, de dónde le nacía ese rencor.

—Ignasi es un buen socio. Nos entendemos muy bien.

—Ah, sí, claro. Tú te llevas muy bien con papá y también con Ignasi. La cuestión es ignorarme.

Esta vez Júlia no respondió. Empezó a bajar la escalera sin mirarla. Ni siquiera había notado el impacto de esa última flecha, aunque la sentía clavada en mitad del pecho como una molestia indolora.

Cuando llegaron a la calle, se acercó a su hermana para darle un beso en la mejilla:

—Pues ya me dirás lo que quieres que llevemos para Fin de Año, ¿te parece? Iremos los cuatro.

El aire de diciembre era gélido. Sorrals languidecía bajo un cielo sin luz que amenazaba lluvia, pero no acababa de decidirse. Júlia dejó a Ruth allí sola, tenuemente iluminada por la luz de una farola, y echó a andar con la barbilla hundida en el cuello del abrigo. Cualquiera diría que la lista de agravios de su hermana no tenía fin.

Finalmente, para Fin de Año se reunieron un numeroso grupo en

casa de Valentí: los hermanos Reig con sus familias y los Balart sin Violeta, que había vuelto de Londres, pero cenaba con la familia de Gerard.

Mientras distribuía sobre la mesa la ensalada de *foie*, los rollitos de salmón rellenos de cangrejo y de huevo duro y el rape alangostado, Júlia observó, sorprendida, que de todos esos platos ni uno sólo era italiano. Flavia, según contó Andreu, estaba tan agotada de trabajar en el restaurante que, cuando por fin salía, no le quedaban ganas de cocinar. Justo en ese momento la italiana se sentó delante de ella a la mesa y Júlia se fijó en su rostro, que, aunque joven todavía, mostraba evidentes signos de agotamiento. Más que cansancio físico, lo que vio en ella fue una lasitud nueva, entre el enfado y el aturdimiento, como si estuviera abrumada por el alboroto, el movimiento de sillas, el tintineo de los cubiertos y las voces solapadas.

«¿En qué quedamos?», pensó Júlia, ligeramente irritada. «¿No te gustaban tanto estas cenas llenas de alboroto porque te recordaban a las de tu casa?». Flavia parecía aturdida por el ruido y por las risas. Daba la impresión de que el comedor de la casa de Valentí, lleno de gente y con todo aquel alegre griterío, era el último sitio en el que a Flavia le apetecía estar.

En cambio ella, Júlia, estaba contenta y paseaba la mirada por la habitación con evidente satisfacción. Alrededor de la mesa estaban prácticamente todas las personas que quería. Agradecía especialmente que su padre, a pesar de algunos achaques propios de la edad, estuviera tan activo y pudiera disfrutar de noches como ésa. Miró a Ernest, que bromeaba con su hija mayor, como si la riñera por ir demasiado escotada. Emma se reía y apoyaba la cabeza en el hombro de su padre. Por enésima vez, Júlia pensó que los esfuerzos merecían la pena, que al fin y al cabo Ernest y ella estaban construyendo un proyecto que, a pesar de sus defectos, era lo suficientemente válido como para proporcionar confianza y felicidad a sus hijas. Mientras encendía las velas, se formuló el primer propósito para el año que estaban a punto de empezar: volver a mirar a Ernest con los ojos de antaño, esos que la llevaban a fijarse en las cualidades y a pasar por alto los errores, que la ayudaban a recuperar el viejo deseo de abrazarlo y de agarrarle la nuca con las dos manos. Cuando lo hacía, todavía sentía una

vibración oculta bajo muchas capas, que iba creciendo y reverberando hasta impregnarle la piel. Sería excesivo pensar que iba a volver a enamorarse de él, pero sí se veía capaz de reavivar el afecto… Si soplaba esforzadamente, las llamas renacerían.

En el otro extremo de la mesa, Aleix, como siempre, empezaba a alborotar el gallinero. Se había sumado a las críticas burlonas de Ernest y le tomaba el pelo a Emma por su exceso de rímel y de colorete y por la brevedad de su falda.

—Si yo tuviera dieciocho años, también enseñaría las piernas —dijo Júlia, guiñándole el ojo a su hija mayor—. Pero tengo unos cuantos más..

Andreu reaccionó como si le hubieran pinchado con una aguja. Se incorporó, con la copa en la mano, y propuso un brindis:

—Brindemos por el año nuevo, que será, para Júlia y para mí, ¡el de nuestros cincuenta años!

—¡Por los cincuenta!

—¡Por Júlia y por Andreu!

Después llegaron las campanadas, los gritos y los abrazos. La mesa quedó cubierta de confeti y los comensales conversaban con serpentinas de colores enredadas en el pelo. Fue entonces cuando Aleix anunció que ese verano pensaba irse a Dublín a aprender inglés.

—Como esto siga así, dentro de nada nos quedaremos solos —dijo Andreu a su mujer con una expresión cómica, entre la resignación y la euforia. Flavia sonrió débilmente mientras protestaba:

—¡Oye! ¡Que yo todavía sigo aquí!

—¿Y vosotras? ¿No os animáis? —Júlia miró a Emma y a Ía, que estaban sentadas a su lado con su primera copa de cava en las manos.

Poco a poco, los más jóvenes empezaron a marcharse. Todos, salvo Valentina, que se había quedado dormida en el sofá.

—¿Y nosotros qué hacemos? —Flavia interrogaba a su marido. No parecía una pregunta inocente, sino más bien exasperada.

Andreu se rió.

—¿Qué quieres que hagamos? Pues tomar una copa de buen cava muy frío y charlar un rato. Y dejar que pase la noche.

Pero Flavia no tenía la menor intención de dejar pasar la noche. Ni los días. No quería dejar pasar los días cocinando en el restaurante, cocinando en casa, engullida por esa familia que, al fin y al cabo, no era la suya. ¡Sólo tenía treinta y ocho años! A Júlia el mensaje le había quedado claro, pero Andreu no parecía haberlo entendido. «Tengo que hablar con él», fue el segundo propósito de año nuevo de Júlia.

Sin embargo, esa conversación no llegó nunca a producirse. Júlia no tuvo fuerzas para pensar en su segundo propósito, porque el primero fracasó estrepitosamente. Nada de antiguas y subterráneas vibraciones recuperadas: su relación de pareja hacía aguas. Durante los últimos años había funcionado como una fórmula que sumaba inercia y voluntarismo, una mezcla sobre la que se deslizaba la familia mientras todo iba razonablemente bien. Pero, inevitablemente, surgían conflictos, desavenencias, motivos de fricción. En ese momento en particular, a principios de año, los dolores de cabeza y los desencuentros giraban en torno a Valentina.

La niña soñadora que vivía en un mundo propio de fantasía era ya una adolescente. Y era además una niña estudiosa, inteligente y creativa, con pocas aunque buenas amigas, que conservaba todavía esa suerte de aislamiento, como si viviera en una campana de cristal. Si su madre y su hermana aceptaban esa actitud de guardar siempre cierta distancia, como si dibujara un círculo imaginario a su alrededor, no ocurría lo mismo con su padre, al que le irritaba sobremanera pues veía en ella una hostilidad manifiesta de la niña contra el resto de la familia.

Cuando el matrimonio hablaba del tema, las conversaciones solían terminar mal. Al referirse a Valentina, Ernest utilizaba a menudo términos que sublevaban a Júlia: conducta rara, personalidad extravagante, comportamiento anómalo, carácter estrafalario.

—Todo te extraña porque no has intentado en ningún momento conocerla mejor.

—Hablar con esta niña es imposible: lo sabe todo, siempre tiene a punto alguna respuesta sarcástica.

Se peleaban. Pero Júlia, en secreto, sin admitirlo ante nadie, creía que en la visión de Ernest había cierta dosis de verdad, aunque mal expresada. Valentina, que, según decían sus profesores,

de pequeña era una niña con capacidad de liderazgo, había ido cerrándose paulatinamente. Sus intereses eran cada vez más concretos y absorbentes y la alejaban del resto de los chicos y de las chicas de su edad. Iba a todas partes con sus libros de Nancy Arrowsmith o con el *Diccionario de las hadas* de Katherine Briggs; leía toda la documentación que encontraba en la red —la mayor parte en inglés— sobre ese mundo fantástico habitado por ninfas y duendecillos, y siempre llevaba encima su cuaderno de dibujo, en el que intentaba imitar las creaciones de Lola Anglada y de Apelles Mestres. Sus amigas de la infancia, como es natural, no tenían ni idea de quiénes eran Arrowsmith ni Apelles Mestres, ni ganas.

A Júlia le preocupaba un poco ese aislamiento, esas tardes enteras con la niña encerrada en su habitación, sumida en un absoluto silencio. Y también reconocía que Valentina había adquirido un sentido del humor mordaz que utilizaba sin piedad, más bien con condescendencia, con el resto de la familia. Especialmente, contra su padre.

A mediados de febrero ocurrió lo que algún día tenía que ocurrir. El estallido empezó como una discusión más. Ernest quería que Júlia y las hijas le acompañaran a la inauguración del polideportivo de Sorrals.

—Es el gran éxito de la legislatura. Este polideportivo nos hará ganar las próximas elecciones. ¡Y ha quedado impresionante! ¡Tenéis que verlo! Estarán también mis padres…

Las tres pusieron mala cara, pero Júlia en seguida rectificó:

—De acuerdo, niñas. Podríamos ir, ¿no? Tengo ganas de verlo.

Emma se limitó a asentir mientras se encogía de hombros con un pensado aunque no formulado «si no hay más remedio…». Valentina se apartó el pelo de la cara:

—Yo no tengo ningún interés, papá.

Ernest saltó en seguida, como si acabaran de pincharle:

—¡Claro! Lo suponía.

Júlia quiso interceder:

—Pero el polideportivo es importante para Sorrals… Sí, ya sé que a ti no te gusta el deporte, Valentina, pero…

La niña, que seguía dibujando en su cuaderno mientras tenía lugar la conversación, detuvo el lápiz un instante y levantó el cuaderno delante de sus ojos, con el brazo estirado, como si esa

perspectiva fuera la más interesante del mundo, infinitamente más que la discusión.

—Lo mejor para Sorrals sería que no se hubiera construido, con la de millones que debe de haber costado. Con la crisis que hay y tú inaugurando pabellones…

Su padre la escuchaba, estupefacto. No era una argumentación propia de una niña de trece años. Júlia tampoco se lo podía creer. Y, en mitad de ese silencio, Valentina revolvió en su estuche, como si buscara un lápiz o una goma, pero sacó unas pequeñas tijeras de punta redonda, de las que se emplean para las manualidades, y tendió la mano hacia su padre.

—Toma, por si las necesitas para cortar la cinta.

Emma se tapó la boca con la mano, aterrada. Esperaba una reacción encendida por parte de su padre. Pero Ernest siguió mudo mientras Valentina recogía el estuche y el cuaderno y subía despacio al primer piso. La vieron desaparecer escaleras arriba todavía en silencio. Entonces, justo cuando Júlia había puesto una mano sobre el brazo de su marido con gesto conciliador, Ernest dijo:

—No sé de dónde ha sacado esa mala leche. A saber…

Júlia no dijo nada. Estaba delante Emma, su hija mayor, que no entendía la gravedad de la frase. No podía saber que Ernest volvía a pensar en sus orígenes oscuros y desconocidos, en esa mujer pobre, sucia y enferma, que había aparecido en la puerta de su casa hacía unos años. Su madre. Volver a oír, una vez más y después de tanto tiempo, ese tono de desprecio, y aplicado ahora a su hija, fue superior a sus fuerzas.

—Yo tampoco iré a la inauguración.

Esa red descosida y deshilachada que era su relación sufrió ese día un nuevo desgarrón. Enorme, difícil de zurcir.

Sin la intervención de Júlia, Andreu terminó por darse cuenta de que su mujer no pasaba por un buen momento. Cocinaba muy poco y, en el caso de Flavia, ése era un mal síntoma. De pronto, Andreu echaba en falta los días antes de que se casaran, cuando llegaba a casa y desde el jardín el aroma del pesto o de la carbonara le daban la bienvenida. Y recordó el momento en que entraba en la cocina y veía a Flavia ocupada, con el delantal ceñido sobre los vaqueros y el pelo recogido, dejándole la nuca a la vista. Cuando ella le veía,

esbozaba esa sonrisa rutilante y en seguida cogía la cuchara y le pedía que probara lo que tenía al fuego. Flavia, los hombros bronceados, la cola de caballo y un mechón de cabellos oscuros que se le habían escapado de la pinza, el sabor intenso de la cata, la luz de un tono amarillo dorado que entraba a raudales a la cocina. Sus sentidos alerta. ¿Cuántos meses hacía que todo eso había desaparecido?

Flavia estaba apagada, como si ya no tuviera ganas de cocinar, ni de hablar ni de escuchar la charla incesante de los hijos de Andreu. Su actitud resignada, sentada a la mesa, le inquietaba.

—¿Crees que podrías faltar unos días, tres o cuatro, al restaurante?

Flavia alzó la mirada y se encontró con la sonrisa de su esposo.

—Pues… sí, supongo que sí. ¿Por qué?

—Me gustaría conocer Ameglia.

Ahora ella también sonreía, como si Andreu le hubiera contagiado su sonrisa.

—¿En serio?

—Claro que sí. ¿Qué me dices?

Se fueron a principios de mayo y esos días en la costa de Liguria devolvieron la claridad a los ojos de Flavia. Andreu regresó a casa con los sentidos rebosantes de la belleza del paisaje, la ruidosa alegría de la familia Biasotti y los sabores vivos e intensos de la cocina italiana. Una noche, mientras cenaban en una pequeña *trattoria* de Manarola, con las casas de colores iluminadas frente a ellos, Flavia pudo por fin verbalizar sus sentimientos, esa apatía que la dominaba desde principios del invierno, la dejadez con el restaurante, la sensación de haber quedado desplazada del núcleo duro que formaban Andreu y sus tres hijos.

Ante su sinceridad, a Andreu le pareció que había llegado el momento de llamar a las cosas por su nombre.

—Comprendo que no debe de resultar fácil competir con un recuerdo. Ella ya no puede equivocarse, no puede decepcionarnos… es una sombra poderosa y, aunque no pueda disculparme por ello, quiero que sepas que lo entiendo.

Flavia bajó los ojos, que apenas un instante antes resplandecían, llenos de los colores de Manarola, y guardó silencio. Y en ese silencio había un poco de incredulidad y una pizca de rabia.

¿Estaba hablando de Selma? ¿De verdad creía Andreu que era Selma la sombra que la angustiaba? Por el amor de Dios. Como si aquello fuera una película de Hitchcock. La primera esposa muerta. *Rebecca*.

Andreu la miraba y Flavia pensó una vez más que era el hombre más tierno que había conocido. Esos ojos azules, limpios, tristes y honestos. La idea de que el recuerdo de Selma flotaba entre los dos era romántica. Flavia sabía que a Andreu le hacía sentir bien, como si todavía fuera leal, aunque estuviera casado con otra. No se lo desmentiría. No le diría que Selma casi nada tenía que ver con su decaimiento. Era la suma de todo. Era la casa de la playa, siempre llena de gente. Eran Violeta, Aleix e Ía, y sus novios, y los amigos y las amigas. Eran los recuerdos de Selma, sí, y de su madre pianista, y de su padre, que escuchaba ópera entre depresión y depresión. Ella, Flavia, sólo era una pieza que se había incorporado al mundo de Andreu, un añadido. Nunca se sentiría cómoda en él. Y era demasiado joven para aceptarlo de buen grado.

Esa primavera, Júlia descubrió el tercer motivo de Ruth. La tercera ocasión en que su hermana se había sentido herida y marginada.

La primera, después de la muerte de su madre, porque le parecía que Júlia se había «apropiado» de su padre. La segunda, cuando Júlia decidió asociarse con Ignasi para llevar juntos el centro de psicología. Y ahora por fin descubría la tercera. Tres veces celosa.

Era el 24 de mayo, el día del aniversario de la muerte de Selma. Habían pasado ya trece años. Júlia había comprado un ramo muy vistoso, en el que se mezclaban las fresias naranjas y fucsias, para llevarlo a la tumba de Selma, y otro de peonías blancas para su madre, y le preguntó a Ruth si quería acompañarla al cementerio. Su hermana accedió. Fueron al caer la tarde, cuando la luz ya menguaba y la línea del horizonte era una franja de cielo que empezaba a teñirse de malva. Era una tarde ideal para salir a caminar y fue un paseo muy agradable. Hablaban de todo y de nada, del viaje de los chicos programado para el verano —finalmente, Ía y Emma se habían apuntado al curso de inglés en Dublín con Aleix—, de los problemas por los que pasaba la tienda que había sido de sus padres y que ahora llevaba Ruth, de las notas brillantes de Valentina en el instituto.

Júlia agradecía esos momentos de intimidad con su hermana. Tenía la sensación de que habían recorrido un largo camino para llegar hasta allí, hasta esa comodidad que en ese momento las acompañaba mientras caminaban. La confortabilidad de la relación fraternal, que a la mayoría de las hermanas les resultaba natural y les venía dada, ella había tenido que buscarla y también que trabajarla. En el curso de los últimos años Júlia había trazado caminos que no iban a ninguna parte, había tropezado con obstáculos que le impedían el paso, pero, finalmente, estaba prácticamente segura de haber llegado al mismo lugar donde estaba Ruth. Su hermana paseaba a su lado y le regalaba esa mirada verde y franca, su incisiva ironía, la gesticulación nerviosa de sus manos, sus sentencias inapelables. Y ella sentía que la conocía, que había aprendido a relacionarse con ella, y estaba orgullosa de ello. Dudaba si debía decírselo.

Llegaron a la tumba: SELMA GIL CLARÓS (1963-1998). Júlia depositó con suavidad las flores encima de la lápida. El estallido de colores contrastaba con la piedra gris.

—Queda bonito, ¿verdad?

—Mujer, teniendo en cuenta que es una tumba…

La acidez de Ruth, que no menguaba nunca, ni un solo instante. Esquivando siempre la ternura, la melancolía, las inseguridades o el amor.

Júlia se quedó en silencio, con la mirada baja. Selma, la mujer de luz, enterrada allí abajo. Recordó por qué no le gustaba volver al cementerio, a pesar de todos los años que habían pasado y que suavizaban el dolor, pero no así la realidad.

—¿Vamos?

Ruth ignoró el momento de recogimiento de su hermana, o quizá lo detestó. La tomó del codo y la obligó a caminar.

—Venga, a lo que vamos. Dejemos las flores en la tumba de mamá y marchémonos, que se hace tarde.

Para encontrar el nicho de su madre tenían que acercarse al extremo del cementerio, un espacio que, de no ser por el aspecto tétrico de los nichos, habría sido el mirador más privilegiado de todo el término municipal. Pero la gente no quería acercarse al cementerio para nada si no era absolutamente necesario, de ahí que muchos vecinos de Sorrals pasaran gran parte de su vida sin haber

contemplado nunca ese paisaje, el suyo, desde una perspectiva inmejorable. En la lejanía, líneas de colinas de proporciones mesuradas, redondeadas, que dotaban al paisaje de una suave ondulación. Aquí y allá, la vegetación era viva y diversa, sin llegar en ningún caso a la exuberancia ni a la espesura. Una palmera, tres cipreses, una extensión de viña. Encinas, robles y pinos. Más abajo estaba el pueblo, Sorrals, ni pequeño ni grande, como si hubiera crecido repentinamente hacia el interior, ensartando casas en las colinas. Y en la costa, las tres calas de distintas medidas: pequeña, grande y mediana.

—Es aquí.

ROSER CORBERA FERRAT (1937-1980). Había vivido poco más de cuarenta años. Parecía tan poco… Selma, treinta y cinco. A su madre le gustaban las flores blancas. Las flores de la magnolia. La noche de San Juan. Su madre preguntándole a Elvira el secreto de esas hortensias tan azules.

—Un día le hablé a Selma de mamá y de Elvira. Eran tan amigas… A mí me daban envidia, ¿a ti no?

Ruth calla. Mueve el pie dando muestras de impaciencia.

—Le dije que eran como hermanas, y Selma me preguntó si tú y yo teníamos la misma relación.

Silencio.

—Le dije que no... y comentamos que era raro, sobre todo llevándonos tan poco tiempo y habiendo perdido a mamá tan joven. Pero ahora…

Ha llegado el momento. Júlia por fin se ha decidido. Le dirá que ahora sí tienen una relación de hermanas, y que le gusta, que la hace feliz. Pero Ruth rompe el silencio y habla con una voz gutural que no parece la suya.

—Podríamos haber estado cerca… pero tú elegiste a Selma. Ya estabas contenta: habías encontrado a tu amiga íntima. Como mamá y Elvira, ¿verdad?

El tercer motivo.

No hay montaña lo bastante alta

Mientras Júlia y Ruth volvían del cementerio, Ernest llamó a Flavia para decirle que quería organizar una gran fiesta sorpresa con motivo de los cincuenta años de su mujer. Que necesitaba su ayuda. Que no sabía ni por dónde empezar.

Flavia estaba de un humor excelente. Con la llegada del buen tiempo, el viaje a Liguria y la noticia de que Andreu y ella se quedarían solos en casa durante el verano, había revivido, y ahora se encontraba en plena forma. Aceptó de buen grado la propuesta de Ernest y, tal como él esperaba, ofreció la casa de la playa para celebrar la fiesta. Ernest sabía que era el escenario ideal: grande, bonito y con un gran peso sentimental para la protagonista.

Ernest y Flavia quedaron para verse y ponerse a trabajar a mediodía del día siguiente en el despacho del alcalde. Hacía semanas que no coincidían y, en cuanto la vio entrar, Ernest comprobó que la chica había mejorado su estado de ánimo y su aspecto desde la noche de Fin de Año. Esa noche había estado tan enfurruñada que Júlia y él lo habían comentado al llegar a casa. Ahora, con aquel vestido primaveral de color turquesa, Flavia resplandecía.

—¿Así que, al final, Ía y Emma también se van a Dublín? —Lo dijo para romper el hielo. De pronto se dio cuenta de que Flavia y él jamás habían tenido una conversación en privado.

—¡Sí! Todavía no me lo creo… ¡Nos quedaremos solos en casa un mes entero!

Ernest sonrió al ver el indisimulado entusiasmo de Flavia. Lo entendía: esa chica era todavía muy joven cuando se había casado con Andreu, y de repente se había encontrado viviendo con tres adolescentes… y sin duda no debía de ser fácil. A él, en cambio, lo de Dublín no terminaba de convencerle del todo. Aunque Emma era

una chica sensata, tenía el sufrimiento asegurado. Ernest confiaba en ella, pero todavía la veía como una niña. Su Emma. Padre e hija habían tenido siempre una gran complicidad. Con Valentina nunca se había entendido tan bien. Para él, su hija menor habitaba un mundo incomprensible, lleno de hadas y de silencio, de dibujos y de miradas. Emma era una chica más... normal.

—¿Y qué has pensado? —preguntó Flavia, recogiéndose momentáneamente el pelo en un moño que en seguida se soltó. Para hacerlo, levantó los brazos desnudos e inclinó el cuerpo hacia atrás, flexible como un junco.

—No he pensado nada —confesó Ernest. Y ella se echó a reír, bajó los brazos y el pelo le cayó sobre los hombros, ondulado.

Flavia sacó una libreta y un bolígrafo, y empezó a anotar cosas que había que hacer, personas a las que llamar, encargos, listas, ideas. Ernest la miraba y pensaba que ningún hombre —ni él, que era alcalde— tenía tanta iniciativa ni capacidad de organización como una mujer empeñada en sacar adelante algo. Flavia guardó la libreta en el bolso, se inclinó hacia delante y ofreció a Ernest una rutilante sonrisa. No tenía la menor duda de que la fiesta saldría bien. Él respiró tranquilo, casi eufórico.

Y la fiesta fue un éxito despampanante. En Sorrals se habló de ella durante semanas, en seguida corrieron las fotografías y todos pudieron ver el fabuloso aspecto del jardín de la casa Balart la noche de San Juan.

El portalón de hierro, con el medallón y la gran letra B, estaba iluminado con guirnaldas de lucecitas, y la fragancia del jazmín, que trepaba por el muro para caer en cascada hacia la calle, parecía que invitara a entrar en la finca. Como era de noche y había luna llena, las sombras del jardín no llegaban del todo a teñirse de negro y en el espacio más amplio, justo delante del porche de la casa, la oscuridad se desgarraba con decenas de farolillos de colores que colgaban literalmente del cielo. Flavia había mandado atar hilos invisibles de un árbol al otro, y de los hilos colgaban las manchas de fucsia, azul, naranja, verde, amarillo, lila o rosa.

Andreu seleccionó la música a partir de las preferencias de Júlia: *Layla* de Eric Clapton, *Year of The Cat* de Al Stewart, *Another Day In Paradise* de Phil Collins y *Love Of My Life* de Queen.

Cuando llegó Júlia, acompañada de Ernest y de sus dos hijas, el

jardín ya estaba abarrotado. Todos habían aceptado la invitación del alcalde. La protagonista avanzó entre los distintos grupos, saludando a uno y abrazando al otro, sin disimular la sorpresa que provocaba en ella la presencia de algunas personas con las que apenas la unía una relación de cordial vecindad.

Mientras sonreía a derecha y a izquierda, se esforzaba por borrar los pensamientos negativos, pero había uno que se empeñaba en no abandonarla: ese cumpleaños, justamente el de los cincuenta años, habría preferido celebrarlo en la intimidad, sólo con sus seres queridos… Pero no siempre podía permitirse comportarse como una niña malcriada. Su marido —con la ayuda de Flavia, según le habían comentado— le había preparado una fiesta magnífica para complacerla. Tenía que sentirse agradecida, o por lo menos parecerlo.

Puso en ello su empeño, sobre todo con Flavia. Quería corresponder a su afecto y, en el fondo, reparar la actitud que había tenido con ella los años anteriores. Júlia lo reconocía: no le había dado la oportunidad de ser amigas. Era como si el recuerdo de Selma —no como primera mujer de Andreu, sino como su amiga íntima— se lo impidiera.

Flavia llevaba un vestido ceñido de color verde oliva que dejaba su espalda bronceada a la vista y con un escote de vértigo. Cuando se encontraron la una frente a la otra, Júlia no pudo evitar decirle:

—Estás espectacular.

Pero sabía que con eso no bastaba. Le tomó las manos:

—Muchas gracias, de verdad, Flavia. Ya me han dicho que ha sido todo cosa tuya.

Flavia negó con la cabeza y esbozó una gran sonrisa.

—Cosa mía y de Ernest. Lo hemos hecho a medias…

Júlia le guiñó el ojo mientras aventuraba:

—Pero seguro que tú has puesto más interés.

—No creas…

Mientras tanto, Andreu había bajado el volumen de la música y ahora pedía la atención de todos desde el porche, haciendo tintinear una copa con un cuchillo. Chissst, silencio. El brindis, el brindis. Todos le escuchaban. Júlia estaba delante de él, en medio de todos, iluminada por los farolillos que proyectaban reflejos de colores sobre sus hombros desnudos.

—Quiero brindar por Júlia, que hoy cumple cincuenta años. Fue mi primera amiga. Éramos muy pequeños y yo la hacía enfadar porque le lamía la sal de los brazos. Han pasado los años y hemos crecido juntos, y esa niña rabiosa es hoy una mujer divertida y generosa. Quiero que levantéis todos vuestras copas y que brindéis por ella. ¡Por Júlia!

Júlia parpadeó y logró dominar la lágrima que pugnaba por deslizarse por su mejilla. Su padre le pasó el brazo por los hombros y la atrajo hacia él para darle un beso. Ernest, un poco más alejado, le guiñó el ojo. Ella sonreía. De pronto, encima de ellos, el cielo se tiñó de blanco y de rosa, de verde y dorado. Desde el jardín, los ohhhs subían hacia los farolillos y más allá, cielo arriba. Eran cohetes que celebraban los cincuenta años de Júlia. Ella también levantó la vista mientras veía de reojo que su marido subía los escalones del porche. Que no diga nada. No quería oír un discurso del alcalde. Quería… Sintió en la frente una gota redonda, fría. Otra salpicó el ojo de alguien. ¿Llueve? ¡Llueve! En pocos segundos tenían el chaparrón encima. Los invitados corrieron al porche, algunos se refugiaron debajo de las ramas de la magnolia. Sólo llovió unos minutos. Pero, cuando terminó el chaparrón, en el jardín no quedaba ya fiesta alguna: los farolillos, empapados, colgaban vacilantes, goteando, encogidos. Alguno se había desprendido del hilo y yacía sobre la hierba, convertido en un simple papel mojado y arrugado de color lila. Todas las velas se habían apagado y, como una nube había tapado la luna, habían desaparecido las lenguas de claridad. Se había levantado un aire húmedo y turbio. Júlia se quedó quieta en medio del jardín y de la lluvia. Pensaba en sus cincuenta años, en su vida que se acortaba y que —aún peor— se iba estrechando. Pensaba en aquel chaparrón de agosto, el coche veloz de Ernest, la humedad. Pensaba en sus propósitos de año nuevo, fugaces como esos cohetes que apenas un instante antes estallaban en la oscuridad. En su triste intento de reavivar un amor que ya no se encendía. El farolillo de papel mojado y arrugado de color lila.

La música flotaba suavemente desde el interior de la casa hacia el jardín:

Ain't no mountain high enough

Ain't no valley low enough

Ain't no river wide enough

To keep me from getting to you, baby

No wind, no rain…

Ni el viento, ni la lluvia.

Ni el frío del invierno.

Nada puede detenerme.

Porque tú eres mi destino.

Si tienes problemas

llegaré en un momento.

Sólo tienes que pedírmelo.

Mi amor está vivo.

Muy dentro de mi corazón.

Así que ese verano de 2011 empezó sin el tradicional brindis de la noche de San Juan, prematuramente truncada por un inesperado chaparrón. Quizá por eso, o porque así tenía que ser, a partir de ese momento todo empezó a torcerse. El mes de julio fue inusualmente frío y lluvioso. Las tormentas dejaban la playa con un aspecto desolado, y aunque el día siguiente fuera claro y soleado, no apetecía bajar. Los paseos al caer la tarde por el paseo del Mar parecían una copia borrosa de los de años anteriores. Los días eran nublados, todo parecía en blanco y negro, no hacía bastante calor, las chicas no estaban morenas, los niños se resfriaron. Todos estaban de mal humor.

A finales de julio, Ía Balart cogió un resfriado que la tenía todas las tardes con fiebre. Todos se pusieron nerviosos, porque finalmente Emma y ella habían decidido sumarse a Aleix para ir a estudiar un intensivo de inglés a Dublín. Tenían los billetes para el 2 de agosto. La fiebre se presentaba a diario, como una visita inoportuna y pesada. El 27 de julio llegó el diagnóstico: neumonía.

De Dublín ni hablar. La noticia les sentó mal a todos: a Ía, naturalmente, que estaba totalmente indignada por perderse su aventura irlandesa; a Emma, asustada por tener que irse sola y sentirse irracionalmente traicionada por su amiga del alma; a Andreu, preocupado por la salud de su hija e irritado porque no tenía claro que fuera a recuperar el dinero que le habían costado el viaje y el curso de inglés; a Júlia, a la que no le hacía ninguna gracia que Emma se fuera finalmente sola —todos sabían que Aleix no era del todo de fiar—, y a Flavia, terriblemente frustrada por tener que renunciar a ese mes de agosto libre que anhelaba desde hacía semanas.

El día que Aleix y Emma se fueron fue una de las primeras mañanas realmente calurosas de aquel extraño verano. Júlia notaba la blusa pegada a la espalda mientras el coche circulaba de regreso a Sorrals.

—¿Podrías bajar el aire acondicionado? Si seguimos así hasta casa, yo también cogeré una pulmonía…

—¿Pero no ves el bochorno que hace?

El tono de Ernest la enervaba. Por un instante tuvo la tentación de ser comprensiva y disculparlo: «Le ha costado despedirse de Emma, son muchos días y la echará de menos… y eso de que se haya ido sola… sin Ía...» En otros tiempos habría intentado emplear un tono conciliador: «No te preocupes. Emma se las arreglará. Además, ha dicho que llamará todos los días…».

Pero había cumplido los cincuenta. Y se había prometido que ya no haría lo que no quería hacer ni diría lo que no quería decir. En silencio, tendió la mano y apagó el chorro de aire frío.

Ernest no dijo nada. En la radio daban las temperaturas: todo el país por encima de los treinta grados. ¡Por fin había llegado el verano! Júlia pensaba en ese mes de agosto que tenía por delante y que imaginaba como una carretera del Oeste norteamericano, bajo un sol ardiente y con el calor dibujando espejismos sobre el asfalto. La carretera inacabable, el aire caliente, el silencio ensordecedor.

Había decidido dedicarle mucho tiempo a Valentina. Se había propuesto hacerla salir de su aislamiento, sin forzarla pero invitándola a comunicarse, a compartir. Se interesaría por sus libros de hadas, por sus dibujos, se acercaría con abrazos breves y sonrisas

cálidas. Tenía que ablandar ese muro, o escalarlo, o abrir en él algunas grietas, lo que fuera. Se sentía —tenía que admitirlo— profundamente culpable. Hacía semanas que le rondaba la idea: todo eso, el carácter reservado de Valentina, su dificultad para relacionarse… quizá todo tuviera que ver con el embarazo. Un embarazo que había empezado en los días de más angustia, con la agonía de Selma. Y que continuó en la tristeza que había envuelto a Júlia tras la muerte de su amiga. ¿Podía ser que todo eso hubiera afectado al bebé? Científicamente no había nada demostrado, lo sabía, era psicóloga. Sin embargo, estaba casi convencida. Más aún, esos días de agosto Júlia se inclinaba a creer que su hermana tenía razón cuando le había dicho que la búsqueda de consuelo no era un buen motivo para tener un hijo. ¿Y si tenía razón? ¿Y si Ruth tenía razón?

Agosto —esa carretera solitaria y polvorienta— tocó a su fin y el mes de septiembre, con sus tardes cálidas que rebañaban el verano, llegó acompañado de una determinación: Júlia había decidido que se había terminado lo de mirar hacia otro lado, evitar ejercer de psicóloga en su casa y dejar pasar el tiempo para ver si las cosas se resolvían solas. Ya estaba bien de angustiarse pensando si era ella la culpable, si la decisión de quedarse embarazada había sido un error, si el sufrimiento por la muerte de Selma había terminado por dejar poso en el perfil psicológico del bebé que estaba por nacer. Fuera como fuese, lo único que quería era proteger a Valentina, quizá de sí misma.

Fue a buscar ayuda allí donde sabía que mejor podía encontrarla. Laura Pey había sido la número uno de su promoción en la facultad y en ese momento dirigía la revista de psicología *Almas*, que ella leía devotamente como si de un oráculo se tratara. No eran amigas, pero se habían tratado esporádicamente durante todos esos años. Le parecía sensacional que no hubiera entre las dos una relación demasiado personal. —Laura ni siquiera conocía a Valentina— para que nada contaminara su visión del caso.

Si vieron en Barcelona, en la redacción de la revista, que tenía su sede en un principal del Eixample, no muy grande pero de techos altos y despachitos luminosos. Laura escuchó atentamente a Júlia, tomando notas y asintiendo de vez en cuando. Era una mujer de gestos francos aunque oportunos, que había envejecido —o eso le

parecía a Júlia— con mucha suerte, como si las arrugas se hubieran distribuido estratégicamente para darle un aspecto maduro pero en absoluto deteriorado. Llevaba una media melena gris que no conseguía entristecerla, sino que más bien se limitaba a enmarcar con elegancia su rostro de pómulos prominentes.

Júlia empezó a hablar de su hija, le contó que de pequeña era una niña popular en el colegio, que los profesores que había tenido siempre habían destacado su capacidad de liderazgo. Que con el tiempo su interés por el aprendizaje había ido focalizándose en algunos temas concretos. Le habló del dibujo, de la obsesión por los personajes fantásticos y de su necesidad de pedir explicaciones sobre todo. Del distanciamiento de las amigas de la infancia, del aislamiento. También reconoció que la niña acentuaba cada vez más un tono de voz sarcástico y suficiente que sacaba de quicio a su padre. Cuando Júlia terminó la explicación que llevaba preparada, Laura le hizo un par de preguntas que parecían bien sopesadas:

—¿Te acuerdas de a qué edad empezó Valentina a subir escaleras?

—A los once meses ya andaba, y subir escaleras… Espera que lo miro: traigo la libreta donde lo llevo todo anotado, tanto sobre ella como sobre su hermana. Aquí: «Tiene un año y medio y ya sube la escalera». También habló pronto: a los quince meses ya combinaba palabras.

—¿Es una niña observadora?

—¡Uf! Demasiado. Se queda con todos los detalles…

—¿Hace comentarios impropios de su edad?

—Sí, últimamente sí.

Laura esbozó una de sus sonrisas mientras negaba lentamente con la cabeza, como si pensara «parece mentira». Y, de hecho, eso fue lo que dijo:

—Parece mentira…

—¿A qué te refieres?

—Parece mentira cómo perdemos la perspectiva cuando se trata de nosotros.

—¿Qué quieres decir?

Lo que Laura quería decir, y de hecho dijo, fue que el caso de Valentina era tan claro que Júlia, si se hubiera tratado de cualquier otra niña, lo habría visto a la primera. Con los hijos, hasta la

psicóloga más experta e intuitiva —y Júlia lo era— perdía la perspectiva.

—Me has dicho que tiene trece años, ¿verdad?

—Y medio.

—Yo le haría las pruebas para verificar su cociente intelectual… Estoy pensando en una superdotación, Júlia.

De pronto fue como si, en una habitación que se ha quedado en penumbra, alguien encendiera una bombilla de cien vatios. Las cosas se aclararon de golpe y todo encajaba: la niña que desde pequeña era... diferente. Tan redicha, con tantas ganas de saber, de aprender, con una capacidad de expresión inadecuada para su edad hasta el punto de parecer pedante o prepotente. La niña que buscaba, pedía, exigía explicaciones por todo, que se enfrentaba si convenía a su hermana mayor o a sus padres. Recordaba su poca tolerancia con los fracasos —los propios o los ajenos—, la creciente exigencia. Era como si se hubiera abierto de pronto la puerta de un altillo y fuera cayendo todo lo que había allí guardado, hasta ahora cachivaches sin valor convertidos —de repente— en valiosas informaciones. Las jaquecas que sufría Valentina desde hacía años y a las que ningún médico encontraba justificación. Los enfrentamientos con su padre cuando la niña se metía en asuntos que no le correspondían, queriendo opinar sobre todo y cuestionar cualquier cosa. Y esos repentinos cambios de actitud: después de que la niña se hubiese enfrentado a cualquiera, sin renunciar nunca a tener la última palabra, a menudo era otra Valentina cuando Júlia iba a darle las buenas noches a su habitación. La niña se había empequeñecido y reclamaba a su madre un largo abrazo, que no terminara nunca, y repetía el beso de buenas noches una y otra vez: «¿Me has dado el beso? Venga, otro, buenas noches. Hasta mañana, mamá, un beso». «Adiós, Valentina». «Un abrazo más y basta. Así. Un beso. Buenas noches, mamá».

¿Cómo se le había podido pasar por alto?

Volvió conduciendo a Sorrals, excitada, aliviada y un poco desconcertada. ¿Qué había que hacer a partir de ahora? Las pruebas para determinar el grado de superdotación, claro. ¿Y después? ¿Tendría que empezar una terapia en seguida o…? Decidió esperar, digerirlo, hablarlo con Ernest y volver a consultarlo con Laura.

Ahora que sabían cuál era el terreno que pisaban, todo sería más fácil. Incluso llegó a pensar que por fin Ernest tendría más paciencia con la niña. La niña a la que había llegado a tratar con cierto desprecio, colocándola bajo sospecha, como si sólo por las venas de Valentina circulara la sangre sucia y miserable de la mujerona que le había parido.

Y ahora resultaba que la niña rara era, simplemente, más inteligente que los demás, que todos ellos. Tenían que ayudarla a canalizarlo, no era más que eso, y quizá acabara por hacer grandes cosas.

El móvil la avisó de la llegada de un mensaje mientras entraba al aparcamiento de casa. Miró la pantalla al tiempo que metía las llaves en la cerradura. Era Ernest: «Tendríamos que encontrar un momento para hablar». A Júlia se le escapó una risa minúscula y llena de sarcasmo. Qué típico de Ernest. «¿Tendríamos que encontrar un momento?». ¿Ese hombre hiperocupado por la agenda siempre a rebosar? Fuera como fuese, era una coincidencia que la favorecía. Él necesitaba hablarle de algo y ella también. Estaba convencida de que su tema era prioritario: ¿qué podía haber más importante que su hija?

Llegaron las niñas, Emma con sus abrazos y ese torrente de palabras tan propio de ella, Valentina con su distancia. Qué descanso fue para Júlia mirar a su hija menor y, por primera vez en muchos años, pensar que podía ayudarla. Ahora, con ese diagnóstico intuitivo que estaba segura de que se confirmaría, se veía con ánimo de acercarse a ella, de entenderla mejor. Estaba segura de que todo iba a salir bien. El optimismo la empujó a acercarse a Valentina y a arrancarle un par de besos y un abrazo. Los niños superdotados, que se avanzan al resto en la mayoría de los aprendizajes, suelen retrasarse en cambio en todo lo que concierne a la madurez emocional. A menudo necesitan más carantoñas que los demás, pero son incapaces de pedirlas. Desde ese mismo momento, Júlia no reprimiría nunca más un beso, una caricia, un gesto tierno. La niña se dejó, sin ocultar su desconcierto ante esa repentina demostración de afecto. Pero lo cierto fue que no se apartó ni soltó ninguna bordería.

Cenaron las tres en la terraza. Ese septiembre todavía les ofrecía tardes cálidas. Desde el mar subía un olor salado, a algas, que se

mezclaba con los aromas suculentos que exhalaban las ventanas de las cocinas de Sorrals. Ernest había mandado un segundo mensaje: «No me esperéis a cenar», y cuando las niñas ya subían y Júlia acababa de recoger la cocina, un tercero: «Ya voy. Espérame. En veinte minutos estoy en casa».

Fue ese tercer mensaje el que le ablandó algo por dentro. Una gotita de miel que se deshizo en su interior y endulzó todo lo que era agrio. Quizá, ahora que todo iría mejor con Valentina, sería el momento de que Ernest y ella intentaran tapar algunas grietas, zurcir la red y coser retales allí donde la tela había ido adelgazando hasta desgarrarse.

Se puso el camisón —de raso de color albaricoque—, se sirvió una copa de vino y volvió a la terraza. El aire le alborotaba los mechones de pelo de la nuca y le pareció que se estaba bien allí fuera.

Ernest llegó cerca de la medianoche. Asomó la cabeza a la terraza y le dijo: «Me pongo cómodo y ahora vuelvo». Reapareció al cabo de un momento con un pantalón corto y una camiseta deportiva.

—¿Has cenado? —preguntó su mujer.

—Sí, sí, no te preocupes. Pero si me pones una copa de vino del que estás tomando…

Cuando Júlia volvió a salir a la terraza con la copa de vino, le vio de espaldas, con los codos apoyados en la barandilla, y desde atrás le pareció que había inspirado hondo, casi como si suspirara. Lo interpretó como un gesto de bienestar:

—¿Verdad que se está bien aquí, con este airecillo que sube del mar?

Todavía no se habían sentado y Ernest se volvió hacia ella. Júlia le ofreció la copa de vino y él alargó en silencio la mano. Fue en ese preciso instante cuando a ella se le ocurrió que quizá lo que él tenía que decirle no fuera agradable. Se le aceleró un poco el corazón. ¿Habría perdido una votación importante en el pleno? ¿Algún vecino influyente de Sorrals amenazaba con importunarle? ¿Los de la dirección del partido le buscaban las cosquillas? Escucharía sus inquietudes, le tranquilizaría y después le hablaría de su descubrimiento, de la posibilidad de que la «rareza» de Valentina, que tan preocupados los tenía, fuera sólo un cociente intelectual

más alto que la media. Si las cosas en casa se encauzaban, nada de lo que ocurriera en el partido o en el Ayuntamiento debía hacerle sufrir demasiado. El corazón se le había calmado, como las alas del pájaro cuando ha encontrado un lugar seguro en la rama.

—Júlia, tengo que contarte algo y no sé por dónde empezar.

Ella le miró con atención. Parecía sinceramente angustiado. Se le habían hundido los ojos, como si acabara de correr una maratón y hubiera perdido tres o cuatro kilos en un rato. A punto estuvo de levantarse, buscar el contacto físico, quizá abrazarlo o simplemente tomarle la mano. Suerte que no lo hizo, porque, si el golpe la hubiera pillado de pie, le habrían fallado las piernas. Pero cuando Ernest habló, todavía estaba sentada:

—Me he enamorado de otra mujer.

Son esas frases que oímos en las películas y leemos en las novelas, pero que jamás imaginamos que oiremos dirigidas a nosotros. Como «me quedan unos meses de vida» o «nos ha tocado una millonada en la lotería» o «tendrás trillizos» o «me han ofrecido ser ministro». Cosas excepcionales que sabemos que pasan, que pueden pasar, pero que hay muy pocas posibilidades de que nos toquen a nosotros.

Ernest había soltado la bomba, se había tomado un largo trago de vino y parecía haberse recuperado. La mirada le brillaba un poco, tenía color en las mejillas. Se mantenía serio, pero ya no parecía al borde del infarto.

Júlia se quedó en silencio durante un par de minutos, el tiempo suficiente para encajar la noticia, digerirla y decidir que, aunque la había hecho tambalearse, no bastaba para hundirla. Tendría que acostumbrarse a estar sola, es cierto. Lo sentía por las niñas, cierto. Le daba un poco de rabia haber pasado tantos años con él, ahora que sabía cómo terminaba la historia. Cierto. Pero no se desesperaría ni se deprimiría. Era mucha Júlia y tenía cincuenta años.

—¿Júlia?

—Sí.

—¿Has oído lo que he dicho?

—Sí.

—¿Y…?

—Y nada. Qué esperas que diga. ¿Enhorabuena?

—…

—Vámonos a dormir. Mañana, tranquilamente, hablaremos de todo: de las niñas, de la casa, del divorcio, de lo que quieras. Ahora no tengo ganas.

El aire soplaba con más fuerza. Las ramas de las acacias de la calle temblaban y Júlia se recogió el pelo con las manos.

—Entremos, sopla demasiado aire.

Él la siguió dócilmente. Júlia ya había empezado a subir la escalera y, cuando estaba en el quinto escalón, se detuvo y le miró desde arriba.

—No te he preguntado quién es.

Ernest cogió aire y subió dos escalones. Desvió la mirada, como si buscara algo. Volvió luego a mirar a su esposa y bajó los ojos como un niño avergonzado.

—Flavia —dijo—. Es Flavia.

En el mismo instante en que Júlia se derrumbaba y se quedaba sentada en la escalera, un golpe de aire hizo restallar la puerta de la terraza. Los dos se sobresaltaron a causa del estrépito. Entonces Júlia se levantó, agarrándose a la barandilla como si el cuerpo se le hubiera quedado sin fuerzas y bajó la escalera a toda prisa, como si le trajera sin cuidado si tropezaba y caía rodando al suelo. Pasó como un rayo junto a Ernest, que se había quedado quieto, congelado, en el primer escalón, y que se apartó un poco para dejarla pasar. Ella ni tan siquiera ralentizó las zancadas (quizá le habría gustado tocarle, darle un golpe y desequilibrarlo y que cayera como un bolo).

Júlia cerró bien la puerta de la terraza, con un gesto enérgico y concentrado, y se volvió a mirar a su marido, que todavía respiraba, aunque sin que se notara mucho, como una estatua callejera. Ella se le acercó, salvando la distancia que los separaba con tres pasos de gigante. Se plantó delante de él, muy cerca —demasiado, para el gusto de Ernest—, y le miró con los ojos encendidos como dos antorchas.

—¿Cómo habéis podido hacerle esto a Andreu? ¿Es que no sabes lo que sufrió con la muerte de Selma? ¿No estabas ahí cuando luchaba por rehacerse, cuando se esforzaba por volverse a enamorar? ¡Eres… eras… su amigo! ¿Cómo has podido traicionarle así? No vales nada, Ernest. Nada.

Entonces fue Ernest el que se derrumbó hasta quedarse sentado en el escalón. Ocultó su rostro entre las manos. Quizá lloraba. Júlia pasó muy pegada a sus rodillas de camino a la habitación. Justo cuando estaba a su altura, dijo: «Ni se te ocurra subir», y al pasar no pudo evitar que su pierna izquierda golpeara la rodilla de su marido. Ernest se limitó a apartar las piernas y siguió allí sentado.

En el jardín de la casa de la playa el olor a algas lo impregnaba todo. Llegaba con las ráfagas de viento que hacían susurrar las hojas y lo cubría todo con esa fragancia salada, ligeramente agria.

Flavia y Andreu estaban en el porche, él sentado en el banco, ella de pie, apoyada en la barandilla. Últimamente había adelgazado y, de pronto, Andreu se fijó en que tenía los brazos esqueléticos y las caderas demasiado estrechas.

—¿Qué pasa, Flavia?

Era ella la que le había propuesto salir al porche y hablar un poco, y no hacía falta ser muy perspicaz para adivinar que no se trataba de nada bueno. Flavia estaba pálida, tenía los ojos velados y la respiración ligeramente agitada. Se le ocurrió que el restaurante iba mal, muy mal, y que había decidido cerrar. Se le ocurrió que le amenazaría con irse si Ía no cambiaba de actitud. Se lo ocurrió, y esa idea sí le hizo tambalearse, que le pediría —le exigiría— tener un hijo.

Eso era lo que temía desde el mismo instante en que le había propuesto que se casaran. En aquel momento ella tenía treinta y pocos años y no quería ni oír hablar de la maternidad, pero, como es sabido, las mujeres tienen una alarma que se activa cerca de los cuarenta y que despierta en ellas la necesidad de tener un hijo. Flavia tenía treinta y ocho. Sí, seguro que era eso.

Andreu cogió aire y respiró hondo. No tenía ni idea de cuál sería su respuesta si Flavia le planteaba ese deseo. Pero Flavia no habló de hijos. Con un hilo de voz, dijo:

—Andreu, tenemos que separarnos.

Él se incorporó, ella cerró los ojos y una lágrima le rodó por la mejilla. Entonces añadió:

—Me he enamorado de Ernest.

Andreu se detuvo a medio camino. Se había levantado del banco para acercarse a ella y entablar con Flavia contacto físico, para

abrazarla o besarla, para consolarla o convencerla. Pero la segunda frase le detuvo como si un rayo le hubiera estallado sobre el cuerpo, carbonizándolo desde la raíz del pelo hasta los dedos de los pies. Se detuvo, la miró y preguntó, estúpidamente:

—¿Qué Ernest?

Era estúpido, pero sincero. No recordaba conocer a ningún Ernest, aparte de a su amigo, Ernest Foixenc. ¿De qué otro Ernest le estaba hablando Flavia?

Flavia se enjugó las lágrimas con un gesto de niña pequeña. Miraba obstinada al suelo, dejando su nuca a la vista. La piel morena, los rizos oscuros. En algún lugar recóndito de su interior finalmente encontró fuerzas para responder:

—Ernest, Andreu. Ernest, el marido de Júlia.

Entonces Andreu dio un par de pasos, pero no hacia su esposa, sino hacia los escalones. Los bajó, contando mentalmente: uno, dos, tres. Otra vez los tres escalones que separaban el antes y el después, la ignorancia de la fatalidad. Y allí, en mitad del jardín, cayó de rodillas al suelo, metió la cabeza entre las piernas y pensó que no estaba triste, ni dolido ni rabioso. Estaba muy cansado.

Las siete diferencias

Ese otoño en Sorrals no se habló de otra cosa. El alcalde se había liado con la mujer del mejor amigo de su esposa. Las dos familias tenían una relación íntima, celebraban juntas la Navidad y compartían vacaciones. La amistad que las unía venía de lejos. Los Reig y los Balart eran amigos desde siempre. Y ahora Júlia Reig y Andreu Balart eran las víctimas de una traición. Una vez más, unidos por la desgracia.

El día siguiente a la noche impregnada de olor a algas, Andreu fue a primera hora al centro de psicología. Antes de llegar, vio desde la distancia a Júlia sentada en un banco de la plaza. Creyó que le esperaba, pero no era así. Simplemente no se veía con ánimo de empezar su jornada de trabajo y se había quedado allí, intentado reunir fuerzas.

Andreu se acercó a ella sin apretar el paso, con su andar tranquilo de siempre, arrastrando un poco los pies. Se quedó de pie delante de ella, y cuando Júlia levantó la mirada se quedaron así, mirándose unos instantes sin hablar. Durante una décima de segundo pareció que se iban a echar a reír. O a llorar. Pero no hicieron ninguna de las dos cosas. Se miraban entre la incredulidad y la indignación. Incrédulos por la súbita pérdida de la pareja, indignados por la traición de los amigos.

—Vamos —dijo Andreu. Imperativo pero suave, con una semisonrisa. No quería que los vieran juntos ahora que la noticia iba a empezar a correr por el pueblo como la fuga de agua de una cañería principal.

Júlia se levantó, obediente, y le dio una vuelta más al pañuelo que llevaba enrollado al cuello hasta casi taparse la cara. Echó a andar al lado de Andreu con las manos en los bolsillos de la gabardina y la cabeza gacha. Se preguntaba por qué demonios le

daba vergüenza dejarse ver y saludar a sus conocidos, por qué la simple idea de encontrarse a alguien con quien tuviera una relación más próxima, que la obligara a detenerse y a hablar, le provocaba taquicardia. Pero así era: se sentía avergonzada, aunque sabía que no había hecho nada malo.

Fue eso lo primero que le preguntó a Andreu cuando estuvieron los dos, tranquilos y solos, al amparo de los cotilleos, en la casa de la playa:

—¿A ti también te pasa? ¿Te da vergüenza lo que ha pasado?

Él asintió y añadió con la voz opaca, como si tuviera un velo en las cuerdas vocales:

—En realidad debe de ser una patética cuestión de orgullo. Me da vergüenza que me hayan puesto los cuernos, que me la hayan pegado, que me hayan engañado.

Cada una de esas tres formas de expresarlo fueron bofetadas en plena cara de Júlia. Una, dos, tres bofetadas. Y se dio cuenta de que Andreu tenía razón: era una cuestión de orgullo herido. Ella ni siquiera había sido capaz de darle nombre, de expresarlo en alto: poner los cuernos, pegársela, engañar. Era demasiado grosero. No quería verse involucrada en un asunto tan bajo que los vulgarizaba a ambos.

—Lo siento, Júlia. Me equivoqué con Flavia y tú has terminado pagando las consecuencias —dijo entonces Andreu mientras servía una copa de vino.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Flavia era demasiado joven, demasiado joven para casarse conmigo y con mis tres hijos, con esta casa y con el recuerdo de Selma. Demasiado peso para una chica de treinta y pocos.

—Tampoco mi matrimonio era ninguna maravilla. Hacía muchos años que funcionaba con el piloto automático. Y Flavia es, efectivamente, demasiado joven. Y Ernest la tenía demasiado cerca.

Ella tomó un sorbo. Luego lo hizo él.

—¿Te das cuenta de que los estamos justificando?

Júlia estaba enfadada, y todavía avergonzada, y triste. Se sentía incómoda exponiendo su intimidad —hecha un manojo de rabia— delante de Andreu. Eran amigos, sí, se tenían confianza, sí. Pero ahora uno sabía exactamente cómo se sentía el otro. Era casi obsceno.

Andreu le puso una mano en el brazo y ese contacto familiar la intranquilizó.

—No estamos justificándolos, sólo intentamos entenderlos.

Intentar entenderlos.

Su fiesta de cumpleaños, el mes de junio pasado. Flavia, espléndida con el vestido escotado de color verde oliva, aceptando con una sonrisa sus halagos. Qué fiesta más espectacular, qué bien organizada, qué amiga más generosa. Ellas dos, la una delante de la otra. Recuerda las frases, casi textuales:

—Estás espectacular —le había dicho, elogiando su aspecto, y, como sabía que con eso no bastaba, le había tomado las manos, diciendo—: Muchas gracias, Flavia, de verdad. Ya me han dicho que todo es cosa tuya.

Y Flavia había negado con la cabeza, con una gran sonrisa:

—Cosa mía y de Ernest. Lo hemos hecho a medias…

El corazón de Júlia aceleró el ritmo y la intensidad de los latidos al recordar el momento final de la conversación, cuando ella —en un alarde de generosidad, sintiéndose culpable por el hecho de que su amistad no fuera lo bastante sincera— dijo:

—Pero seguro que tú le has puesto más interés.

Y Flavia, con un gesto que quería ser de complicidad (¿quizá había llegado incluso a guiñarle el ojo?):

—No creas…

Cada palabra tomaba de pronto un nuevo sentido. La náusea iba en aumento y Júlia estaba bañada en sudor. Se levantó y Andreu la imitó. Él hizo un gesto minúsculo, un pequeño paso adelante y una inclinación, como si fuera a abrazarla, y ella retrocedió. Se encontraba mal y creyó que su cuerpo no resistiría el dramatismo de un abrazo. No quería llorar más. No quería que nadie la abrazara, nunca. Ni siquiera Andreu. Quizá lo mejor sería que a partir de ahora no se vieran muy a menudo.

Andreu la vio marcharse como alma que lleva el diablo, huyendo. Se quedó en el porche, viendo cómo ella cruzaba el jardín, abría la puerta de hierro y desaparecía. Y de pronto recordó cómo se había alejado tras la muerte de sus madres. Literalmente había desaparecido. Había estado unos cuatro o cinco años sin tener prácticamente ningún contacto con ella. Hasta el día en que se

habían encontrado en el tren, volviendo a casa por Navidad.

Más adelante, Júlia reconoció que había huido de su lado porque no soportaba la imagen que la gente tenía de ellos: los pobres huérfanos, los hijos de la tragedia. Al separarse de Andreu, le parecía que se alejaba de la catástrofe.

Ahora eso volvería a ocurrir. Sorrals los miraba otra vez como un todo: las víctimas del engaño. Y ella huiría.

Pronto empezó a hacer frío y en Sorrals todos se encerraban más en casa. Júlia no se dejaba ver demasiado. Iba de casa al centro de psicología y regresaba, siempre de prisa, envuelta en su bufanda, con el cuello del abrigo subido y la mirada baja. No se paraba a hablar con nadie, porque no quería saber de ninguna manera lo que se comentaba en Sorrals sobre la separación del alcalde, que se había liado con esa italiana que años atrás se había casado con el mejor amigo de su esposa.

Prácticamente no había hablado con Ernest desde el día en que él se había ido de casa. Sabía que llamaba a sus hijas, pero nunca preguntaba, y ellas tampoco le comentaban nada. Sus suegros se presentaron un domingo por la tarde en su casa, compungidos y muy educados. Tomaron café y, en cuanto quedó claro que no tendrían ningún problema para seguir viendo a sus nietas, buscaron una excusa para irse precipitadamente. No los había vuelto a ver.

En octubre había empezado a llevar a Valentina al gabinete de su amiga Laura Pey una vez por semana. Las pruebas de razonamiento verbal, razonamiento numérico, razonamiento abstracto y aptitud espacial habían confirmado su intuitivo diagnóstico. Efectivamente: el cociente intelectual de Valentina era superior a 130. Por tanto, dadas sus características personales, se imponía acompañarla para cruzar con ella la difícil etapa de la adolescencia.

La niña había aceptado de buen grado someterse a las pruebas; examinarse, superar retos, la estimulaba. Pero, cuando su madre le habló de visitar a Laura todas las semanas, se resistió cuanto pudo. Júlia se mostró inflexible y, superadas las dos primeras visitas, todo empezó a ir como la seda. Madre e hija iban todas las semanas a Barcelona y aprovechaban el trayecto para crear pequeños espacios de intimidad. En casa, tanto Júlia como Emma veían que la

capacidad de relación de Valentina mejoraba y su carácter se relajaba.

Ernest no sabía nada de todo eso. La noche en que ella había querido hablarle de Valentina y comentarle que probablemente fuera superdotada, Ernest se había adelantado para ofrecerle una noticia todavía más impactante: se había enamorado de Flavia y se iba. Después Júlia no tuvo ganas de hablar de Valentina. Y aunque era consciente de que él tenía derecho a saberlo, le parecía que también ella tenía el derecho —tal y como estaban las cosas— de ignorar ese derecho.

Los últimos días de noviembre fueron extraordinariamente fríos. Júlia llegaba a casa temblando y corría a encender la chimenea, aunque la calefacción no había permitido que la casa se enfriara. Cuando llegaban las niñas, se quejaban de que hacía demasiado calor. Se quitaban los abrigos y los jerséis y se ponían los pijamas de verano, de pantalón corto y tirantes, para estar cómodas. Cenaban todas junto al fuego y luego charlaban un rato. Cuando Emma y Valentina se iban a la cama, Júlia se quedaba sentada delante de las brasas, hipnotizada por el calor que desprendían. A veces la llamaban su padre o su hermana, insistían en que se vieran, para ir al cine, para comer juntos el fin de semana. Júlia se negaba casi siempre. Sólo quería quedarse allí, abrigada, cerca de la chimenea, charlando con sus hijas.

Una mañana de diciembre, los basureros encontraron un cadáver en el paseo marítimo. Era de una anciana, una indigente —dijeron— que había dormido en un banco cerca de la playa y ya no se había despertado. Cuando se enteró, Júlia tuvo la intuición de que se trataba de la madre de Ernest y, cediendo al impulso, le llamó al móvil:

—Me he enterado de lo de la mujer que han encontrado muerta cerca de la playa y… se me ha ocurrido que... ¿No podría ser tu madre?

Al otro lado de la línea el silencio fue de mármol. Ella respiró hondo. Esperó.

—¿Ernest?

Entonces le llegó la voz fría y rígida:

—*Mi madre* se encuentra bien. Precisamente estoy comiendo con ella y con Flavia.

¿Comiendo con ella y con Flavia? Al oírle fue como si de pronto volviera a embargarla la misma náusea que había sentido aquella tarde de septiembre. ¿Y qué esperaba? Normalidad: él estaba con Flavia, eran pareja, y Flavia comía con Ernest y con Esperança. Sí, de acuerdo. Pero no estaba preparada para saberlo, para visualizarlos a los tres sentados a la misma mesa.

Colgó el teléfono y se quedó quieta durante un rato con el aparato en la mano, sin saber qué hacer. Hasta que el teléfono volvió a sonar. Era Andreu. Quería que hablaran de las fiestas de Navidad. De si cenarían juntos el 24 o quizá la noche de Fin de Año. Que si querían ir a la casa de la playa o celebrarlo en casa de Valentí como en años anteriores.

Como en años anteriores. Como lo habían hecho siempre. Sentados todos juntos alrededor de una mesa, mezclando vajillas y conversaciones, levantando las copas, buscando motivos para celebrar la vida. Y añorando a los que ya no estaban. Primero Roser y Elvira, después Selma. ¿Y ahora qué? ¿Volverían a hacerlo ese año y dejarían desocupadas las sillas de Flavia y de Ernest?

No.

Andreu era de otra pasta. Se tragaba el dolor, la rabia… lo que hiciera falta. Seguía en movimiento, avanzaba, crecía. Pero Júlia le veía la mirada cada vez más triste, el azul cada vez más gris. Y le parecía un poco enfermizo que pasaran el duelo juntos. Otra vez compartiendo el dolor, otra vez víctimas de un mismo mal, como después del accidente. Primero huérfanos, ahora en cierto modo viudos. Terminarían atados por el sufrimiento, encadenados a las ausencias, enredados en una red llena de nudos. Abandono, engaño y despecho.

No se vieron durante las fiestas. El día de Navidad, Júlia y las niñas comieron en casa del abuelo Valentí con Ruth. La noche de Fin de Año, Emma y Valentina cenaron con Ernest y los abuelos paternos, quizá también estuviera Flavia, no lo preguntó. Ella, Júlia, se quedó sola en casa. Encendió la chimenea y se tomó una botella entera de cava rosado. Se preguntó qué ópera debía de estar escuchando Andreu esa noche. Le imaginaba también solo, también junto a la chimenea, en la biblioteca de la casa de la playa. Allí donde Joan Balart, su padre, había pasado algunas noches de Fin de Año solo y encerrado en su melancolía.

Pero Andreu. —Júlia tendría que haberlo sabido— no se parecía en nada a su padre. Andreu había heredado la fuerza y la vitalidad de la pianista Elvira Saus y esa noche de Fin de Año había cocinado para Violeta y Gerard, para Aleix y para Ía, y en esos momentos en que Júlia lo imaginaba solo, mirando el fuego y escuchando *Una furtiva lágrima*, en realidad compartía un baile enloquecido con su hija menor —a ritmo de salsa— mientras los demás daban palmadas y Aleix los rociaba con confeti de colores.

A pesar de que Júlia pasó el inverno aislada, las dos familias mantenían el contacto, sobre todo a través de las niñas, que no se cansaban de estar juntas. Cada vez que Ía iba a casa de Emma, se acercaba a darle un beso a Júlia: «Papá te manda recuerdos». Y ella sonreía y asentía, como diciendo: «Yo también le echo de menos», aunque sin decirlo. Nunca supo si Ía interpretaba su silencio, si le hacía llegar el mensaje intuido a Andreu o si le confesaba que Júlia nunca verbalizaba ninguna respuesta a su gesto afectuoso.

Y en primavera Valentina se enamoró. Su madre la vio florecer al mismo tiempo que los jacarandás de la calle. Tenía que admitir que estaba encantada con esos árboles azules, a pesar de que fuera su ex quien hubiera ordenado plantarlos, alternados con las acacias de toda la vida. Todavía le recordaba fanfarroneando de sus conocimientos recién adquiridos: «Es un árbol originario de Sudamérica. Allí lo llaman jacarandá, que en guaraní quiere decir "fragante"». Aunque había que reconocer que había sido una idea genial. Las calles de Sorrals parecían otras cuando los jacarandás se llenaban de flores de aquel azul violáceo. Cuando las ramas estaban rebosantes y la luz que se filtraba lo teñía todo de violeta, Júlia esperaba impaciente la primera ventisca que provocaría el vuelo de las flores azules y llenaría las aceras de esa alfombra lila y perfumada.

Ese domingo de abril por la tarde, Valentina había pasado horas inclinada sobre el cuaderno de dibujo mientras Júlia leía a su lado. Finalmente se levantó y le enseñó el cuaderno a su madre. El árbol azul la pilló por sorpresa:

—¡Valentina! ¡Eres una artista!

—… Ahora están tan bonitos… Ya han florecido todos y por todas partes hay pétalos azules.

—¿Sabes cómo se llama este árbol?

La chica negó con la cabeza, haciendo danzar los mechones dorados de su flequillo.

—Jacarandá. Los mandó plantar tu padre.

La alusión a Ernest fue recibida por Valentina con un escéptico encogimiento de hombros. Pero lo que a Júlia le había llamado la atención era que su hija, normalmente tan aislada en su mundo que nunca se fijaba en nada, estuviera hablando de la belleza de los jacarandás. Dio una palmadita en el sofá, a su lado, invitándola a sentarse con ella. ¡Y Valentina lo hizo! Se sentó al lado de su madre e inició una pausada conversación sobre la primavera, la floración y el aspecto de las calles de Sorrals. Y, poco a poco, sin que Júlia tuviera que preguntar mucho, la niña empezó a hablar de un niño de su clase que tenía los ojos azules, pero de un azul tirando a violeta, exactamente como el color de las flores del jacarandá.

Eso fue todo. Pero a Júlia le bastó para saber que Valentina se había enamorado y que era capaz de expresarlo aunque fuera de ese modo tan sutil y poético. Esa noche estaba tan eufórica, tan feliz al pensar que su hija por fin estaba rompiendo el cascarón, tal como le había pronosticado su colega Laura Pey... Emma celebró la noticia con un abrazo. Su padre se mostró emocionado —la voz le temblaba un poco más de lo habitual— cuando se lo contó por teléfono. Después de colgar, movió distraídamente el dedo por la pantalla del móvil. Fue a parar justo encima de la agenda de contactos. El primer nombre era Alicia, una amiga del colegio. El segundo era Andreu. Se detuvo a pensarlo durante unos segundos, quizá durante un minuto entero, pero no le llamó.

Sin embargo, al día siguiente —la vida tiene esas cosas—. Júlia Reig y Andreu Balart se encontraron por casualidad en la misma calle de la casa de Júlia, pero unos cientos de metros más allá. Ella acababa de salir de casa y todavía tenía el pelo mojado. Fue lo primero que pensó cuando reconoció el andar de pies arrastrados del hombre que se le acercaba. Él, al verla, esbozó una gran sonrisa, una sonrisa enorme que parecía que fuera a desbordarle el rostro por ambos lados. Se detuvieron y ninguno de los dos dijo nada. No fue exactamente una situación violenta, pero sí extraña. Acostumbrados como estaban durante años a verse y a hablar todas las semanas, ahora que hacía unos meses que no se veían, no sabían

por dónde empezar. Lo hicieron a la vez. Él dijo: «¿Cómo estáis?», y ella contestó: «¿Has visto lo bonitos que están los jacarandás?».

Los dos miraron hacia arriba, porque justamente se habían parado debajo de una sombra violeta, y Júlia fue capaz de bromear con «las buenas decisiones del alcalde», y, sin querer, se encontró contándole a Andreu que estaba contenta porque le parecía que Valentina se había enamorado de un chico que tenía los ojos azules como las flores del jacarandá. Y después llegó todo de golpe: el diagnóstico de la superdotación de Valentina, la terapia, su progreso durante el invierno…

—Estoy contenta de que le guste ese chico… Me ayuda a pensar que hemos logrado agrietar la cáscara donde ha estado encerrada durante estos últimos años.

—… Pero espero que eso no la lleve a perder ese mundo suyo, ese país imaginario donde le gustaba refugiarse. Para ser artista es imprescindible tener un mundo propio.

Júlia se despidió de Andreu con cordialidad, pero manteniendo todavía las distancias. No hablaron de volver a verse, de retomar la relación que tenían en el punto donde la habían dejado en septiembre. Aun así, cuando se separaron, los dos estaban más contentos que antes de encontrarse. Él tuvo la sensación de que había empezado el deshielo y de que, con paciencia —y él era un hombre muy paciente—, todo volvería a ser como antes. Ella, Júlia, estaba contenta porque Andreu había hablado de «el alma de artista» de Valentina, había descrito su aislamiento como un «mundo propio» que la ayudaba a ser creativa. Le gustaba la Valentina que veía Andreu. Y, claro, fue inevitable pensar que era muy distinta de la Valentina que parecía ver Ernest, a pesar de ser su padre.

En junio las temperaturas subieron de verdad y por las tardes, cuando salía del centro, Júlia a menudo se acercaba al mar. Llegaba acalorada, pero allí la brisa soplaba tan fresca que, cuando respiraba hondo, parecía que hubiera tomado un sorbo de agua. Paseaba sin prisa por el paseo, se acercaba a la playa y dejaba vagar la mirada hasta el horizonte. Se quedaba embelesada siguiendo el movimiento de una vela o calculaba el rato que faltaba para la puesta de sol. Cuando eran cerca de las nueve. —Júlia lo tenía

comprobado—, el aire se detenía de golpe, como si alguien hubiera cerrado una puerta, y sabía entonces que era el momento de volver a casa. La luz flaqueaba y sentía un repentino deseo de llegar, de haber cruzado por fin el umbral, de estar dentro, de sentirse protegida de las miradas, al abrigo de los cotilleos.

De ahí que habitualmente eligiera el itinerario más corto, por el paseo de los Plátanos. El trayecto la obligaba a pasar por delante de la casa Balart. Andaba de prisa y mirando al suelo, concentrada en sus ganas de llegar. Pero, justo cuando pasaba por delante del portalón de hierro, aminoraba un poco el paso porque le parecía oír una especie de susurro, como un *bsst, bsst*. Seguro que era un pájaro que se frotaba las alas en la rama de un árbol, o una ardilla que roía una fruta medio podrida. Pero lo cierto es que parecía que la casa la reclamara, que quisiera que se detuviera y levantara la vista: «Oye, que estoy aquí». Júlia seguía avanzando y no se detenía, ni siquiera los días que se oía música en el interior.

No levantaba la vista porque no podía. Le pesaban demasiado los párpados. Era el peso de todas las noches de San Juan, del sonido del teléfono esa noche, del olor de las magnolias, de Selma sentada debajo del tilo, de *Ain't no mountain high enough*, de los farolillos arrugados.

En casa, después de cenar, se sentaba un rato en la terraza y, por primera vez en el día, miraba el teléfono. A menudo encontraba llamadas perdidas de su padre, de su hermana, a veces de Andreu o de Violeta. Escribía un mensaje y lo enviaba a diversos destinatarios: «Estoy bien». Y se iba a dormir.

Una mañana, cuando faltaban pocos días para San Juan, su hija reunió el valor suficiente para preguntarle, mientras tomaban el primer café, si irían a la casa de la playa a celebrar la verbena. La pregunta la pilló desprevenida. Primero dijo que sí, después que quizá, y finalmente:

—A mí no me apetece, pero Valentina y tú sí deberíais ir. Claro que sí.

Esa dubitativa negativa desencadenó un alud de mensajes: llamadas de su padre y de Andreu, SMS de Violeta y de Ía, y finalmente la visita sin previo aviso de su hermana la misma noche de San Juan. Una visita muy propia de Ruth: breve y expeditiva. La esperaban, la habían invitado a una verbena particular en Girona y

sólo tenía diez minutos para lograr que su hermana entendiera que quedarse sola y deprimida en casa esa noche —la de su cumpleaños — era un error, una pataleta egoísta.

—Estás haciendo el ridículo. —La voz de Ruth, ya de por sí grave y aterciopelada, adquiría un matiz nasal cuando quería resultar contundente.

Había obligado a su hermana a levantarse del sofá y ahora la empujaba por la escalera al piso de arriba. Júlia se resistía sólo a medias. Una vez en la habitación, con las puertas del armario abiertas de par en par, Ruth cogía un vestido, arrugaba la nariz y volvía a colgarlo y sacaba otro. Arrojó un par encima de la cama.

—Pruébate estos dos y decidimos cuál te pones.

No era una sugerencia.

Júlia obedeció, aturdida por esa intromisión que no sabía cómo parar. La hermana la miraba, impaciente, y se limitó a negar con la cabeza al ver la primera opción —un vestido blanco de algodón sujeto al cuello— y a dar su beneplácito al segundo —cuerpo ceñido y falda con vuelo, de un tono malva pálido.

—Parece mentira, hija —el tono nasal se acentuó—, todos menos tú sabemos dónde tienes que pasar esta noche.

Júlia se mira en el espejo con expresión resignada. Se suelta el pelo que llevaba recogido con una pinza.

—De acuerdo, iré un rato porque me sabe mal por las niñas. —Ruth la mira como si le faltara un hervor, le recoloca el escote con un gesto un poco brusco—. Y por papá —añade Júlia.

Su hermana mueve la cabeza y la mira sin ocultar su incredulidad.

—Eso. Por las niñas y por papá. Exacto. Eres una boba, Júlia, y me estás poniendo nerviosa de verdad.

—¿Y ahora qué pasa?

—Quiero que te pintes los ojos y que te perfumes, y que antes de irte te pares un momento a pensar en quién te necesita realmente esta noche en la casa de la playa.

Júlia se calla. Ruth la mira, entre enfadada y compadecida.

—Me voy —dice, dándole un fugaz abrazo—. ¡Y ponte rímel! —grita mientras baja la escalera.

Júlia se quedó donde estaba durante unos minutos, delante del

espejo, inmóvil, contemplando a la mujer del vestido malva que tanto se parecía a ella. Se pasó una mano por el pelo simplemente para comprobar que la mujer del espejo la seguía. Lo hizo, sí, y también le ofreció una sonrisa débil aunque afectuosa.

La observó con espíritu crítico. Era una mujer madura —seguro que ya había cumplido los cincuenta—, aunque conservaba todavía un cuerpo esbelto y una melena vigorosa que, a primera vista, podían llevar a engaño. Pero sólo había que entretenerse un poco para dar con las diferencias entre ambas. La primera: los párpados caídos, que entristecen la mirada. Júlia intercambió entonces una mirada de complicidad con la mujer del espejo: si la tristeza de una mirada pudiera atribuirse a la caída de los párpados, podría resolverse con una operación de estética. Fue repasando la imagen que tenía delante, señalando mentalmente las diferencias, como si las rodeara con un lápiz imaginario: las caderas —más anchas—, los brazos —más flácidos—, los tobillos —más hinchados—, los pechos —más blandos—, los labios —más finos—, el cuello —más arrugado.

Respiró hondo y pensó que hacía más de treinta años que repetía esa escena: ella sola delante del espejo, una noche de San Juan. Observando en qué se traducía un año más de vida. Un vestido para la verbena: malva, azul marino, rosa pálido, negro. Fue retrocediendo, un año tras otro, de verbena en verbena, y su piel fue rejuveneciéndose hasta quedar lisa como el raso. Abrió los ojos. La mujer del espejo esbozaba ahora una sonrisa generosa. Y llevaba un colgante de cristal.

Desde la puerta oyó la voz de Carole King: *«You've got a Friend»*. Y, por encima de la canción, el jolgorio, las voces entre risas, gritos. La mesa todavía sin poner del todo, con el mantel acariciando el suelo y un desorden de platos con vasos encima. Los chicos entraban y salían, cargados de servilletas, bandejas y botellas de vino. Estaban todos: Violeta y Gerard, Emma, Ía, Valentina y Aleix. Su padre observaba el bullicio desde una tumbona. Andreu hacía equilibrios encima de la escalera:

—¡Llegas justo a tiempo! Dime cuál quieres que te coja, venga.

Ese junio la magnolia estaba pletórica, rebosaba de flores blanquísimas. Señaló una enorme que había que coger con las dos

manos.

—¡Ésa!

Andreu se inclinó hacia delante y estiró el brazo. La escalera vaciló un poco.

—¡Cuidado, papá! No deberías haberte subido…

—¿Estás diciendo que estoy demasiado viejo para subirme a la escalera?

Júlia le recordó cuando era un crío y subía a la escalera para coger la magnolia que su madre le señalaba. A veces, Elvira también ponía hortensias. Blanco y azul. El verano que ella había cumplido quince años. Sus padres hablaban de política. Los hermanos menores se peleaban. Las madres les tomaban el pelo a Júlia y a Andreu: «Hacéis buena pareja». El jardín estaba prácticamente igual, la mesa puesta —¿es posible que fuera el mismo mantel?—, la flor blanca. Le pareció que volvía a estar en casa. No que la casa de los Balart fuera su casa. Iba más lejos: su sitio estaba en el jardín de la casa de la playa una noche de San Juan.

Se está haciendo tarde

Los chicos empezaron a marcharse a las doce y media. Los amigos los esperaban en la playa. Hacía años que las verbenas de San Juan del casino habían pasado a la historia. Ahora, durante la noche más corta del año, la playa se encendía con hogueras diseminadas y los grupos se arremolinaban alrededor, con bebidas, música y los sacos de dormir preparados para pasar allí la noche hasta que los del servicio de limpieza del Ayuntamiento los echaran por la mañana.

Mira cómo van las chicas: pantalón corto y camiseta de tirantes, chanclas y el pelo recogido de cualquier manera. Yo que dedicaba días enteros a decidir el vestido que me pondría e iba a la peluquería a alisarme el pelo, me pasaba horas delante del espejo, examinándome con ojo crítico. Júlia cavilaba todo eso mientras acariciaba distraídamente la lágrima de cristal del colgante.

—Adiós, portaos bien, que os divirtáis, tened cuidado.

Su padre, apoltronado en la tumbona, vio salir a sus nietos con una sonrisa socarrona.

—Hace cuatro días erais vosotros los que os ibais después de cenar. Y os decíamos lo mismo: «Adiós, portaos bien, que os divirtáis, tened cuidado».

—¡Pero teníamos hora de regreso!

—Me alegra que haya cambiado algo, hija…

No es que haya cambiado algo. La vida, sencillamente, se había vuelto del revés. Como un calcetín al que se le ven las costuras, o como una botella que alguien ha puesto boca abajo para vaciarla hasta la última gota. Todo ha cambiado. Yo he cambiado. Mi padre se ha hecho viejo, mamá ya no está. Andreu tiene el pelo blanco. Su hija mayor es universitaria. Ya no se celebran las fiestas en el casino.

Mira la flor de la magnolia. El mantel blanco, las copas dispares. Como las otras noches de San Juan, como si nada hubiera cambiado. Qué pena, qué pena damos todos con este intento desesperado de detener el paso de los años, de aferrarnos con las dos manos a los recuerdos para que no alcen el vuelo o se hundan o estallen como una burbuja de jabón. Qué tristeza soplar este ejército de velas. Papá tiene razón: hace cuatro días que Andreu y yo éramos los adolescentes a los que nuestros padres —a los que yo veía mayores, pero que eran terriblemente jóvenes— pedían sensatez. Ahora los padres somos nosotros. Ahora nosotros somos mayores que nuestros padres.

—¿Cómo es posible que seamos mayores, Andreu?

La miro y no me parece mayor. En esos ojos reconozco a la niña que me pellizcaba. ¿Mayores? Nos ha costado llegar aquí, pero ahora estamos aquí y nos queda todo por hacer. Venga, brindemos por el verano que empieza.

—¡Por el verano que empieza!

Se levantan las copas, se juntan hasta tocarse. El viejo se bebe el cava de un trago y se levanta:

—¿Ya te vas, Valentí?

—Sí, se está haciendo tarde… —Valentí Reig levanta la cabeza y contempla durante un instante ese cielo de raso negro salpicado aquí y allá de amarillos y verdes, blancos y dorados—. No creo que vaya a llover esta noche. —Respira hondo, como si olisqueara el aire, y reitera su pronóstico de gato viejo—. No, esta noche nada de chubascos de verano.

Si pudiera creerle… Lo que daría por poder confiar en que no habrá chubascos inesperados, que la noche será serena, sin tropezones ni sustos.

El viejo echa a andar despacio hacia el portalón de hierro, arrastrando un poco los pies, y de pronto se detiene, se vuelve, mira a Júlia y a Andreu, que están relajadamente sentados cerca de la mesa y, con un gesto de difícil interpretación, entre la severidad y el ánimo, inclinando levemente la cabeza, repite con una voz muy clara:

—¡… Que se está haciendo tarde…!

El jardín está rebosante de aromas, zumbidos y susurros ocultos.

El estallido de los petardos ha ido menguando y ahora sólo quedan los cohetes que, espaciadamente, se elevan con un pitido, más y más arriba… sólo una pequeña luz que resbala y que parece a punto de fundirse en cualquier momento. Pero, de pronto, cuando menos te lo esperas, se abre una gran palmera azul o dorada. Va aumentando de tamaño, como si echara hojas, y a veces el corazón de la palmera es de color rosa y las ramas son blancas, o el corazón es dorado y las ramas, violáceas. En ocasiones la sorpresa es aún mayor y el estallido no se convierte en palmera, sino en una esfera blanca y perfecta que recuerda a las flores del diente de león. Algunas dibujan un abanico y otras parecen una fuente. Y algunas no son más que una pequeña luz blanca y huidiza que se eleva muy de prisa y que, después de un estallido, *puf*, desaparece.

Júlia y Andreu se miran y, quizá por primera vez en todos estos años —en los años de la amistad y de los hijos, los años de Selma, de Flavia y de Ernest, los años de la juventud y de la tragedia, los años de los juegos en la playa—, por primera vez quizá, lo hacen sin prisa. Se detienen en la mirada del otro, y no hay nada, ni razón ni excusa, ninguna inquietud, que los empuje a moverse de donde están. Se conceden unos segundos para el olvido y la desmemoria, alisan la tela, allanan la arena, nivelan el terreno, como si se miraran casi por primera vez.

Éste es el momento justo, la escena que el paso del tiempo ha ido urdiendo. Se ha forjado entre días felices y grandes debacles, a fuerza de enfados y de repentinas alegrías, con el poso del dolor, el de uno y el de la otra y también el compartido. Ahora es el momento, el aire es tibio, el cielo está satinado y el jardín, lleno de fragancias.

Pero, después de mirarse como si no se hubieran visto nunca, Júlia y Andreu no supieron reconocer las señales del destino, que los acechaba desde que eran pequeños y que por fin los había atrapado. El destino pasó de largo, no estaban lo bastante atentos, porque finalmente saboreaban un espacio común de placidez.

Y en esa cómoda intimidad se levantaron de las sillas y empezaron a recoger la mesa. Lavaron las copas de cristalerías mezcladas, echaron el resto del cava al desagüe. Apagaron las velas

y sacudieron el mantel blanco.

—Este deberías guardarlo —recomendó Júlia, cogiendo delicadamente la pieza modernista que durante la cena había hecho las veces de jarrón para la flor de la magnolia.

Andreu la llevó hasta el mueble de la sala. Al entrar encendió la araña de cristal del techo y, como siempre, Júlia se quedó embelesada.

—Mira, ponlo aquí, en la vitrina, al lado de su gemelo. Era un juego de seis piezas, de mi abuela. Ahora sólo quedan dos.

En la parte baja del mueble había dos cajones. El de arriba, ligeramente abierto, llevaba a pensar que estaba a rebosar, uno de esos cajones que hay en todas las casas al que van a parar unas tijeras, la vieja agenda telefónica, una madeja de lana, un trozo de hilo de tender, una bombilla fundida, un par de bolígrafos, un enchufe.

—Este cajón nunca cierra bien. —Andreu lo abrió de un tirón para hacerlo entrar en las guías y poder así cerrarlo del todo.

Con el cajón abierto, Júlia le detuvo el gesto, poniéndole la mano en el brazo. El contacto —breve y natural— los invitó a mirarse por segunda vez esa noche. Júlia metió la mano en el cajón y cogió una fotografía pequeña, en blanco y negro. Le cabía en la palma de la mano.

—¿A ver? —dijo él, acercando la cabeza al pelo de Júlia y captando al hacerlo el olor cítrico de su colonia.

Su madre y la madre de Júlia. Elvira y Roser. Estaban en la playa de Sorrals —detrás de ellas se reconocía la fachada del casino —, y llevaban unos bañadores de los que antes usaban las mujeres embarazadas. Los vientres eran altos y redondos, como dunas. Sus sonrisas, jovencísimas y sin matices, estaban llenas de luz y de confianza.

Contemplaron la fotografía durante un buen rato y en silencio, conscientes de la proximidad de sus cuerpos. Uno de los dos le dio la vuelta. Detrás, escrito a mano con tinta azul, decía: «Sorrals, junio de 1961».

El beso llegó como llegan las olas, suavemente, aunque sin que nada pueda detenerlas.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a Tatiana, a Silvia y a Marcel, que leyeron esta novela con espíritu crítico, aunque afectuosamente iban mandándome *whatsapps* para calmar mi inquietud.

Gracias a Sara, del restaurante Caruso de Badalona. Su ensalada *caprese*, sus *«grande!»* y su *falanghina* me inspiraron el personaje de Flavia y el restaurante Ameglia.

Un agradecimiento muy especial a Mage Soler, una auténtica mujer de luz, como a Selma por su generosidad y por su sensibilidad.

Y, finalmente, gracias a Pedro, a Ferran y a Daniel, que han seguido con paciencia y comprensión este nuevo parto.



Sílvia Soler: (Figueras, 5 de octubre de 1961). Es una escritora y periodista española en lengua catalana. Licenciada en Ciencias de la Información, a lo largo de su trayectoria laboral ha trabajado como redactora en programas de radio y televisión y de colaboradora en diferentes medios de comunicación como Avui, El Punt o Presència.

Su obra se ha traducido a múltiples idiomas: inglés, castellano, italiano, japonés, polaco y portugués.